



**EL
SILENCIO
DE LA
ENCINA**

Antonio Pascual

ANTONIO PASCUAL-GARCÍA

EL SILENCIO DE LA ENCINA

Prefacio

Una mujer con una sudadera y unas zapatillas deportivas, caminaba con paso firme, por un largo pasillo, acompañada de una auxiliar de geriatría. La joven trabajadora de la residencia de ancianos, tras abrir una puerta, le indicó con el brazo a un hombre. Este se encontraba, de espaldas, sentado en un sillón, mirando a través de una ventana.

En el exterior, la lluvia empezó a convertirse en aguanieve y los copos se fueron materializando en el aire, en medio de una singular danza. Alguno de ellos se desviaba y acababa chocando, débilmente, contra la ventana, para después convertirse en gotas de agua que terminaban deslizándose por el cristal.

— Les dejo hablar tranquilos de sus asuntos, si necesitan algo, por favor, nos lo dicen. Será un placer ayudarles en lo que necesiten, para eso estamos — informó la joven, metiendo las manos en los bolsillos de su bata blanca.

— Muchas gracias, guapa, eres muy amable — admitió con una sonrisa la recién llegada, mientras veía que la trabajadora se daba la vuelta para marcharse y continuar con sus obligaciones. A Sonia le agradaba aquella muchacha pues notaba que era muy buena persona y se sentía feliz y tranquila al saber que su padre era atendido por aquella chica.

En ese momento, una voz surgió desde el sillón:

— Sabía que no iba a tardar mucho en ponerse a nevar. La verdad es que era de esperar teniendo en cuenta que el sol está cayendo y eso hace que haga más frío. Hola, Sonia.

— Hola, papá — la recién llegada se quitó la chaqueta, la dejó colgada en una percha, tomó una silla que puso junto al anciano y volvió a decir —. Tengo una noticia que darte.

— Adelante, te escucho, hija.

— No sé si te va a hacer mucha gracia lo que te voy a decir, pero para mí es algo muy importante.

— A ver..., déjame adivinar, has conseguido una plaza de sargento en ese maldito pueblo, ¿verdad? Y vienes a intentar conseguir mi aprobación, para sentirte más tranquila con tu conciencia, ¿no es así?

— ¿En serio tengo que contestarte? Yo creo que no lo necesitas, lo haces muy bien tú solo y además, has sido teniente de la Guardia Civil. La investigación ha formado parte de tu vida, durante mucho tiempo. Mira, papá, de verdad, no he venido hasta aquí a discutir contigo. Créeme.

— No, no tienes que contestarme. Ya veo que te has pasado por el forro todo lo que te dije sobre aquel pueblucho de mala muerte. Bueno, por lo menos no puedes decir que no te he avisado. Al menos tengo ese consuelo — el interno sin dejar de mirar los copos, siguió diciendo —. Parece mentira con todo lo que sufrí... ¿No has aprendido la lección?

— Quien parece que no la ha aprendido eres tú. Que eres incapaz de pasar página de una maldita vez y olvidar aquel suceso. Hiciste todo lo que pudiste y

nadie te ha reprochado nunca nada, ¿qué más quieres? Tú mismo te impusiste el castigo de venir a vivir aquí... mientras que podías haberte quedado conmigo.

— En una parte tienes razón, pero también tienes que comprender que no quería ser una carga para ti.

— ¿Y aquí no lo eres? Me refiero que en este lugar estás muy bien atendido, no tengo la menor duda, los trabajadores son encantadores, pero muchas veces me pregunto por tu estado emocional. Pienso que puedes estar mal y por no querer molestarme, te lo guardas para ti mismo y eso es mucho peor.

Ante el silencio de su padre, Sonia volvió a tomar la palabra:

— Quiero que vengas con nosotros a vivir a la nueva casa. Julián también lo desea, no para de decírmelo. Te lo digo de corazón, y estoy segura de que no serás ninguna carga. Eres mi padre...

El anciano soltó una inesperada carcajada que, como siempre, no pilló desprevenida a Sonia y dijo:

— Es increíble me has hecho reír, no puedo creerlo. Hacía tanto tiempo que no lo hacía, que llegué a pensar que no lo volvería a hacer, jamás. No conocía esa faceta tuya.

— Pues que sepas que no es una broma. Estoy hablando muy en serio — Sonia comenzó a incomodarse con la ironía de su padre.

—Es el mejor chiste que he oído en mi vida. Hija, nunca dejas de sorprenderme. Podrías dedicarte a hacer monólogos, seguro que ganarías más que de Guardia Civil y no te jugarías la vida, en cada servicio. Piénsalo, es otra opción y muy buena para poder comer.

De pronto, el anciano, se dio la vuelta, cambió el gesto y dijo:

— No creas que porque vayas allí vas a sacar algo en claro. De hecho, ya sabes todo lo que pasó y para nada. Lo único que conseguirás es ver como se te cierran todas las puertas, además, los verdaderos culpables continúan viviendo cómodos en sus grandes casas, con sus bonitos despachos y tranquilos sabiendo que no les va a pasar nada. Tienen mucho poder... y lo peor es que lo saben.

— Sé a dónde quieres ir a parar, pero mi propósito no es ni mucho menos hacer una investigación por mi cuenta. Hemos decidido dejar la ciudad y Jaime y yo pensamos que ese pueblo es la mejor opción. Es el único lugar donde ofertan una plaza de sargento en esta comunidad. Hazme caso, no es por nada personal. Ha sido una decisión de los dos, no solo mía.

— No puedo negarte, conociendo tu sinceridad, que me alegra mucho oírte

decir eso. No sabes el peso que me quitas de encima, hija.

Al cabo de unos segundos de un silencio que se hizo, para los dos, eterno, Sonia volvió a preguntar:

— Entonces, ¿vendrás a vivir con nosotros?

— No — fue la seca respuesta.

— Tranquilo, no voy a molestarte más. Voy a sacarme un café de la máquina y ahora vuelvo, ¿quieres uno?

Ante la negativa, la mujer salió de la estancia, mientras el anciano volvió a posar su mirada perdida en la ventana.

Unos minutos después, Sonia volvió con su café y se sentó junto a su padre. Estuvieron un rato hablando y cuando el anciano parecía más animado, la guardia civil le volvió a preguntar:

— ¿Te vendrás con nosotros a vivir?

— Ya te he dicho que no. No sé cómo quieres que te lo diga.

En ese instante, apareció la joven auxiliar e informó:

— La cena ya está lista, si quiere puede ir ya a cenar — y dirigiéndose a Sonia, comunicó —. Usted no hace falta que se valla, puede quedarse si lo prefiere y hacerle compañía.

— No, yo ya me voy. Volveré pasado mañana — dijo Sonia, cogiendo su chaqueta y volviendo a dejar la silla en su sitio.

— Ahora mismo iré a cenar — informó el anciano.

Las dos mujeres salieron al pasillo y la joven le dijo a Sonia con simpatía:

— Es cabezota, ¿verdad?

— No lo sabes tú bien.

Capítulo 1

Un coche todoterreno color blanco con los cristales tintados de negro circulaba por una autovía de la provincia española de Cuenca. El vehículo lo conducía una mujer de unos treinta años de edad, morena y que portaba unas gafas de sol de pera que casi siempre llevaba puestas. Su nombre era Sonia y escrutaba con detenimiento todas las señales de tráfico, por miedo a pasarse

una de las salidas que debía tomar para dirigirse hacia su destino. Deseaba llegar cuanto antes y de paso, satisfacer su curiosidad por saber cómo es su nuevo hogar.

El ocupante que viajaba en el asiento del copiloto era unos cuatro años mayor que ella y era su esposo Julián, vestía un chándal azul y calzaba zapatillas de correr, de vez en cuando pedía a la conductora que redujera un poco la velocidad para, tras bajar su ventanilla, hacer fotografías al paisaje y a ella con el propósito de inmortalizar aquel momento irrepetible, porque si había algo que sabían muy bien los dos, era que en cuanto llegaran iban a empezar una nueva vida.

Tras una media hora de tranquila conducción, tomaron una salida y accedieron a una carretera comarcal que se encontraba totalmente rodeada de extensos viñedos. Dejaron atrás la meseta y empezaron a divisar la Serranía de Cuenca y con ella empezaron a aparecer, cada vez más frondosos, los bosques de pinos que tanto abundan por aquellas latitudes del Sistema Ibérico. Los rayos del sol, sobre las altas cumbres, conferían a la brillante nieve un aspecto espectacular. Sobrenatural.

Después de dejar una curva, llegaron a una recta y al final de esta a una rotonda, donde había enormes monolitos de cemento en forma de letras donde se podía leer con claridad el nombre del pueblo “La Encina” y junto a él, un enorme árbol que debía de ser centenario.

Al matrimonio, tras dejar a un lado a un grupo de adosados, no le resultó muy difícil localizar el número de su nueva vivienda. La agente inmobiliaria que les había hecho toda la gestión de la propiedad, había detallado muy bien la localización del inmueble, para que no tuvieran problemas a la hora de encontrarlo.

Julián miraba por la ventanilla, intentando no perderse ni un solo detalle. Por un momento, se había incluso olvidado de sacar más fotografías.

— Debe de ser aquí, es el nombre de la calle y el número que nos dijeron — aseguró Sonia, mirando la placa.

La nueva inquilina de la casa era guardia civil y hacía varios meses que había solicitado un nuevo destino como sargento en ese pequeño municipio, finalmente, la solicitud había sido concedida y por eso ambos se encontraban allí. Su marido era un periodista de estatura mediana, de incipiente calvicie, que trabajaba para un conocido periódico. Tenía la posibilidad de redactar los artículos en su casa, con la comodidad que ello conlleva.

Detrás del matrimonio llegó la furgoneta blanca de la empresa de mudanzas

que habían contratado, donde los operarios llevaban sus pertenencias y que consistían en muebles, electrodomésticos, ropa y demás enseres que suelen haber en una casa. Desde un primer momento, el gerente de la empresa y su hijo se habían mostrado muy cordiales y eso agradó mucho al matrimonio.

Habían acordado ir juntos, con el fin de evitar posibles dificultades a la hora de localizar el inmueble.

En principio, la vivienda iba a ser alquilada, pero con opción a ser comprada, en un futuro próximo, si al cabo de un tiempo les agradaba y se adaptaban bien al pueblo.

Sonia entró en el hall, con la sorpresa dibujada en su rostro y mirando hacia el techo, dijo:

— Qué entrada más grande y chula. Fíjate en lo alto que son los techos. Siempre he soñado con algo así y todavía no la hemos visto entera. Me da la impresión de estar en un sueño.

— La talla es una verdadera maravilla, impresionante — exclamó Julián, viendo cómo los ojos castaños de su mujer brillaban por el entusiasmo.

Pasaron a la cocina y les llamó la atención su tamaño. Sonia no pudo contener su satisfacción y dijo:

— Es tan grande que hasta podemos desayunar aquí. Es muy práctico tener una cocina con semejante tamaño. Incluso podremos poner una televisión de plasma.

Julián afirmó sus palabras, abrazándola.

Después, cogidos de las manos, se dirigieron al salón y descubrieron una gran chimenea que llamó la atención de los nuevos inquilinos. Sonia se imaginaba a ella junto a su marido, tumbados sobre una manta, junto al hogar, en una gélida noche de invierno, mientras un niño o niña qué más da, jugaba con sus juguetes.

— Vaya, lo que faltaba, menuda chimenea, es espectacular. En las fotografías que vimos parecía grande, pero no tanto. Aquí podemos incluso asar carne — afirmó una Sonia que no salía de su asombro y desde luego que no era para menos. Cuando la agente inmobiliaria les enseñó los planos y las fotografías de la casa, el matrimonio ni de lejos se podía imaginar una vivienda de semejantes características. Desde un primer momento, solo con ver las imágenes de la vivienda, la pareja decidió ir allí a vivir un mes para comprobar si les gustaba tanto el inmueble como el pueblo. Ambos tenían referencias del lugar porque el padre de Sonia fue teniente en el mismo cuartel donde a su hija le habían aprobado el destino. En el caso de que la vivienda o

el pueblo no les gustara, no había ningún problema porque siempre tenían la opción de en ese mes, de prueba, buscar una casa o un pueblo en las cercanías que les fuera de su agrado.

— ¡Menuda casa! — Julián no salía de su asombro y Sonia se alegró de la reacción de su esposo, porque al principio tenía miedo de que a su marido no le gustara el adosado.

— Hemos tenido mucha suerte en encontrarla. Y en parte se lo debemos a la profesionalidad de la chica de la inmobiliaria. Hay que ver que buen gusto que tiene. Y qué precio, ver para creer. En cuanto hable con ella lo primero que voy a hacer es darle las gracias por todo. Ha sido muy considerada con nosotros.

— Sí, cariño, ha sido una auténtica ganga. Ahora solo falta que estemos a gusto aquí y, por supuesto, que seamos uno más... — dijo mientras acariciaba el vientre de su mujer.

— Eso sería fabuloso, lo máximo. Lo mejor que nos podría pasar.

— Ya verás como aquí saldrá bien, lo presiento. Es un buen lugar para estar tranquilos. Seguro que en este pueblo no hay tanto estrés y nos concentraremos más.

— Eso espero.

— De todas formas, no pararemos hasta lograrlo. Quiero ser padre y no hay nada en el mundo que desee más y después de haber visto esta casa, me gustaría que nuestro bebé se criara aquí — tras decir esas palabras, Julián volvió a acariciar el vientre de Sonia.

— Y yo también quiero tener un hijo contigo, mi amor — afirmó Sonia, tocando el rostro de Julián.

— Al final lo conseguiremos. Quién la sigue, la consigue. Hay que ser positivos y tener actitud — aseguró convencido el esposo de la sargento.

Al cabo de una hora, uno de los dos operarios y que era el padre del otro empleado se acercó a ellos y les dijo:

— Ya lo tienen todo puesto en su sitio.

— Estupendo, muy buen trabajo — afirmó Sonia.

— Por favor, uno de los dos, si son tan amables, que me firme este documento y así nos podremos marchar cuanto antes a casa a descansar y ustedes se quedarán más tranquilos y podrán disfrutar de la vivienda. Por cierto, he de decirles que es una casa muy bonita. Enhorabuena, espero que sean muy felices.

Fue Julián el primero que se ofreció y cogiendo el albarán que le presentó el

hombre, plantó una firma, diciendo:

— Yo mismo lo firmaré. Muchas gracias por todo. Ha sido un placer conocerles y una buena experiencia haber recibido su servicio. Trabajan muy bien, pueden estar orgullosos de su empresa — acto seguido, sacó su cartera del bolsillo y les pagó.

El señor se quedó un poco extrañado al ver que de lo pactado sobraban diez euros. Julián al darse cuenta de su asombro, dijo:

— Quédese con la vuelta y tómese algo a nuestra salud, se lo merecen.

El hombre se mostró muy agradecido y guiñando un ojo a su hijo, en un gesto de complicidad, informó:

— Con gente como ustedes da gusto trabajar. Se lo digo en serio. Ojalá todo el mundo fuera igual, pero por desgracia no es así. De todas formas, si necesitan algo más, ya saben... — mientras metía el dinero en la cartera, sacó una tarjeta y se la extendió a Julián.

Este la cogió y afirmó:

— Espero que no nos haga falta hacer otra mudanza. La casa nos encanta, esperamos que el pueblo también nos guste. De todas formas, no se preocupe porque si conocemos a alguien, algún familiar o amigo, que tenga que hacer un traslado de vivienda, le recomendaré su empresa. No lo dude ni un momento, hemos quedado satisfechos porque han cumplido de sobra con nuestras expectativas.

Cuando salieron los operarios dispuestos a marcharse, Sonia se quedó observando las cajas donde guardaban todas las cosas de la casa y, mirando a su marido con cara de resignación, dijo:

— Ahora viene lo bueno. Qué pereza me da solo de pensar en lo que nos viene ahora — aseguró, echándose las manos a la cabeza.

— Estoy de acuerdo contigo, pero cuando antes empecemos, antes terminaremos y será lo mejor que podemos hacer. Si no lo hacemos ahora, luego nos arrepentiremos.

— ¡Venga, empecemos de una vez!

— Así me gusta, cariño, ¡con actitud!

— Pues claro, ¿qué te esperabas?

Y acto seguido se pusieron en movimiento, abriendo las cajas y colocando cada cosa en sus estanterías; los libros en la librería, las lámparas sobre las mesitas, los cazos y los platos dentro de los armarios de la cocina... El entusiasmo se notaba en el matrimonio que se empleó con la máxima dedicación. Acabar cuanto antes se había convertido en la principal prioridad

de los dos.

Mientras Sonia abría una caja, recordó como conoció a Julián. Fue una amiga suya llamada Susana quien se lo presentó. Sonia aún no era guardia civil y se dirigía conduciendo a la academia donde se estaba preparando la oposición, cuando un coche se le cruzó y invadió su carril y terminó dándole un golpe, en la parte delantera de su todoterreno.

El mismo conductor, del vehículo que le colisionó y que en todo momento se mostró preocupado, fue el que llamó al 112 y demandó un servicio de emergencias. Al poco tiempo llegó una ambulancia con dos técnicos, le pusieron un collarín cervical y llevaron a Sonia al hospital. En la sala de espera, llamó por teléfono a su padre y luego decidió informar de lo ocurrido a su amiga Susana. Al cabo del poco tiempo, apareció su padre y a los pocos minutos su amiga acompañada de un chico muy agradable que iba con ella porque eran amigos desde hacía mucho tiempo. Susana se lo presentó y así es como Sonia conoció a Julián, que en aquel momento era un inquieto estudiante de periodismo.

En una de las cajas Sonia vio una carpeta que debía de tener muchos años, pues era de su padre cuando todavía ejercía de guardia civil. Poco a poco quitó las gomas y se dispuso a abrirla. En el interior habían recortes de periódicos, en un estado de conservación bastante aceptable. En uno de ellos el titular rezaba; “Unos colmeneros aseguran haber visto el puño de un hombre saliendo de la fosa”. Otro decía; “Junto al enterramiento ha aparecido un documento que podría dar nuevas pistas a los investigadores”

Sonia prefirió no seguir leyendo y volvió a cerrar la carpeta...

Capítulo 2

Muy cerca de donde se encontraba la casa que habían alquilado la sargento y su marido, vivía una familia que estaba compuesta por un empresario llamado Zacarías, su esposa Ana y su hijo Jaime. El hombre salió de la casa y se sentó en la terraza de la entrada del adosado. Abrió el periódico por el final y se

dispuso a leerlo.

Sobre una rama se había posado un cuervo y emitió un ruidoso graznido. Zacarías se había tomado el día libre y lo estaba aprovechando para relajarse y estar con su familia. A pesar del día invernal, en esa parte donde se encontraba daba el sol y podía estar a gusto.

Estaba inmerso en el diario cuando de pronto un pensamiento irrumpió en su mente. Este empezó a aguijonearle, amenazándole con arruinarle el día. Zacarías recordó las recomendaciones de su psicólogo e hizo todo lo posible por desecharlo.

De pronto, el fuerte sonido de un frenazo lo hizo levantar la vista del periódico. Se levantó y se acercó a la verja y vio como un niño que era vecino suyo, en mitad de la calzada, se agachaba y cogía una pelota de fútbol. El chaval había cruzado la carretera, sin mirar, en el momento en que una furgoneta pasaba por el lugar. Por fortuna todo había quedado en un susto. En el interior de la furgona viajaban dos hombres, de unos cincuenta y pico años. El conductor era un tipo robusto con el pelo largo y el que iba de copiloto era flaco y portaba una gorra de béisbol.

En ese momento salió la esposa de Zacarías y preguntó:

— ¿Qué ha pasado? Oí un frenazo muy fuerte y me he asustado.

— No ocurre nada, tranquila. Ha sido esa furgoneta que casi atropella al hijo de los vecinos. Pero gracias a Dios frenaron a tiempo y se ha evitado una tragedia.

— Menos mal, menuda desgracia hubiera sucedido. Por cierto, los de la furgoneta son los colmeneros, ¿verdad?

— Sí, son ellos.

Ante la aclaración hecha por Zacarías, su esposa prefirió no hacer ningún comentario por no molestar a su esposo.

Estos por un momento se quedaron mirando a Zacarías quien, en todo momento, les sostuvo la mirada. El vehículo reanudó la marcha y desapareció al girar por una calle. Zacarías se dio la vuelta y volvió a dirigirse a donde estaba sentado con su periódico. La mujer desapareció en el interior de la vivienda.

Capítulo 3

Aquella misma tarde, se encontraba Sonia subida en una pequeña escalera metálica, colocando los últimos libros en las estanterías, cuando girándose hacia su marido que acababa de entrar, dijo:

— Ya está, por fin terminé. Creía que no iba a terminar nunca. ¡Qué barbaridad, se me ha hecho interminable.

— ¡Perfecto, cuánto me alegro de que hayas terminado ya! Ahora, por fin

tenemos tiempo para nosotros.

— ¿Tú has acabado también de guardar los cubiertos y los utensilios en los cajones o te queda algo más por hacer?

— Sí, yo también he terminado ya. He puesto papel de plata en el cajón para poner encima la bandeja de los cubiertos.

— Muy bien. Al final no ha sido tan duro como creíamos al principio. Lo que ocurre es que falta montar el cuadrilátero — informó Sonia.

— Es verdad, yo tampoco me había acordado. Bueno, lo podemos montar dentro de unos días. Tampoco hay tanta prisa, ¿verdad?

— Sí, claro, no urge tanto, tranquilo. Ahora la casa parece otra cosa, ¿verdad?

— Es increíble. Tienes razón, no parece la misma. Ha merecido la pena hacerlo todo hoy, así tenemos más tiempo para nuestro ocio. Es una casa preciosa.

— Sí, es muy bonita. Ahora ya a disfrutarla. Y a cuidarla mucho, por la cuenta que nos trae.

Al oír esa última frase, Julián se percató al instante de que iba dirigida a él y aseguró:

— Sí, debemos de ser muy cuidadosos con ella, sería una lástima que se echara a perder por no cuidarla bien.

— ¿Debemos o debes? Porque, no se te olvide de que eres tú quien más ensucia y lo deja todo por medio. Eres un desastre.

— Sabes muy bien que eso no es cierto, cariño.

— Mira, será mejor que no me hagas hablar...

Julián notó que empezaba a tener hambre y, para de paso cambiar el rumbo de la conversación, propuso:

— Se me ha ocurrido una idea, podíamos ir a cenar esta noche por ahí. Estoy seguro de que no nos costará mucho encontrar algún sitio decente para cenar algo. Así exploramos el pueblo y vemos que tal se come por aquí. Tengo ganas de conocer cada rincón de este pueblo y de probar su gastronomía e incluso quizás conozcamos a algún vecino.

— Hay que ver que habilidad tienes, para cambiar de tema cuando algo no te interesa. En ese aspecto eres un auténtico artista, un genio. ¡Qué cara más dura que tienes!

— Y para hacer artículos me da la impresión de que también soy bueno, la prueba la tienes en que me pagan por ello. Pero será mejor que dejemos eso ahora. No es el momento indicado, preciosa, recuerda que estamos en la

inauguración de nuestro nuevo hogar y no debemos discutir y menos por chorradas. Estamos en una nueva era de nuestra relación y hay que celebrarlo, ¡por todo lo alto!

— Ahora has estado muy acertado. Lo reconozco, no lo puedo negar. Hacía tiempo que no te oía decir algo tan coherente. Me tienes asombrada — dijo Sonia descruzándose las piernas.

— ¿Vamos a ir a cenar por ahí o qué? Vamos, decídete ya. Dejémonos de tonterías. Tengo un hambre que me muero. Entre el viaje y la mudanza tengo tanto apetito que sería capaz de comerme hasta a un jabalí entero. Solo dejaría el pellejo y los huesos. Vamos que no le iba a dejar nada a los buitres.

— Qué exagerado eres. No creo que sea para tanto.

— Es cierto... Al final, ¿qué vamos a hacer? Venga, decídete ya.

— Como es el primer día que estamos en la casa, a mí me apetece más quedarme a cenar aquí, pero de todas formas, si quieres, después, podemos ir a dar una vuelta y conocemos el pueblo un poco más. ¿Qué te parece? ¿Crees que es una buena idea?

Ante las palabras de su esposa, Julián se extrañó un poco y preguntó:

— ¿Conocer el pueblo? Si tú has estado viviendo antes aquí. Te lo debes de conocer muy bien.

— Sí, estuve viviendo aquí, pero de eso ya hace mucho tiempo y estoy segura que habrán cambiado algunas cosas. Contéstame, ¿qué te parece mi idea?

— Me parece una idea brillante. Solo a ti se te podía haber ocurrido algo así.

— Eres un pelota.

Sin mediar palabra Sonia se dirigió a la cocina y tras abrir un cajón sacó una sartén, echó un buen chorro de aceite de oliva y a continuación se dirigió a la nevera a coger unos huevos. De paso, tocó las bebidas y se alegró al notar que ya estaban bastante frías.

— ¿Se puede saber qué diablos estás haciendo? No entiendo nada — se extrañó Julián.

— Pues claro que lo puedes saber. Es muy sencillo, la cena. Qué pregunta más tonta, ¿no me ves o es que te has quedado ciego?

— Pero si me tocaba a mí... ¿No lo recuerdas? Anoche cocinaste tú.

— De acuerdo, pero hoy la hago yo. Quiero estrenar la cocina, me hace mucha ilusión. Así que, será mejor que cortes un poco de queso y sirvas dos copas de vino. Bueno, mejor una, por si acaso... — dijo frotándose la barriga y continuó —. Y a mí me pones una cerveza bien fresca y sin alcohol. Hoy vamos a brindar, la situación lo merece.

— ¡Eso está hecho ahora mismo voy!

Tras la confirmación, Julián cortó el queso en lonchas, sobre una tabla de madera que sacó de uno de los cajones, sirvió las bebidas y se puso a pelar patatas con Sonia.

— ¿Has llamado a tu padre a la residencia para decirle que ya estamos aquí?

— Sí, lo llamé cuando se fueron los de la mudanza.

— Estupendo. ¿Crees que vendrá a vivir con nosotros?

— No sé. Ya sabes lo cabezón que es.

— Es por lo que sucedió, ¿verdad?

— Claro que es por eso. Pero yo creo que le vendría bien venir, quizás hasta le ayudaría a pasar página.

— Yo pienso lo mismo. A ver si por alguna de aquellas, hay suerte, se lo piensa mejor y cambia de opinión.

— Ojalá — afirmó Sonia, levantándose para limpiar las patatas peladas debajo del grifo.

Sentados en una rinconera que había en un extremo de la cocina, la pareja se dispuso a dar cuenta de la sencilla, pero succulenta cena que consistía en huevos fritos, patatas y unas cortadas de lomo de cerdo hechas a la plancha.

No eran ni las nueve de la noche y ya habían cenado. Los dos estaban acostumbrados a cenar pronto, porque pensaban que cuanto más margen de tiempo pasara entre la cena y la hora de dormir, mejor era para el organismo, por el tema de la digestión. También ambos odiaban acostarse con el estómago lleno y sintiéndose pesados.

Julián decidió prepararse un café y a continuación, puso en marcha la cafetera eléctrica de cápsulas. Sonia se extrañó y le preguntó:

— ¿Vas a tomar café a estas horas?

— Sí, ¿quieres uno?

— No, ni loca.

— Muy bien, tú misma. Como quieras, no voy a insistir más.

— Si me tomo uno no podré pegar ojo en toda la noche y es lo que me faltaba, acudir mi primer día de trabajo sin haber dormido bien. Si ya me va a costar dormir por los nervios, imagina con un café... Parecería una zombi, salida de una película de serie B.

— Pues podemos aprovechar...

— ¡Serás idiota, siempre pensando en lo mismo! Pareces tonto de remate. Muchas veces pienso que tu madre te debió parir a pedos, de otra forma no habría podido ser.

— ¿Se puede saber ahora qué te pasa? ¿No estamos intentando ser padres o acaso lo has olvidado?

— Sí, pero tenemos tiempo por delante. Recuerda lo que nos dijo el médico, que debíamos evitar el estrés.

— ¿Así? Pues dime una forma mejor de combatir el estrés que amándose. Venga, espero una respuesta.

— No me refería a ese tipo de estrés. Da igual, déjalo estar, por favor. Vas a conseguir que me entre dolor de cabeza, pesado.

— Vale como quieras. Por cierto, ¿No estás nerviosa por conocer el cuartel y a tus nuevos compañeros de trabajo?

— La verdad es que lo estoy un poco, pero es normal. Tengo muchas ganas de empezar y a la vez me da un poco de respeto pensar cómo me van a admitir. Me imagino que bien, aunque siempre queda la duda.

— No te preocupes por eso, más les valdrá tratarte bien, eres la sargento...

— Bueno tampoco soy la sargento de hierro.

— Pues con el genio que tienes, poco te falta — bromeó Julián.

— Serás idiota, ya será para menos — Sonia no disimuló mostrar su mejor sonrisa.

Los dos se levantaron a la vez y se dispusieron a recoger la mesa. En la televisión, una mujer joven y bien parecida daba el pronóstico del tiempo para los próximos días.

Capítulo 4

Después de meter los platos y los vasos en el lavavajillas, el matrimonio decidió salir un rato a dar una vuelta por el pueblo. La noche era un poco fría, pero muy buena para pasear, rebajar la pesadez de la cena y de paso, como habían acordado, conocer un poco la zona. En el firmamento despejado, algunas gélidas estrellas brillaban de vez en cuando.

Se pusieron dos forros polares y salieron. Tanto a Sonia como a Julián les gustaba sentir el peculiar ambiente invernal que muestran los pueblos.

La calle estaba vacía y solo se oía a un perro ladrar en alguna parte, en la lejanía. Entre el frescor de la noche se podía identificar el succulento olor del humo de alguna chimenea, probablemente, alguien estaría asando carne, destinada a una cena familiar. Andaron en silencio unos cientos de metros cuando se dieron de frente con una casa muy vieja y que les llamó a ambos la atención.

— Esta vivienda debe de ser muy vieja. Date cuenta la forma de la construcción y los muros lo deteriorados que están. Da la impresión de que nunca ha sido reformada — dijo Julián.

— Sí, me acuerdo de ella. Parece la típica casa de una película de terror.

— Cierto. A pesar de todo, lo raro es que nadie la haya restaurado y viva en ella, es muy grande y se le podría sacar mucho provecho.

— Pues sí. Igual por algún conflicto entre familias ha dificultado su venta, ¿Quién sabe?

— O por alguna herencia. También puede ser por eso. No sería el primer caso, ni el último. De hecho yo misma conozco alguno — sugirió Sonia.

— Eso sucede muy a menudo. Para mucha gente es un problema heredar algo, porque no tienen suficiente dinero para hacerse cargo de los tremendos gastos de notaría...

— Lo único que sé es que es una lástima que se esté echando a perder de esa forma, mientras hay tanta gente que no tiene un techo donde poder dormir. No puedo dejar de pensar en todas esas personas que están siendo desalojadas de sus casas por no poder hacer frente a sus hipotecas.

— Sí que es una pena, sí. Y eso que en los primeros años lo que pagas a los bancos son solo los intereses. Menudos listos. Es un abuso en toda regla. Con la excusa de la maldita crisis están haciendo lo que les da la gana y encima sale ganando la gente que tiene mucho dinero porque pueden comprar viviendas a muy bajo coste. Se aprovechan de la situación de las personas, lamentable. Y encima si los bancos van mal el estado los rescata, mientras que si el ciudadano no paga, se le echa a la puta calle. Menuda mentira de democracia.

Tras las palabras de Sonia Julián se acercó un poco a la casa abandonada, mientras decía:

— Es evidente de que se trata de una propiedad privada porque, de lo contrario, el ayuntamiento podría haberla rehabilitado para hacer una

biblioteca un museo o vete tú a saber. Con lo grande que es podría tener muchas opciones. Fíjate el terreno que tiene, podrían hacer hasta una piscina.

— Es algo que no logro entender. Si una administración sabe que una vivienda está deshabitada, aunque sea privada y no se hacen con los dueños o estos pasan olímpicamente de ella, ¿por qué no meten mano y se la quedan para destinarla a familias sin hogar o para talleres o cualquier otro destino de ayuda social? — se volvió a indignar Sonia.

— Yo también pienso como tú. No le encuentro mucha lógica que digamos. A veces pienso que los políticos, simplemente, no tienen ganas de pensar, que solo quieren llevarse la pasta, que es lo único que parece importarles a la casta.

— Debería haber una ley que dijera que una vivienda que está sin habitar un cierto tiempo debe pasar a ser propiedad del ayuntamiento. Así se podría beneficiar alguien que de verdad le hace mucha falta. Aunque sea con un alquiler social o algo por el estilo. En algunos municipios tengo constancia de que lo están haciendo.

— Me encanta como piensas, Sonia. Eres única.

— Y a mí también me gusta como eres tú, por eso estoy contigo.

— Lo sé. Bueno, será mejor que andemos un poco más y nos vayamos pronto a dormir. Me sabe mal por ti. Mañana tienes que madrugar mucho para ir a trabajar, no lo olvides. ¡Tu primer día de trabajo!

— No me lo recuerdes, que nervios, por favor.

— Ya verás como todo sale bien. Les vas a dar muy buena impresión. Seguro que se van a llevar una buena sorpresa cuando te conozcan, aunque estoy seguro que habrán oído hablar de tu padre.

— Me lo imagino.

— Es una lástima que se fuera a vivir a la residencia y dejará este pueblo.

— Eso mismo le he dicho muchas veces y no me hace caso. Aquel caso se lo tomó como algo personal y al final le terminó afectando, tanto, que nos tuvimos que ir a vivir a otro lugar.

— Y es comprensible, conocía a la niñas y a sus familias hacía muchos años.

— Disculpa, Julián, no tengo ganas de hablar de eso ahora. Espero que lo entiendas.

— Tienes razón, no es el momento apropiado.

El matrimonio siguió paseando, en silencio, cogidos de las manos, sin darse cuenta de que en el interior de la casa una sombra se deslizaba entre la poca luminosidad que entraba del exterior y los observaba en lo más recóndito de la

penumbra.

Capítulo 5

Sonia estaba acostada cuando sintió una fuerte opresión en la barriga. El intenso punzamiento asustó a la sargento. Se agarró con ambas manos el vientre y como pudo se dirigió hacia el cuarto de baño. Mientras caminaba por el pasillo iba chocando, ligeramente, contra las paredes. Pensó que quizás la extraña sensación se debía a que necesitaba urgentemente hacer sus necesidades y que tal vez era producido por gases. La impecable mala sensación amenazaba con hacer que se desplomarse en cualquier momento y acabara echada en el suelo, en medio del pasillo. Al fin llegó al cuarto de baño y se fue a sentar para hacer sus necesidades y fue en ese instante cuando se dio cuenta de que por su vagina surgía un reguero de sangre que parecía no tener fin. Alarmada, se incorporó y vio, unos centímetros abajo del ombligo,

un bulto que se movía y amenazaba con reventar la piel. Se bajó las bragas y descubrió la cabeza de un bebé deforme que no paraba de gritar, cubierto de una desagradable masa sangrienta de mucosas. De pronto, la criatura sacó dos brazos y empezó a empujar para liberarse de la opresión. El bebé fue a parar al suelo, entre estridentes gritos, mientras la sangre no paraba de brotar de su interior de una forma descomunal y preocupante.

Sonia intentó gritar, pero por culpa del susto, su boca era incapaz de emitir sonido alguno. Pensar que su marido se encontraba a escasos metros y no podía advertirle le llenaba de importancia. Miró hacia el suelo y se horrorizó al ver cómo la sangre lo cubría todo y no paraba de surgir como un sanguinolento torrente. El feto no paraba de moverse, retorciéndose, entre terroríficos gritos. Con el cordón umbilical daba una apariencia simiesca e irreal.

De pronto, se dio cuenta de que el bebé había parado de llorar y al momento dejó de respirar. Se agachó y, ahora sí, comenzó a gritar, llamando a Julián en un desesperado intento de alertar a su esposo.

Sus propios gritos la despertaron, en medio de la confusión, se incorporó, se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Encendió la luz, se bajó el pantalón corto del pijama y se tranquilizó al percatarse de que todo había sido una pesadilla. Una más. Volvió a la cama y se volvió a acostar. A su lado, Julián dormía plácidamente ignorando todo lo que había sucedido. A los pocos minutos, Sonia se quedó dormida también.

Capítulo 6

Al día siguiente, y a pesar del percance ocurrido aquella noche, Sonia no pudo evitar despertarse una hora y media antes de entrar a trabajar.

Por unos minutos se quedó tumbada en la cama reflexionando sobre la pesadilla y se acordó de cuando perdió a su bebé. Estaba de siete meses de embarazo y un día tuvo que ir de urgencias a un hospital de Madrid con Julián, porque de la forma en que marcaba no era muy normal. La pareja perdió al

bebé y este lamentable acontecimiento provocó un drama para el matrimonio y desde aquel momento, no fueron pocas las noches en que Sonia se despertaba en mitad de la noche por culpa de una pesadilla. La muerte de la criatura, como es natural, marcó a Sonia y de forma directa afectó a su esposo Julián. Sonia perdió a su madre cuando contaba con diez años y en aquellos momentos era cuando más echaba de menos, tener al lado a su madre. Desde ese instante su marido se había convertido en su más fuerte soporte emocional y este hecho había fortalecido todavía más la relación entre el matrimonio.

De todas formas, ella era muy fuerte y sabía que porque había pasado una vez no debía de pasar más veces pero, aún así, no podía evitar preocuparse y temer que pasara de nuevo, en el momento en que volviera a quedarse embarazada.

La tímida luz del amanecer se coló por las ranuras de la persiana y acarició su rostro. La mujer miró de reojo su teléfono móvil y se inquietó pensando en que quizás no había puesto el despertador, este podría no sonar y podría llegar tarde a trabajar y eso era algo que no estaba dispuesta a consentir, de ninguna de las maneras. Sonia era una persona que no se permitía ni un solo fallo, era metódica y perfeccionista a más no poder, era muy exigente con ella misma.

Fuera de la vivienda reinaba un silencio, de tal magnitud, que no dejó de asombrar a la sargento quien lo agradeció y mucho.

Tras dar varias vueltas en la cama, al final cogió el móvil y tras comprobar la hora, se dio cuenta de lo temprano que era. Sabía muy bien que le sería imposible volver a conciliar el sueño y decidió levantarse. Lo que no le supuso un gran esfuerzo, pues cierto era que estaba acostumbrada a madrugar mucho.

Se preparó un café con leche y cogió el libro que estaba leyendo. Se dio cuenta de que aquel lugar era único hasta para leer. Cuando llevaba casi una hora enfrascada en la lectura, apareció Julián y, tras darle un beso, aseguró:

— Buenos días. Hay que ver que bien se duerme aquí. Nunca lo hubiera pensado.

— Sí, es verdad, no se ha oído ni una sola mosca en toda la noche. Ahora cuando empieza a amanecer se oyen los pájaros cantar. Es una gozada — aseguró Sonia.

— Da gusto respirar tanta paz. Hacía tiempo que no dormía tan bien. Sin los ruidos de los coches, la gente que madruga o trasnocha...

— Yo también he dormido muy bien. Nada que ver con el alboroto de la ciudad.

— No se ha escuchado ni un mísero ruido. Como si fuéramos las únicas personas que viven en el pueblo.

— Sí, es verdad, parece que somos los únicos habitantes.

— Es como si hubiera habido un apocalipsis o algo parecido.

— Un virus mutante que se haya escapado de un laboratorio secreto...

— ¡Hey, eso suena muy bien!

— Sí, sería un buen argumento para una novela.

Llegó la hora de ir al cuartel y Sonia se despidió de su marido quien se quedó en casa para terminar de redactar un artículo que debía entregar en menos de una semana y que trataba sobre la globalización. Un asunto que a medida que iba documentándose, más complejo le resultaba pues a pesar de tener varias perspectivas, prefería mantenerse neutro lo que le provocaba, todavía, más dificultades.

— Cuando llegues me mandas un Wasap y acuérdate de llamarme a media mañana para contarme qué tal te está yendo — solicitó Julián.

— No te preocupes, te mantendré informado.

Tras darle un cariñoso beso a su esposo, la sargento se dirigió al garaje y al entrar en el coche, se dio cuenta de las buenas sensaciones que le estaba proporcionando su nueva vida. Y no pudo evitar acordarse de su padre y pensó que pronto debía ir a verlo, seguro que, como siempre, se alegraría mucho de verlo. El hombre llevaba unos años viviendo en una residencia de ancianos y cuando el tiempo se lo permitía, Sonia se escapaba y le hacía una visita, algunas veces Julián la acompañaba, lo que alegraba al interno pues se llevaba muy bien con él.

Arrancó el motor y las potentes guitarras de los Kiss rugieron en la emisora Rock FM. La sargento era una auténtica amante del rock y la música nunca podía faltar en su coche y mucho menos, en su vida.

Capítulo 7

A medida que se iba acercando al cuartel, Sonia no pudo evitar recordar fragmentos del pasado, cuando vivía con su familia en la casa cuartel. Los recuerdos se le fueron presentando e incluso algunos que guardaba en algún rincón de su memoria, volvieron a aparecer. Su madre les había dejado por culpa de un fulminante infarto de miocardio. Sonia se encontraba en casa con ella cuando esta después de decir que sentía un fuerte dolor en el vientre se lo

cogió con las manos y posteriormente fue cayendo al suelo hasta que se quedó desplomada y al instante, acabó perdiendo el conocimiento. Sin saber qué hacer, Sonia se decidió y fue corriendo a avisar a sus vecinos quienes de inmediato llamaron a los servicios de emergencias, pero en aquella época había

pocas unidades y tardaron en acudir. Cuando al fin llegaron, estos, por desgracia, no pudieron hacer otra cosa que certificar su muerte y lamentar el trágico desenlace de los acontecimientos.

Cuando sucedió aquello, Sonia solo tenía nueve años y a pesar de su corta edad, su impresión fue tan grande que estuvo un tiempo sin poder hablar. Su padre la llevó al médico y este les dijo que era normal, después de la traumática experiencia vivida por la pequeña y les aconsejó que dadas las circunstancias, lo mejor que podían hacer era llevarla a un psicólogo, quien le daría las herramientas necesarias para poder canalizar semejante desgracia. Siguiendo las recomendaciones del galeno, llevaron a Sonia a un psicólogo y, por fortuna, no tardó en volver a hablar.

Mientras accedía con su coche al aparcamiento del cuartel, los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas. Lo último que deseaba en ese momento era que sus nuevos compañeros le vieran en semejante estado, por eso decidió quedarse unos minutos en el interior del coche, mientras esperaba a que los ojos se le secaran.

Desde su asiento podía imaginar el Seat Toledo rojo de su padre aparcado en la plaza donde solía dejarlo. El lugar estaba igual a como tantas veces lo había recordado. Se asombró al descubrir que la canasta de baloncesto continuaba en su sitio, las cuerdas, por supuesto habían sido cambiadas. Incluso se estremeció al ver el abeto que en Navidad tenían la costumbre de adornar y donde recibía los ansiados regalos.

Quizás debería haber hecho caso a mi padre y no volver a este pueblo, pensó. Pero al momento, desechó el pensamiento y salió del vehículo. La actitud apareció en el rostro de la mujer, quien comenzó a ascender los escalones del cuartel. Comenzaba para Sonia una nueva época y ella lo sabía muy bien.

Al entrar, se presentó y preguntó por el teniente a un agente con barba que se encontraba sentado delante de un ordenador. El joven, muy amable, se levantó y pidió que le siguiera, hasta que llegaron a un despacho. La foto del rey Felipe VI presidía el lugar. Entraron y el superior imaginándose de quien se trataba, dijo:

— Bienvenida, sargento Montes. ¿Puede decirme qué es lo que pretende

hacer en este pueblo?

Los demás agentes se habían acercado y escuchaban con atención, esperando la contestación de la recién llegada. Sabían muy bien quién era su padre y estaban al tanto de los episodios vividos en la población, por eso la expectación era máxima.

— Proteger a los ciudadanos y dar mi vida por ellos si fuera necesario.

El teniente que era un hombre de unos cincuenta y pico años, pero con un estupendo estado físico, volvió a decir:

— Muy bien contestado. Estamos muy contentos de que te incorpores a nuestro equipo. Sabiendo de quién eres hija no me extraña para nada tu contestación. La verdad es que no me esperaba menos de ti.

— Antes que nada y para en un futuro próximo, evitar un mal entendido, lo que me gustaría dejar claro es que no quiero recibir ningún tratamiento especial por ser hija de. Todos los progresos que en un futuro pudiera alcanzar, desearía que fueran conseguidos por mi propia dedicación. No quiero tener ningún tipo de favoritismo. Eso es todo.

Los agentes escuchaban embelesados a la nueva sargento y se asombraron por el gran carisma que desprendía la mujer, que a partir de ese instante se iba a convertir en su superior.

— Y ahora que lo dices me parece lo más justo y respeto tus palabras — logró decir el teniente, que quedó impresionado de la personalidad de la chica que tenía delante y que para su satisfacción, iba a estar en el mismo cuartel que él y encima, bajo sus órdenes

Capítulo 8

Cuando Sonia llegó a su casa encontró a su marido enfrascado en su trabajo, delante del ordenador. Julián se levantó y preguntó:

— ¿Qué tal te ha ido? Cuéntame cosas.

— Muy bien, la verdad, mejor de lo que me esperaba.

Julián, quien estaba inquieto por saber la reacción de sus nuevos compañeros al saber de quién era hija, quiso saber:

—¿Han preguntado por tu padre?

— Bueno, les di a entender que no quiero hablar del asunto y parece que lo han entendido, porque no han vuelto a decir nada.

— ¿Y se puede saber qué has hecho en tu primer día de trabajo?

— Me han estado enseñando su forma de trabajar. Yo de todas formas he estado mirando las fichas de diligencias que han sido efectuadas de hace dos años hasta ahora. Como puedes ver, no he perdido el tiempo.

— Vaya, para ser el primer día, has empezado fuerte.

— Sí, eso mismo me ha dicho el teniente.

— ¿Qué impresión te ha dado tu superior?

— Muy buena. Parece un tipo bastante profesional y muy serio. Creo que nos vamos a llevar bien — contestó Sonia mientras se dirigía a la cocina.

Julián se encontraba cerrando el ordenador portátil cuando Sonia volvió aparecer y está vez con no tan buen humor, preguntó:

— ¿Se puede saber por qué no has hecho nada de comer? ¡La verdad, yo flipo contigo!

— Pues no he hecho nada porque lo he estado pensando bien y he reservado una mesa en un restaurante.

A Sonia le agradó la iniciativa de su marido y quiso saber:

— Vaya, muy buena idea. ¿Cómo has encontrado el restaurante?

— Pues poniendo la aplicación del Google Maps. Tengo que decir que me ha sido un poco complicado, pues salían varios, pero al final me he decidido por uno, ya probaremos los otros.

— ¿No has estado trabajando en el artículo?

— Sí, claro. Y ya lo he acabado.

Sonia levantó una ceja y preguntó:

— ¿Me estás tomando el pelo?

— No, es cierto. ¿Quieres leerlo?

— ¡Por supuesto!

Julián volvió a abrir el portátil y le dio al botón de encendido. Mientras tanto, Sonia permanecía expectante, mirando la pantalla. Al fin su marido colocó el Pen en la entrada de usb y al Instante, apareció el documento. La sargento fijó todavía más la mirada, comenzó su lectura y cuando terminó, aseguró:

— Es genial. Me ha gustado muchísimo. Menuda faena te habrá costado hacerlo.

— Entonces, ¿te gusta?

— Mucho, cariño. Se nota que está muy bien documentado. Te aseguro que los del diario van a flipar cuando lean la columna.

— Eso espero.

— ¿Y cuándo saldrá?

— Me imagino que para este sábado. Mis artículos suelen publicarlos los sábados, aunque alguna vez han sido editados un domingo porque ha dado la casualidad de que han coincidido varios.

— Pues nada a esperar. De todas formas solo te faltan cinco días.

— Sí.

— ¿Ya lo has mandado?

— No, aún no. Quiero que lo mandes tú como siempre. Me das muy buena suerte.

— Está bien, lo haré.

Julián entró en su Emeil y permitió que Sonia que mandara el documento. Al momento volvió a decirle a su marido:

— Bueno esto habrá que celebrarlo, ¿no?

— ¿Por qué te crees que he reservado una mesa en un restaurante? Bueno, por esto y por tu primer día de trabajo...

— Menudo detalle. Cuando quieres, eres el mejor. Pero solo, cuando te da la gana — aseguró Sonia mientras lo abrazaba con cariño.

— No me digas eso. No puedes tener ninguna queja de mí.

Sonia guardó unos intencionados segundos de silencio y dijo:

— La verdad es que no.

— Así me gusta. Bueno, ¡Vámonos a comer de una vez!

— ¡Bien dicho!

Capítulo 9

A ver en la aplicación del teléfono móvil que el restaurante no estaba muy lejos, la pareja fue andando. Sonia podía notar como las miradas de los transeúntes se posaban sobre ellos. La excesiva curiosidad de los vecinos era algo que Sonia ya tenía asumido antes de ir a vivir al pueblo y abrazaba el convencimiento de que tanto ella como Julián iban a ser el centro de los cuchicheos a partir de entonces. Desde un primer momento, el matrimonio había tenido presente que la curiosidad de los pueblerinos era el precio que iban a tener que pagar por gozar de una vida tranquila.

De todas formas, Sonia no hizo caso alguno a las miradas de los vecinos y continuó su camino con la cabeza alta sin soltar, en ningún momento, la mano de su esposo.

La fachada del restaurante era la típica de un rústico mesón manchego, pensó Julián. El acogedor interior confirmó sus pensamientos y cumplió con sus expectativas.

Entraron en el local y fueron recibidos por una chica rubia que, más o menos, tendría la edad de Sonia. Julián le dio su nombre y la camarera les pidió que les siguiera hasta la mesa. Una vez sentados, la servicial mujer les tomó nota de la bebida y desapareció. Sonia se dio cuenta de que la chica le miraba de una forma rara. A su vez trató de concentrarse pensando dónde antes había visto esa cara que tanto le sonaba.

Julián observó el interior del restaurante y le dio muy buenas sensaciones. Lo que más le llamó la atención fueron sus vigas de madera, luciendo en el techo. Mientras tanto, Sonia no apartaba la vista de la camarera y fue entonces cuando la relacionó. Sonia veía como ponía las bebidas sobre la barra, le dio la vuelta al mostrador, las recogió y se dirigió hacia la mesa.

Cuando llegó, Sonia levantó la mirada de la carta y, sonriendo, le preguntó:

—¿Qué pasa es que no te acuerdas de mí?

—¿Eres Sonia?

— Pues claro. ¡Qué memoria más mala que tienes, Pili! — dijo, levantándose

de la mesa y abrazando a su amiga.

— Por lo que veo os conocéis — intervino Julián.

— Claro que la conozco, como que fue a la misma clase que yo. Cuánto tiempo... — aseguró Sonia.

— Reconozco que al principio me sonabas de algo, pero me ha costado un poco acordarme de ti porque estás muy cambiada. Para mejor, por supuesto. Estás guapísima.

— Gracias por el piropo. Mi marido no me dice esas cosas tan bonitas...

— ¿Cómo que no? — preguntó Julián a su esposa.

— Estaba bromeando, bobo.

— ¿Y qué haces por aquí? Si se puede saber.

— Hemos alquilado una casa en el pueblo, porque he conseguido una plaza en el cuartel y si todo sale bien, tenemos pensado quedarnos a vivir aquí.

— ¡Estupendo! Bueno, os voy a dejar comer tranquilos, mirad la carta y ya me decís que es lo que queréis de comer. De todas formas, os recomiendo el menú, hay gazpacho manchego y es nuestra especialidad.

— Muy bien, pues te haremos caso. Por cierto, me alegro muchísimo de verte, Pili.

— Yo también me alegro mucho.

Tras las palabras de la camarera, el matrimonio miró el menú.

La velada transcurrió tranquila y llegó la hora de pedir la cuenta, pagaron y tras despedirse de Pili, regresaron caminando a casa.

Capítulo 10

El mes de prueba que el matrimonio había fijado con la agente de la inmobiliaria transcurrió muy favorable para ellos y por ese motivo, ambos se sentían muy satisfechos con los resultados obtenidos. La pareja se mostraba entusiasta y llena de ilusiones con el proyecto que iban a compartir.

Era una suave mañana soleada, sin una sola nube y sin viento molesto. Habían terminado de desayunar y se encontraban en la cocina cuando Sonia, acercándose a su marido, le dijo:

— Cariño, creo que ya ha llegado el momento de darle una contestación a la inmobiliaria, ¿no crees?

Julián quien desde un primer momento se había mostrado encantado con la casa, contestó:

— Sí, será mejor que le demos una contestación cuanto antes. No vaya a ser que alguien más que esté interesado en ella se adelante y nos la pueda quitar y sería una putada y de las grandes, ya que nos hemos hecho muchas ilusiones con ella.

— Estoy segura de que no nos vamos a arrepentir de la decisión. Muy bien pensado.

— Yo siempre pienso bien.

— Perdona que te lo diga pero, siempre, siempre, va a ser que no y en el fondo, sabes que tengo razón.

— Como tú quieras. Tú tienes la razón, como siempre. Paso de discutir y además, cada vez que lo hago soy yo quien sale perdiendo — bromeó Julián.

— Perfecto, pues entonces voy a llamarla ahora mismo. ¿Qué le vamos a decir? — preguntó Sonia inquieta por saber la opinión de su esposo. Sabía que Julián estaba a gusto, pero pensaba que no era bueno hacerse muchas ilusiones, para no llevarse un chasco. Antes del traslado, su esposo se había mostrado un poco contrariado con ella porque no le hacía mucha gracia irse a vivir a otra parte, aunque sí que era cierto que se asombró y para bien al ver la cara de su marido al ver la vivienda. Aún así, Sonia no lo tenía muy claro. Ahora había llegado el momento crucial y sabría la verdadera opinión de su pareja.

Julián hizo un silencio y la sargento se dio cuenta de que lo hacía para, siempre de broma, hacerla esperar y sacarla de sus casillas. A los pocos minutos, dijo:

— Por mi parte no hay ningún problema. Te confieso que al principio cuando me dijiste que querías venir a aquí no me hizo mucha ilusión que digamos, aunque ahora conociendo la tranquilidad del pueblo y de la casa... De verdad, estoy muy a gusto en este hogar. ¿A ti qué te parece?

— Yo también estoy conforme con todo. Pienso igual que tú

— Sonia no pudo disimular su alegría y abrazó a su marido.

— De acuerdo pues. Estoy seguro de que vamos a ser muy felices en este lugar, lo presiento — y tras decir las palabras, Julián le acercó a Sonia su teléfono móvil y le dijo —. Toma, llámala cuanto antes. No puedo esperar ni un minuto más.

La agradable voz de la joven de la inmobiliaria, como si supiera lo que iba a suceder y estuviera atenta esperando la contestación, no tardó en atender la llamada y les explicó que en unos días iban a recibir una copia del contrato firmada por la agencia y que por favor debían imprimir otra y mandarla también por correo, firmada por ellos a la dirección donde estaban situadas las oficinas de la agencia.

Después se despidieron de la chica y tras colgar el teléfono, Sonia le anunció a su marido su intención de limpiar el coche.

— Mira cómo está de guarro.

— Da pena verlo. Si hasta cuesta adivinar de qué color es. ¡Qué vergüenza!

Al principio, a Julián le dio un poco de pereza, pero enseguida cambió de opinión, se mostró de acuerdo y se dirigieron a sacar el vehículo del garaje.

Una vez se encontraban en la entrada, Sonia abrió el grifo y dirigió la manguera hacia el coche, pero algunas ráfagas de agua, intencionadamente, mojaron a Julián quien aprobó la ocurrencia con sonoras carcajadas. A continuación y sin perder el buen humor, se dirigió al cubo que portaba agua con jabón y cogió con las manos espuma que fue a parar a la cara de la risueña Sonia.

Capítulo 11

La primavera transcurrió apacible y en los límites de los viñedos, donde se encontraban los rastrojos y las conejeras, empezaron a verse las primeras gramíneas donde las abejas revoloteaban zumbando a sus anchas y polinizando las llamativas flores. Las últimas lluvias habían permitido que la hierba creciera y que un manto verde embelleciera el paisaje como una uniforme

alfombra natural. Por las noches todavía continuaba haciendo frío, pero, cada vez lo hacía de una forma más débil y esporádica.

Al fondo, la Serranía se perfilaba en el horizonte y apenas se adivinaba algunos zonas blancas de nieve que el sol reflejaba y hacía brillar.

Las cigüeñas blancas se dejaban ver en algunos tejados de las casas. Atrás quedaron los tiempos en que estas enormes aves emigraban al continente africano. Muchos estudiosos afirmaban que debido al calentamiento del planeta, muchos animales habían cambiado sus costumbres y buscaban su sustentación en los vertederos de basura, como era el caso de las cigüeñas blancas.

Debido al buen tiempo, Jaime y su amigo Juanito, salían más a menudo con sus bicicletas para recorrer el laberinto de senderos que rodeaban la población. La festividad de la Pascua se comenzaba a oler en el ambiente y los chavales ya hablaban de a dónde iban a ir comerse las monas y por supuesto, a volar las cometas, una gran tradición en aquella época del año.

La Encina es una pequeña aldea de unos cinco mil habitantes que en los meses de verano, perfectamente puede doblar e incluso triplicar su densidad. Sin embargo en los meses de invierno, apenas se ve a gente transitar por sus calles. Su economía es muy fácil de adivinar al observar los extensos campos de viñedos y olivos y otros árboles frutales, que rodean el poblado y junto con los cereales cubren la ancha meseta, tapizando la extensa comarca.

Un sábado por la mañana, Juanito y Jaime se encontraban sentados en un banco de la plaza del ayuntamiento cuando Juanito le comunicó a su compañero su interés de conocer un sitio nuevo, un lugar para descubrir y así explorar. En eso, Jaime a sus trece años, era todo un experto pues conocía la zona como la palma de su mano, y eso era algo que casi todo el mundo del pueblo sabía. Y no era de extrañar, puesto que no eran pocas las veces que, junto a su padre Zacarías, se había adentrado hasta los límites donde comenzaba la sierra y conocía incluso los nombres de las plantas y de los animales que merodeaban por aquellos escarpados parajes, gracias al conocimiento que tenía Zacarías sobre aquella singular depresión geográfica y bien se había preocupado en transmitírselo a su vástago para que este sintiera respeto y amor por la naturaleza.

El padre de Jaime aparte de ser un experto en vinos era aficionado a la cinética, pues ejercía la caza de una forma sostenible con el entorno. Porque si tenía algo claro el empresario era que si se degrada el medio ambiente, o se abusa de la caza, sería perjudicial para sus intereses ya que se reducirían las

especies animales. Incluso algunas coníferas que daban sombra o servían para que algunas águilas Imperiales, en un futuro, nidificaran en ellas habían sido plantadas por él y por Jaime y este hecho era un gran motivo de orgullo para ambos. El empresario odiaba a los furtivos que el único propósito que tenían era el de sembrar de muerte la tierra y se enojaba a menudo porque estaba convencido de que por culpa de aquellos terroristas de la naturaleza, los cazadores tenían tan mala fama, porque de todos es sabido lo propenso que es el ser humano a generalizar. El pensar que él nada podría hacer para cambiar las cosas le llenaba de incertidumbre y repulsión hacia esos individuos sin ningún tipo de escrúpulos.

— A ver si un día me llevas a algún lugar de esos tan espectaculares que dices conocer porque has ido con tu padre — solicitó Juanito.

— Claro, podríamos ir al río o incluso al castillo.

— ¿Al castillo? Lo he oído nombrar, pero nunca he estado allí.

— Sí, me imagino que lo habrás escuchado alguna vez. Es una fortificación muy antigua, parece ser que es de la época de los moriscos, aunque algunos ancianos del pueblo, aseguran que es anterior, a los tiempos de los musulmanes. Y también hay una siniestra leyenda sobre un caballero fantasma que, según los de la aldea, en las noches de luna llena se aparece cerca de la torre del homenaje y luego, cabalgando sobre su caballo blanco, desaparece atravesando los muros de la construcción, como si no existiera barrera alguna que lo pudiera detener.

Juanito no daba crédito a las palabras de su amigo. Cómo no tenía bastante con la historia de la Dama Blanca y el espectro de la casa abandonada, ahora, otra inquietante leyenda, esta vez, sobre un siniestro caballero andante y una lúgubre fortificación.

— ¿Quién te ha contado lo del fantasma del castillo? Yo no se lo he oído contar a nadie en el pueblo.

— Es mentira, tonto, lo dije para ver la cara que ponías. Tenías que haberte visto — Jaime comenzó a reír —. Y te lo has creído. Me muero de risa.

— De eso nada, no me lo había creído. Sabía que era una mentira de las tuyas, solo estaba siguiéndote el rollo para ver por dónde salías.

— No digas chorradas, Jaime, te lo habías creído.

— Eso es mentira, te lo aseguro. Estás muy equivocado.

— Si hubieras visto la cara que pusiste... Estabas blanco, como aquella pared de allí — Jaime señaló con el brazo la fachada blanca de una casa.

— ¿Quieres que vayamos al castillo, sí o no? — Juanito con la petición

trataba de hacerse el valiente.

— ¿Ahora?

— ¿Por qué no? No tendrás miedo.

— Vale, la verdad es que estaría bien ir y ahora mismo no tenemos nada mejor que hacer. Por mí estupendo. ¡Será una gran aventura!

Jaime se levantó del banco donde estaba sentado y se montó en su bicicleta mientras decía:

— Vamos, sígueme, llegaremos en una media hora o un poco más. Primero iremos a la fuente, quiero llenar mi cantimplora de agua. Necesito provisiones.

— Sí, yo también necesito reponer agua, la tengo casi vacía y hoy parece que va hacer mucho calor.

Los dos jóvenes abandonaron la plaza del ayuntamiento y al cabo de unos minutos se aventuraron, por un sendero que cruzaba un bosque de pinos. Al cabo de un rato, llegaron a una bifurcación. Jaime detuvo su marcha y apoyando un pie en el suelo, exclamó:

— Hay que subir esta cuesta que es bastante empinada y enseguida llegaremos al final del destino.

El cielo se fue cubriendo de nubes y se levantó una agradable brisa que los buitres aprovechaban para planear.

Subieron, poco a poco la pendiente, andando y empujando sus bicicletas.

A Juanito se le hizo interminable la empinada cuesta, aunque prefirió no decir nada a su amigo porque no quería que Jaime se riera de él.

Al poco tiempo, por fin, divisaron una parte de la muralla. Cuando llegaron al final de la subida, ninguno de los dos sentía las piernas y el corazón les martilleaba dentro del pecho.

Por un momento, se quedaron contemplando la entrada, porque debido al cansancio eran incapaces de hablar. Poco a poco, fueron recuperando la respiración. Fue Jaime quien rompió el silencio, para informar:

— La entrada está abierta, como siempre. Si quieres, entramos y dejamos las bicicletas en el interior. No creo que nos la roben porque aquí no viene mucha gente, pero más vale prevenir. Ya verás como te gustará mucho, es un sitio fabuloso y muy interesante. No te vas a arrepentir de haber venido, acuérdate. Parece que estamos en otra época. Como si hubiéramos hecho un viaje a través del tiempo hasta la época medieval.

Entraron y tras dejar las bicicletas apoyadas en uno de los muros, ascendieron por una escalera de piedra que se encontraba bastante deteriorada por el transcurso de los siglos. Jaime observaba con marcada curiosidad los muros

que testificaban con su desgaste, debido a la erosión del viento y de las lluvias, su gran antigüedad.

Al final de la escalera, vieron una gran puerta de madera que, tumbada, hacía la función de un puente. Jaime fue el primero en atravesarlo mientras decía:

— Cuando pases, no mires hacia abajo. Así no tendrás vértigo.

— Qué pasada. A saber desde cuándo está y quién habrá pasado por aquí. Igual el mismísimo Cid Campeador.

— Vale, Juanito, acuérdate de lo que te he dicho, no mires abajo o de dará vértigo y te marearás y puede que te caigas.

Jaime hizo caso del consejo y se dispuso a cruzar el puente, para su satisfacción, no hubo ningún tipo de incidencia y al cabo de un momento se encontraban entrando en el recinto del castillo.

— Es increíble. ¿Habías estado alguna vez aquí, Jaime? Me refiero dentro.

— Sí, una vez, vine con mi padre, pero de eso hace muchísimo tiempo. Apenas lo recuerdo. No sé qué es lo que sucedió aquí que a partir de entonces, mi padre no ha vuelto a querer venir.

— ¿Y nunca se te ha ocurrido preguntárselo?

— Claro, muchas veces.

— ¿Y qué te decía?

— No me contestaba, simplemente cambiaba de tema. Al final me aburrí y sabiendo que no iba a conseguir ninguna respuesta he optado por no preguntarle nada más sobre el asunto.

— Estoy seguro de que será una tontería de las tuyas, como lo del fantasma.

— De eso nada. Estoy convencido de que algo sucedió, el qué no lo sé. Le pregunté a varias personas del pueblo e hicieron como mi padre, cambiaron de conversación o simplemente se quedaron callados sin contestarme. Es algo muy extraño, lo reconozco — Jaime permaneció unos minutos en silencio y volvió a decir —. Estoy seguro de que aquí pasó algo extraño.

Capítulo 12

Los dos muchachos observaban en silencio los majestuosos muros y, a pesar de sus cortas edades, supieron apreciar su belleza y se preguntaron por los hechos históricos que habrían teniendo lugar dentro de la fortificación. Incluso imaginaron a los caballeros entrando seguidos de sus escuderos, por el portal

principal. Con los estandartes en alto y llegados de alguna legendaria batalla, mientras eran vitoreados por el populacho.

— Esto me recuerda a las aventuras de las novelas de caballería que tratan sobre los templarios y las Cruzadas — aseguró Juanito.

— Sí. A mí me recuerda a las historias del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda.

En lo alto de las murallas, las almenas se recortaban en un cielo que estaba, por completo, cubierto de nubes y la brisa había cesado. En cualquier momento podía comenzar a llover. Un halcón peregrino planeaba en el cielo, esperando que alguna paloma cometiera algún error y pasara a convertirse en su fuente de energía.

Continuaron explorando cada rincón y llegaron a unas grandes oquedades, donde el suelo se encontraba casi cubierto de altas hierbas y, en las paredes, descubrieron unos agujeros de forma circular.

Juanito se acercó y sentenció:

— Aquí es donde irían los enganches para encadenar a los cautivos. Esto eran las mazmorras, estoy seguro.

— Mira, parece que hay dibujos en las paredes.

— Sí, deben de ser inscripciones hechas por los presos, como una especie de mensajes, destinados a alguien muy especial para ellos o simplemente, para escribir sus nombres y testificar su paso por aquí.

—¿Cómo lo sabes?

— Muy sencillo, porque lo he leído en algún libro. Aunque parezca mentira, muchos castillos se usaron de prisiones en la época de las Guerras Carlistas.

Juanito escuchaba embelesado a su amigo, sabiendo que cuando hablaba de su gran pasión, la Historia, nunca mentía.

De pronto, un estruendo los sobresaltó y se precipitaron a fuera del castillo.

—¿Qué ha sido eso? — preguntó Jaime.

— No lo sé, pero será mejor que salgamos y regresemos al pueblo. Parece haber sido un disparo.

— Si te soy sincero, no quiero quedarme a saber que ha sido lo que ha provocado semejante ruido.

Se subieron en sus bicicletas y emprendieron el descenso por el sendero.

De pronto cesaron la marcha y Juanito, riendo, afirmó:

— Era un trueno. Y te has creído que era un disparo. Eres un miedica que se asusta por cualquier cosa.

— Eso no es cierto. No me dio miedo y en todo momento, sabía que se

trataba de un trueno. Ah, por cierto, fui yo quien dijo de venir aquí. O sea que no soy ningún cobarde.

— No digas mentiras. Si seguro que te has cagado encima. ¡A mí no me puedes engañar!

— ¡Anda ya! No digas más tonterías.

Cuando iban a reanudar el descenso un lagarto, de un tamaño considerable, cruzó el camino a gran velocidad.

—¿Has visto eso? Era un lagarto ocelado.

— Sí, lo vi. Se metió entre la coscoja.

— Claro, buscando la protección de la foresta. Igual tiene ahí su madriguera.

— No me extrañaría. Seguro que habrá salido a tomar el sol y a intentar cazar a algún saltamontes o a comerse los huevos de las perdices, que también suele hacerlo.

— ¿Los huevos de las perdices? — preguntó extrañado Juanito.

— Sí, ¿te extraña?

— Un poco. Pero eso no debe de ser muy bueno para las perdices, se pueden extinguir.

— Bueno eso es lo que dicen algunos cazadores, para tener la excusa de matarlos, aunque mi padre dice que eso no es cierto, si lo fuera, ya no habrían perdices, ni codornices... Y sin embargo hay y muchas.

— Ah, te entiendo.

— Mañana por la noche, me voy a ir con mi padre a cazar un jabalí. Hicimos un comedero y esperaremos hasta que aparezcan y cuando menos se lo esperen, dispararemos.

— Qué suerte, ojalá pueda ir un día con vosotros.

— No te preocupes ya hablaré con mi padre y si los tuyos están conforme, te vendrás algún día.

— Lo cierto es que tiene que ser emocionante, ¿verdad?

— Sí lo es y mucho.

Tras el comentario, los dos amigos continuaron su camino, sin percatarse de que eran observados por un cuervo que se encontraba posado en la rama de un pino. El animal meneó la cabeza, sin dejar de seguirlos con la mirada y soltó un graznido que retumbó en todo el valle.

Capítulo 13

Jaime contemplaba con mucho detenimiento el rostro de su padre en busca de alguna señal que le anunciara algún cambio y después dirigió su mirada, de nuevo, hacia el comedero, esperando la llegada de algún cerdo salvaje. Solo de pensar lo que dirían sus amigos cuando se enteraran de la hazaña llevada a cabo por él y por su padre le llenaba de satisfacción. Ya se imaginaba a los

escolares hablando a escondidas, en los pasillos del colegio, admirados al ver al intrépido compañero pasar. Incluso algunos escolares se mostrarían orgullosos de conocerle. Los días de ser el niño más popular de la escuela, cada vez están más cerca, pensó.

Hacía apenas una semana que habían pasado las vacaciones de semana Santa y las temperaturas eran todavía bajas, sobre todo durante la noche. Por el día ya iban saliendo días soleados, pero las ráfagas de viento avisaban que el solsticio de verano aún estaba por llegar y que todavía las altas cumbres de la Serranía se podrían volver a teñir de blanco el día más insospechado, pues alguna borrasca invernal llegada de unas lejanas latitudes siberianas podía dar aún un último coletazo.

El cielo estaba medio despejado y la luna era tapada con timidez por alguna nube pero que, a pesar de todo, no impedía que hubiera bastante visibilidad.

Bellotas, restos de frutas y otros vegetales, formaban parte de la montaña alimenticia que serviría como cebo para llamar la atención de los jabalíes con el propósito de que estos cayeran en la emboscada que los pacientes cazadores, con tanto esmero, habían preparado.

Zacarías y su hijo Jaime se encontraban dentro de una especie de tienda de campaña que, gracias a su decoración y color, se encontraba perfectamente mimetizada en el entorno. Jaime todavía recordaba cuando un día su padre le había dicho que le acompañara a comprarla. En cuanto la vio, el muchacho no podía creer que su padre fuera a adquirirla y es que Jaime estaba maravillado por la tienda que tanto le recordaba a las utilizadas por los biólogos de los documentales que solía ver. En ese mágico instante, se creía el más intrépido de los naturalistas.

Se encontraban en silencio cuando, de pronto, apareció entre la maleza una escurridiza y alargada sombra que, describiendo precisos movimientos, comenzó a olisquear el improvisado festín.

El niño, asombrado al ver al recién llegado, se puso más en alerta e intentando disimular su emoción, susurró:

—Mira, papá, un animal, ¿no piensas disparar? A ver si se escapa.

— No, hijo. Es un zorro, si disparo ahora, podría alertar a los gorrinos que estén cerca y estos huirían alarmados y perderíamos una gran oportunidad, pues ya no volverían. No tenemos más remedio que esperar. Tú estate tranquilo y confía en mí, que tarde o temprano aparecerán. Ten paciencia. Además, no hay que matar por matar. La carne del zorro no se aprovecha para comer y sería una crueldad matarlo sin aprovechar de él nada.

— También es verdad, pobre animal no lo había pensado. Y además, seguro que tendrá una familia a la que alimentar. No sería justo hacerlo — dijo Jaime en voz tan baja que apenas era posible escucharla.

Ante la mirada de los observadores, el zorro escarbó entre los restos de comida, cogió un trozo de lo que parecía una manzana y realizando una acrobacia, casi felina, desapareció en la oscuridad, entre la foresta, sin apenas hacer el mínimo ruido, incluso dio la impresión de que ni siquiera había rozado algún arbusto. Lo que llamó de nuevo la atención de Jaime e incluso lo impresionó y mucho.

Permanecieron en silencio y de vez en cuando se oían ruidos entre las hierbas, producidos por algún roedor que estaría buscando alimento. En el entorno se podía notar el aliento de la vida, buscando la supervivencia.

Las sombras otorgaban al bosque un aspecto tétrico y místico como debió de ser desde la noche de los tiempos.

Al cabo de un rato, aparecieron los esperados gorrinos salvajes y Jaime sintió como se le aceleraba el corazón, pero evitó hacer ningún movimiento, que les pudiera delatar y aguantó la respiración por si los animales eran capaces de advertir su presencia. Sabía por su padre que los animales salvajes parecían tener un oído que ante cualquier sonido, por muy imperceptible que esté fuera, algo se activaba en su sistema nervioso que les hacía huir de inmediato a toda velocidad, con el fin de escapar del inminente peligro.

No quería por nada del mundo fastidiar la jornada de caza y que su padre se enfadara y no le permitiera volver a ir con él. Estar con su padre era una de las cosas que más valoraba el joven y siempre trataba de encontrar una excusa para estar a su lado y no era nada fácil ya que el empresario estaba siempre muy ocupado debido al trabajo.

—Mira, ahora es el momento, papá.

—No, hazme caso. No hay que precipitarse. Vamos a esperar un poco más y cuando estén confiados comiendo, entonces, abriré fuego. No te apresures tanto y haz caso de lo que digo, tengo mucha experiencia con la caza.

—¿Es ese nuestro plan?

— Sí, hijo, ese es nuestro plan — susurró Zacarías, acariciando la cara de su vástago. Al niño le brillaron los ojos de orgullo.

Jaime decidió no hablar más y se quedó contemplando la luna y pensó si en el mismo lugar que se encontraba él con su padre alguien había estado también en otros tiempos, quizás en el paleolítico cuando los seres humanos se dedicaban a cazar y a recolectar. No eran pocas las veces que el pequeño le

había dicho a sus padres que su sueño era llegar a ser un famoso arqueólogo y que excavaría sin cesar con el propósito de desvelar los secretos más asombrosos del pasado de la humanidad. Zacarías y su madre cuando les contaba esas cosas siempre le decían que tendría que estudiar mucho y que las enseñanzas que estaba recibiendo en ese momento en el colegio era lo más importante para conseguir sus propósitos y que debía aprovecharlas al máximo pues eran las puertas por donde penetrarían algún día sus sueños. El muchacho lo comprendía muy bien y estudiaba con ímpetu, aunque no le faltaba sobre su mesita de noche alguna novela relacionada con la temática histórica. Le interesaba cualquier época pasada y nunca dejaba de asombrar a su madre cuando esta entraba en su habitación y lo encontraba enfrascado en la lectura de algún libro que trataba sobre el Antiguo Egipto, Sumeria o cualquier otro período histórico. Incluso una vez vino el chiquillo de la escuela, diciendo que el maestro quería hablar con los padres. Fue Ana la que acudió a satisfacer la demanda del profesor y apresurada y un poco nerviosa, esperó a que la clase finalizara para hablar con él.

Empezaron a salir los alumnos entre gritos de entusiasmo y cuando vio a Jaime le dijo:

— Hola, hijo, espérate un momento en el patio que quiero hablar con don Matías.

El niño no hizo otra cosa que asentir y tras dar un beso a su madre se dirigió con su pesada mochila hacia la zona del recreo.

El profesor salió y le hizo entrar y, señalándole una silla, comenzó:

— Hola, buenas tardes. Le he hecho venir porque me gustaría comentarle una cosa de su hijo.

Ana, que sintió como se le aceleraba el pulso al pensar que su vástago podía estar siendo víctima de algún acoso o qué podía haber protagonizado algún acto vandálico, aseguró:

— Me está asustando, don Matías. ¿Ocurre algo?

— No, por favor. Al contrario. Le he hecho llamar porque deseaba decirle que su hijo es un alumno muy inquieto, en el sentido intelectual, por supuesto, y en cierta medida, después de haber hablado con varios profesores y siendo yo su tutor quería decirle que dado su potencial hacia los estudios, sería una lástima que los abandonara.

— No le entiendo, ¿por qué iba de hacerlo?

— Como tienen una empresa muy importante y que va también...

Ana no dejó acabar al profesor:

— Ya sé por dónde quiere ir a parar, pero tanto su padre como yo le apoyamos para que estudie y queremos que vaya a la universidad y que estudie lo que le guste.

Don Matías, miró a los ojos pardos de Ana y volvió a decir:

—Me alegra oírle decir eso. No puede ni siquiera hacerse una idea de lo satisfecho que estoy con él. Que sepa que para un profesor que un alumno salga con tal dedicación....

—Es un éxito del profesor también. Desde luego — Ana no dejó terminar de hablar al hombre —. Y no se preocupe que, como le dije antes, tanto mi marido como yo, haremos todo lo posible para que Jaime estudie. Además, si Dios quiere, a mi marido y a mí aún nos queda mucho tiempo para llegar a la edad de jubilarnos y entonces ya veremos lo que hacemos — aseguró y se levantó de la silla lista para marcharse, dándose cuenta de que la conversación había llegado a su fin.

Capítulo 14

Los animales salvajes empezaron a devorar el banquete, entre gruñidos y lo más deprisa que podían, pues debían abandonar el lugar lo antes posible por el temor al ataque de un posible depredador que podía aprovecharse de la situación. La distracción en la naturaleza podía resultar fatal.

En ese instante, Zacarías se dio cuenta de que había llegado el momento oportuno, se levantó para realizar el disparo con tan mala suerte que resbaló y

el disparo iluminó la noche. Los jabalíes, con asombrosa destreza, se fundieron de forma vertiginosa en su entorno, para no volver a mostrarse. Al cazador le hervía la sangre, de rabia.

El padre se repuso de la caída y mientras se sacudía con las manos los pantalones exclamó, desanimado:

— Qué mala suerte hemos tenido. Resbalé y hemos perdido una gran oportunidad, por mi culpa. ¡Maldita sea! ¡Qué lástima, con lo cerca que hemos estado de conseguirlo!

—No te preocupes, papá. Otro día, quizás, tengamos más suerte que hoy. Ya lo verás.

—Eso espero, hijo. Hemos estado a punto de lograrlo. Regresemos a casa, será lo mejor. Ya veremos ahora tu madre lo que se va a enfadar conmigo por llegar tan tarde a casa — aseguró mientras se colgaba en un hombro la mochila.

Salieron del escondrijo y cogieron el sendero para regresar a la aldea. El día comenzaba a despertar y el sol, entre unas nubes, se mostraba en el rojo horizonte con cierta timidez. En la lejanía se empezaba a adivinar el contorno de los hogares. El crepúsculo parecía acariciar los tejados.

Iban andando cuando un ave que pasó planeando a ras del suelo llamó la atención de Jaime quien no pudo dejar de asombrarse.

—Qué pájaro más raro. No lo había visto nunca.

— Es un chotacabras. Es muy difícil de ver, pues en un animal nocturno y encima se camufla muy bien. Si lo ves de cerca es muy raro. Parece una mezcla de búho con un halcón. Incluso antes, por su aspecto, los aldeanos se pensaban que era un animal de mal agüero.

— Cuando tenga un rato lo buscaré en Internet. A ver que pone.

— Muy buena idea, Jaime. Muy bien pensado.

Padre e hijo continuaban andando por el camino dirección al pueblo. Zacarías levantó la vista del suelo y volvió a hablar:

— Este es el mejor momento para ver animales salvajes.

— ¿Así, y por qué?

— Porque ahora es cuando los animales nocturnos vuelven a sus refugios y los diurnos empiezan con su actividad diaria. Y porque cuando el día ha avanzado, sobre todo en los cálidos días del verano, muchos se esconden del inclemente sol en sus madrigueras o bajo la sombra de las copas de los árboles y es muy difícil poder observarlos.

— Claro, tiene su lógica. Nunca me había parado a pensarlo — admitió

Jaime, sin dejar de admirar el conocimiento que tenía su padre sobre la naturaleza.

Dejaron por fin el sendero y tomaron el carril destinado a las bicicletas que llevaba al pueblo. En unos escasos minutos llegaron al hogar. Zacarías prefirió no llamar al timbre porque su mujer se encontraría haciendo algo y no quería molestarla, extrajo de su mochila las llaves y abrió la puerta de la casa.

La mujer se encontraba haciendo ejercicio sobre la bicicleta estática, con la música a no mucho volumen, cuando la puerta de la vivienda se abrió y padre e hijo irrumpieron en el lugar.

—¿Venís con las manos vacías? No puedo creerlo — se extrañó, sin dejar de pedalear. Debido a la actividad física a Ana le resultaba complicado hablar.

— Ha sido un auténtico desastre. Mejor ni te lo cuento. Es una de esas situaciones que es mejor olvidar cuanto antes — fue la respuesta del esposo, mientras bajaba el volumen de la radio.

— Enseguida termino. Ya llevo, sobre la bici, una hora — informó Ana.

— No te preocupes, cariño. Tú a lo tuyo — dijo Zacarías.

—¡Jaime, mírate, estás temblando! — dijo, bajando de la bicicleta y dirigiéndose a la cocina —. Te prepararé algo caliente.

— Qué bien me va a venir y unas tostadas también estarían bien porque tengo mucha hambre, mamá.

— No logro entenderlo, casi toda la noche en el bosque a la intemperie, pasando frío, para nada. Sabes muy bien que no me hace nada de gracia que te lleves a cazar al chiquillo. Es muy peligroso y lo sabes, algún día podemos tener un disgusto y de los grandes y entonces sí que me ibas a oír y bien, te lo aseguro — esto último iba dirigido a su marido Zacarías quien prefirió callar y así evitar una posible discusión —. Acuérdate del hombre que se dio un disparo en el codo y casi pierde el brazo. Tú estabas allí con él cuando ocurrió aquello y nunca te había visto tan asustado. Bueno, sin contar con lo que nos ocurrió a nosotros. Por supuesto.

Estas últimas palabras costaron un poco de digerir al empresario, pero haciendo de tripas corazón, volvió al principio de la conversación:

— Nunca se me olvidará ese día, qué horror y la ambulancia parecía que nunca iba a llegar al lugar y el pobre cubierto de sangre. Qué desesperación. Qué mal lo pasamos todos.

— Normal, en esas situaciones los minutos parecen horas. Lo importante es que podría haber sido peor y al final todo quedó en un buen susto. ¿Y qué ha sucedido hoy? Si se puede saber.

El hombre guardó la escopeta en el armario y mientras dejaba el zurrón sobre el respaldo de una silla, contestó:

—Estuvimos a punto de cazarlos, pero en el último momento, cuando estaba apuntando a un jabalí, resbalé y caí al suelo de rodillas. Perdimos una hermosa pieza. Tuvimos muy mala suerte, eso es todo. Un mal día lo puede tener cualquiera.

— ¿Sabes que ese disparo podría haber herido a nuestro hijo? ¿Eres consciente de ello?

— Imposible, Jaime estaba en todo momento fuera del objetivo de la mira. A ver si ahora vas a pensar que paso de mi hijo, porque si es así, estás muy equivocada. Siempre he cuidado de él y cuando nos hemos ido juntos a algún sitio, nunca lo he perdido de vista ni un solo minuto.

—Vimos un zorro precioso y, después de estar mucho rato esperando, aparecieron los jabalíes. Fue increíble — aseguró Jaime, emocionado.

La madre de Jaime, Ana, se dispuso a calentar leche en un cazo y preparó café, para servirlo en las tazas. A continuación preparó las tostadas que Jaime le había pedido. El hambre hacía que el niño no pudiera desviar la mirada de su madre.

Mientras tanto, Zacarías, después de levantar las persianas de las ventanas de la cocina para que entrara luz natural, comenzó a sacar los cubiertos y los vasos del lavavajillas y se dispuso a guardarlos en sus correspondientes destinos.

Ana también puso en marcha la tostadora y sacó un bote que tenía ya preparado con tomate rallado, mezclado con aceite de oliva, para untar las tostadas. Jaime los observaba y el apetito se notaba en el brillo de sus ojos.

En ese instante, alguien llamó con los nudillos a la puerta.

— Por la forma de llamar, esa debe de ser tu hermana.

— Yo abriré — se ofreció Jaime.

El muchacho abrió la puerta y bajo el umbral descubrió a su tía, Isabel, y por tanto, la hermana de su madre. La mujer entró en la casa y acarició la cara de su sobrino. Jaime le dio un cariñoso abrazo y un sonoro beso en una mejilla. A continuación, la recién llegada se sentó en la mesa, junto a Jaime.

—Vaya, por lo que puedo ver, vengo a tiempo para poder tomar un café recién hecho y unas buenas tostadas. ¡Qué hambre que tengo! — dijo Isabel.

— Tú, siempre, pareces saber el mejor momento para ir a los sitios. No se te escapa ni una, cuñada. No sé cómo te las apañas tan bien — bromeó Zacarías.

—Hola, hermana. Siéntate y no le hagas caso a mi marido. Ya lo conoces es

muy bromista y algunas veces también un poco pesado — luego, dirigiéndose a Jaime, dijo —. Hijo, haz el favor de hacerme caso y acuéstate un rato, tienes que estar muy cansado, con todo el movimiento que has llevado esta noche.

Jaime se dio cuenta de que su madre tenía razón, apuró su taza y, con agrado, siguió las recomendaciones y se dirigió a su habitación. Se quitó la ropa, se colocó el pijama y antes de tumbarse se asomó a la ventana, desde donde podía distinguir, no muy lejos, la vieja casa abandonada.

Ahora de día, no le causaba ningún miedo, pero cada vez que recordaba los relatos que le contaban sus amigos y la gente del pueblo sobre los supuestos hechos acontecidos en el siniestro lugar, un calambre recorría todo su cuerpo.

Una vez acostado, pudo oír cómo su tía se despedía de sus padres. El muchacho la adoraba y por la confianza que tenía con ella, era la única persona a la que sería capaz de contarle cualquier cosa. A parte de ser su tía era la mejor amiga del rapaz.

Isabel salió a la calle y se dirigió al mercado. En la concurrente plaza, donde estaba situado el ayuntamiento, se encontró con el párroco del pueblo, quién le dijo:

—Hace tiempo que no te veo por la iglesia. Sería fabuloso el poder contar con tu presencia en la casa de Dios.

—Tiene razón, padre. Intentaré ir más a menudo.

— No hace falta que te diga que tienes las puertas abiertas, ¿verdad?

— Lo sé, es simplemente que últimamente estoy un poco liada.

El religioso, quien ya estaba acostumbrado a esa clase de excusas, dijo:

— Ven cuando puedas o quieras. No voy a obligarte a nada. Solo era que me gustaría verte por allí.

La mujer se despidió del hombre y fue hacia el mercado. El aire fresco de la mañana, recordaba que aún estaban en la primavera. Cuando estaba a punto de entrar en el mercado, se dio cuenta de que una furgoneta se detenía en la puerta y de ella descendieron dos hombres. No tardó en percatarse de que eran los colmeneros. Estos entraron y ella con disimulo los siguió hasta que se detuvieron en una de las paradas de ultramarinos. Uno de los dos, el que era más robusto, habló con la dependienta y quedó con ella para traerle miel. Cuando se dieron la vuelta para marcharse, se dieron de cruces con Isabel. Los dos hombres se quedaron mirando a la mujer y entre los tres se creó un momento de tensión. El colmenero más grueso miró a Isabel y se apartó para continuar su camino.

Isabel siguió andando y se dirigió hacia la carnicería.

Mientras tanto, Zacarías, en el cuarto del dormitorio, se acercó a una fotografía que reposaba sobre la mesita y tras acercarla a sus labios, la besó y derramó unas lágrimas, cómo hacía casi todos los días, después de que sucediera tan lamentable acontecimiento. Luego fue al cuarto de baño, se desnudó y se metió bajo la ducha caliente. Fue en ese instante cuando notó que había entrado alguien, podía asegurarlo, esa sensación ya la había notado otras veces. Corrió el paraban de la ducha y descubrió a su mujer.

— Qué susto me acabas de dar. No te lo puedes ni imaginar. ¡Tengo el corazón que me parece que me va a estallar, joder!

— Tú me parece a mí que te asustas de nada. ¡Vaya cazador! ¿Será posible?

— Creía que había alguien o algo aquí. Ya me ocurrió otra vez y no había nadie.

Ana salió y dejó vistiéndose a Zacarías.

Capítulo 15

Esa misma tarde, después de haber descansado un rato, Jaime recibió la visita de su amigo Juanito, quien se negó a entrar en la casa para, de alguna forma, no entretenerse mucho y así precipitar la salida de Jaime.

Al momento, los dos amigos se encontraban montados en sus bicicletas y pedaleaban lo máximo que les permitían sus piernas, a la velocidad del rayo.

Al pasar frente la vieja casa no pudieron evitar detenerse. El viento movía

las copas de los árboles que se encontraban dentro de la parcela. En una de las ramas, un cuervo de brillante plumaje, los observaba en silencio y de vez en cuando emitía un estridente graznido.

—Me gustaría, un día entrar en ella. No te puedes ni imaginar lo que lo deseo. Sería una aventura extraordinaria, una experiencia inolvidable. Seríamos la envidia de muchos del colegio, ¿no te parece?

—No sé, Jaime. Me da un poco de respeto esa casa. Recuerda lo que dicen los más viejos del pueblo sobre ella.

—¿Tú crees todo lo que cuentan sobre esa vivienda?

—Quizás, todo sea mentira, leyendas. Tú date cuenta de que la gente de por aquí suele ser muy supersticiosa.

—¿Mentira? Mi padre un día me contó que, una noche, un amigo y él, saltaron la valla y que al aproximarse a la casa, oyeron unos extraños ruidos que provenían de su interior. Y también me dijo que cuando estaban a punto de entrar, por una de las ventanas, vieron una extraña silueta que acabó fundiéndose en la oscuridad. No pudieron aguantar más allí y tuvieron que salir corriendo, como alma que lleva el diablo. Así, con estas mismas palabras, me lo contó. Te lo juro.

Al oír el relato, Juanito enseguida adivinó que aquella noche, como otras veces que sacaban ese tema, le iba a costar, muchísimo, conciliar el sueño.

Después de un silencio, Jaime preguntó:

—¿Te gustaría entrar una noche o qué? Dime la verdad.

—Ya lo creo, lo cierto es que sería muy interesante. Como una experiencia nueva. Sería nuestra mayor aventura — contestó estremeciéndose solo de pensarlo, aunque evitó evidenciarlo y optó por hacerse el valiente, porque no quería que su amigo se burlara de él.

—Claro que sería interesante y la gente nos tendría mucho más respeto. Seríamos importantes y estoy seguro de que en las fiestas del pueblo, todas las chicas desearían bailar con nosotros. No se nos resistiría ninguna. Incluso me apuesto lo que quieras a que los profesores nos aprobarían muchas asignaturas, por el simple hecho de haber tenido la valentía de entrar. Y el mismísimo alcalde pondría en una calle una placa con nuestro nombre. Y no te extrañe que hicieran una película y todo. No es la primera vez que ocurre, créeme.

—Eso sería fabuloso y tal vez la Guardia Civil nos saludaría con el gesto militar cuando nos vieran hablando con el alcalde, como si fuéramos grandes amigos o personalidades, ¿verdad?

—Seguro, no lo dudes, Jaime. Seríamos personajes ilustres. Tendríamos el reconocimiento de todo el mundo, incluso de los periodistas que salen por televisión.

— Seguro que se nos abrirían muchas más puertas que ahora.

—Pero es que esa casa da mucho rollo, sobre todo, la historia esa que cuentan muchos del pueblo, que afirman que han visto a un espectro en forma de mujer que se dirigía hacia la vivienda abandonada y que sostenía en sus brazos el posible cadáver de un bebé. Y mi padre me dijo un día, que hasta su abuelo le contó alguna vez algo sobre la casa — aseguró Jaime.

—Eso que dicen es espeluznante. Esa casa es aterradora a más no poder. Por la apariencia que tiene no me resultaría raro que todo eso fuera real. Solo hay que verla...

Juanito tenía razón, solo con acercarse a la tenebrosa construcción, había algo en ella que te obligaba a mantenerte a una distancia prudencial. Y como muchos del pueblo decían era algo que saltaba a la vista. Las hiedras trepaban por sus muros formando fantasmagóricas formas, que la tenue luz de la luna se encaprichaba en alimentar. El feroz viento hacía mover las copas de los árboles de una forma fantasmal.

Capítulo 16

Aquella misma noche, de sábado, después de la cena, Ana se sentó a ver un poco la televisión y Jaime se acercó a su padre quien miraba entusiasmado, absorto en sus pensamientos, como el fuego saltaba dentro de la chimenea y, cuando vio el momento oportuno, le preguntó.

—Papá, ¿tú has oído alguna historia sobre la casa abandonada? Me refiero a

la que está yendo a casa de mi amigo Juanito, cerca de la plaza del ayuntamiento.

Zacarías sin desviar la vista del hogar y con el rostro iluminado por el reflejo de las llamas, contestó:

—Mira, hijo, te lo he dicho montones de veces, este pueblo es muy pequeño y a la gente le gusta rumorear demasiado. Se aburren mucho y no saben qué hacer para combatir el tedio. Cuando no están criticándose unos a otros, que es casi todo el tiempo, inventan historias de todas las clases. Son gente muy simple. Tampoco se puede esperar mucho más de ellos. No se le puede pedir peras al olmo. En vez de aprovechar el tiempo haciendo cosas provechosas, como leer o cualquier otra cosa que les instruyan, lo utilizan haciendo acciones malintencionadas. Son así de espléndidos, qué le vamos a hacer.

—Juanito dice...

— Hazme caso y no le des más vueltas. Olvídate de eso o te mearás por la noche en la cama y entonces sí que tendrás que tener miedo, pero a tu madre. Y no me apetece que esté enfadada.

— Lo hemos estado hablando Juanito y yo y un día de estos vamos a entrar.

—Ni se te ocurra hacerlo. Qué no me entere yo... — la voz autoritaria sorprendió a Jaime quien no estaba acostumbrado a verlo en ese estado.

— No pasará nada. Esa casa está abandonada, no creo que nadie vaya a avisar a la policía.

— No quiero volver a oír hablar sobre eso. ¿Queda entendido? Tú no vas a entrar en ninguna parte. Imagínate que te cortas con algún cristal de alguna ventana rota o se te cae el techo encima, menudo disgusto tendríamos. No quiero ni pensarlo... Mira, hijo, todo lo hago por tu bien. Me preocupa que te ocurra algo. Es normal.

—Sí, tranquilo, no te preocupes, papá. Te he entendido bien y sé que lo dices por mi bien. Lo siento, no quería incomodarte, no fue mi intención y tranquilo que no iré a esa casa.

—Está bien, hijo, no pasa nada, dale un beso a tu madre y a continuación te vas a dormir. Ya es demasiado tarde. ¿Has hecho todos los deberes?

—Sí, pero de todas formas leeré un rato antes de dormir, me apetece.

— Mira la hora que es, pero bueno por otro lado me parece fantástico que leas. Muy buena idea, hijo — Zacarías se levantó para reavivar un poco más el fuego y volvió a preguntar — ¿Qué novela estás leyendo ahora?

— Estoy con una de Jack London.

— Siempre lees obras de aventuras, me parece estupendo. Admito que tienes

muy buen gusto a la hora de elegir tus lecturas. Jack London fue un gran escritor y como tal, tuvo grandes experiencias que luego aprovechó para plasmar en sus obras.

— ¿Jack vivió muchas aventuras?

— Muchísimas, Jaime. Desde muy joven tuvo que buscarse la vida y viajar. Hubo momentos en que lo pasó muy mal y fíjate hasta dónde llegó.

Jaime se despidió de sus padres y tras ponerse el pijama se acostó en la cama. Sintió una fuerte tentación de encender el ordenador para buscar información sobre Jack London, pero en el último momento lo desechó. Prefirió coger su libro y leer un rato. Al cabo de una hora, después de cerrar la novela y de dar muchas vueltas, se quedó dormido. Fuera de la vivienda se levantó una tímida brisa que hizo que la persiana sonará un poco.

Capítulo 17

Eran las once de la noche y Sonia se encontraba con Julián en la habitación de matrimonio cuando, de pronto, le dijo a su esposo:

— Lo he estado meditando y no creo que algún día pueda ser capaz de ser madre.

—¿A qué diablos viene eso ahora, cariño?

— Pues que le he estado dando vueltas y no me veo con ánimos de tener a un

hijo. Me da mucho miedo por si ocurriera algo malo.

Julián se asombró porque no esperaba las palabras de su mujer y continuó diciendo:

—¿Por qué tendría que volver a suceder algo? Pues claro que serás madre y además, una mamá fantástica. No tengo la menor duda sobre eso. Ni siquiera se me había pasado, jamás, por la cabeza que no pudieras desenvolverte bien en el cuidado de un bebé.

— No creo que esté preparada para semejante responsabilidad. Te lo digo de verdad.

— Claro que lo estás. Ya verás como saldrá todo bien.

— No me gustaría pasar de ninguna manera por la misma situación. Lo pasé muy mal y no creo que pudiera ser capaz de volver a encontrarme con aquella circunstancia tan jodida. Fue horroroso.

— Eso es normal a nadie que esté en su sano juicio, le gustaría pasar por ahí — aseguró Julián quién enseguida comprendió por donde iban los tiros e intentó tranquilizar a su mujer —. Mira, Sonia, mucha gente ha pasado alguna vez por esa situación y han podido seguir adelante y ser madres. Yo creo que deberías ir a ver a un profesional, seguro que te ayudará a tener más confianza contigo misma. No nos será muy complicado encontrar a alguien que te pueda orientar. Yo tengo un compañero de trabajo que va a uno muy bueno, quizás, si me pongo en contacto con él podría ayudarnos.

— ¿Te refieres a ir a visitar a un psicólogo?

Julián, temiendo una reacción de su esposa, volvió a decir:

— Por ejemplo. Muchas personas van, no es ninguna vergüenza. Hoy en día no es como antes, que se pensaba que al psicólogo solo iban los locos. Por fortuna, en ese aspecto, los tiempos han cambiado.

— Ya lo sé, incluso los deportistas de élite y los exitosos empresarios van para mejorar su rendimiento.

— Entonces, por lo menos, piénsatelo, no pierdes nada.

— Bueno, tampoco parece una mal idea. Por cierto, ¿cómo va tu artículo, te falta mucho para terminarlo?

— Me va bien, lo que ocurre es que voy un poco atrasado.

— Tienes que tener ganas de acabarlo, ¿verdad?

—Y tanto, no lo sabes tú bien. Mañana me levantaré pronto para documentarme y a ver si me es posible darle pronto el empujón final, lo entrego y así puedo empezar otro cuanto antes.

— Eres muy exigente en tu trabajo.

- Mira quién habla, será posible. Justo habla la que más tiene que callar.
- Pues también tienes razón. Lo reconozco, a veces soy demasiado exigente con las cosas que hago. Todo el mundo que me conoce dice que soy demasiado perfeccionista. Incluso a veces casi obsesiva.
- Menos mal que por lo menos lo admites. Eso es un punto a tu favor.
- Será mejor que durmamos, tenemos que madrugar mucho.
- Ya estamos acostumbrados, aunque sí que es cierto que será lo mejor para nuestros cerebros.
- El matrimonio se dio un beso de buenas noches y se dispusieron a dormir.

Capítulo 18

Unos días después, José María se encontraba una tarde en su hogar leyendo un libro que había cogido de la biblioteca, una novela de ficción histórica que trataba sobre las aventuras de un monje guerrero en el medievo, cuando se percató de que alguien llamaba al timbre, con insistencia. Se incorporó, se puso las zapatillas de andar por casa y fue a abrir. Mientras se dirigía hacia la puerta, no podía dejar de pensar quién podía ser a esas horas. José María se asombró al descubrir al otro lado de la puerta a los padres del amigo de su

hijo, quienes lo miraban con una resplandeciente sonrisa.

— Hola, José María, tranquilo, no ocurre nada, hemos venido porque a mi marido y a mí nos gustaría que vinierais, tú y tu mujer, una noche a cenar a nuestra casa — aseguró Ana quien parecía haber tenido la iniciativa.

En ese momento apareció Marta con un camisón azul, extrañada al ver a la inesperada visita, los miró con ojos de asombro.

El matrimonio no se esperaba la invitación y tras un silencio, José exclamó, improvisando:

— Sí, iremos, ¿verdad, Marta?

— Sí, será un placer ir — contestó su mujer, notando cómo le temblaba la voz, desconcertada ante la reacción de su marido.

— Estupendo, ya veréis qué bien lo vamos a pasar. Y si os parece, podemos jugar un rato a las cartas y si nos lo pasamos bien, podríamos quedar para otro día y hacerlo más de continuo — aseguró Ana quien se encontraba muy animada con las posibles expectativas de amistad que podrían surgir entre ellos.

— Sería fabuloso — dijo Marta para intentar quedar bien.

— Entonces como estamos en contacto, ya iremos hablando para elegir el día y la hora para la cena. Nosotros nos vamos a casa ya, se está haciendo muy tarde y mañana tenemos muchas cosas que hacer — informó Ana, componiendo su mejor sonrisa. Zacarías a su lado, no había dicho ni una sola palabra, pero parecía conforme de la invitación realizada por su esposa.

Tras despedirse del matrimonio, Zacarías y su mujer regresaron a su hogar, cogidos de la mano. La temperatura era suave y algunos vecinos permanecían en la calle disfrutando del buen tiempo que hacía.

Cuando Marta cerró la puerta, algo nerviosa y con los ojos desorbitados, dirigiéndose a su marido, exclamó:

— ¿Se puede saber por qué les has dicho que sí que iremos a la cena? ¿Te has vuelto loco o qué te pasa?

— ¿Y qué les iba a decir? No tenía otra elección. Me encontraba entre la espada y la pared y no quería parecer violento con ellos.

— Tenías que haber improvisado alguna excusa, no sé, que tienes que ir a algún sitio, un compromiso familiar o algo parecido. Podías haber encontrado cualquier otra manera de deshacerte del compromiso. ¡Cuándo quieres sí que eres espabilado!

— Tienes razón, aunque tendrías que ponerte en mi situación. Me ha pillado de improviso. No me lo esperaba. Ha sido tan repentino que no me ha dado

tiempo a reaccionar — Julián intentó parecer lo más convincente posible.

— ¿Y qué ropa me voy a poner? A ver, dime. No tengo nada decente en el armario para ponerme. ¿Es que no te das cuenta? Voy a hacer el mayor de los ridículos. Madre mía en menudo compromiso nos has metido. Menuda gracia.

—Tendrás que comprarte algo.

— ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Claro, como vamos tan sobrados de dinero.... — aseguró indignada Marta y a continuación, dijo—. ¡Qué ocurrencias tienes! Si sabes muy bien que estamos sin blanca. No tenemos ni para pagar a la casera y encima no creo que tarde en echarnos a la calle.

— A ver qué hacemos ahora. Vaya tela, menuda historia.

— A ver ahora cómo vamos a ir a decirle al matrimonio que no tenemos ni para pagar nuestra casa.

En ese momento, apareció Juanito, quien no había perdido detalle de la conversación y fue a preguntar algo, pero al ver las caras descompuestas de sus padres, lo pensó mejor y optó por ser prudente, no abrir la boca, pegar la vuelta y desaparecer por dónde había venido.

Capítulo 19

Al día siguiente, Juanito había terminado de merendar, cuando recibió la visita de Jaime. Este venía con una caja de zapatos, la cual estaba rodeada de muchos orificios y que desde un primer momento, llamó la atención de José María cuando el chico llamó a la puerta y lo vio entrar. Tras saludarlo, entró

en el comedor y dejó la caja sobre la mesita.

José María no pudo contener por más tiempo su curiosidad y preguntó:

— ¿Se puede saber qué es lo que llevas en la caja?

— Es un hurón. Me lo acaba de regalar ahora mismo mi padre.

— Qué curioso, ¿puedo verlo? — se interesó José María. Marta permanecía sentada en un sillón, leyendo una revista y sin mostrarse muy interesada.

— Yo también quiero verlo. Nunca había visto uno de cerca — se impacientó Juanito. ¿Muerde?

— No, es muy bueno.

El muchacho observó el interior de la caja que le abría su amigo y en ella pudo ver a un pequeño animal de forma alargada y con un inquieto hocico que no paraba de olisquear el aire.

— Qué chulo. Ven, vamos a mi habitación. Estaremos más tranquilos — sugirió Juanito. Los dos muchachos salieron del comedor. José María se dirigió a la cocina a servirse un vaso de agua fría.

Dentro de la estancia, Jaime dejó la caja sobre la cama y sacó al animal.

— Acarícialo, si quieres, tiene una piel muy suave.

— ¿Y para qué sirven los hurones?

— Para cazar y también como animales de compañía. En algunos lugares es muy común tenerlos de mascota — al observar la cara de asombro de su amigo, continuó —. Se utilizan mucho en la caza de conejos, se meten en las madrigueras de los roedores y los hacen salir. Mi padre me ha contado que él de pequeño tuvo uno y que un día lo metió en un agujero y luego no quería salir. El padre de mi padre, mi abuelo, le dijo que dejara una prenda fuera junto a la entrada de la madriguera y que al día siguiente cuando volvieran, el hurón estaría durmiendo debajo de la prenda. Mi abuelo le contó que a veces los hurones se comen a alguna cría y se quedan dentro y no quieren salir. Cuando deciden salir, al notar el olor de su compañero humano, impregnado en la ropa, se quedan en ella, como intuyendo que este volverá.

—Qué fuerte, ¿no? ¿Y qué más te contó tu padre?

—Pues que al día siguiente volvieron y al levantar el suéter, que dejó mi padre junto a la madriguera, se dieron cuenta de que, efectivamente, el hurón estaba enroscado durmiendo. Tan tranquilo, como si el asunto no fuera con él. Y eso es todo.

—Muy interesante, Jaime. Me gustaría ir un día contigo y con tu padre a cazar con el hurón.

—Este año, mi padre me ha prometido que iremos un día cuando no tenga

mucho trabajo. Ya te avisaré y te vienes con nosotros. Estoy seguro de que ha mi padre no le importará que vengas. Pero no cazaremos porque mi padre dice que no está bien cazar con hurones, aunque dice que será una buena excusa para salir al monte y ver cómo se desplaza el hurón.

—Estupendo. Me pongo nervioso solo de pensar en lo bien que nos lo vamos a pasar, escuchando las explicaciones que Zacarías nos dará sobre la naturaleza. No he conocido a nadie que sepa más sobre el medio ambiente que tu padre.

Al oír las palabras de su amigo, a Jaime le brillaron los ojos por el orgullo. Y es que al muchacho, siempre le gustaban los comentarios de esa clase.

Los dos amigos estuvieron un rato jugando a los videojuegos y luego Jaime dijo:

—Bueno, ahora será mejor que regrese a casa. Si tardo mucho, mi madre es capaz de llamar hasta a la Guardia Civil. A veces, es muy exagerada...

—Tranquilo que lo entiendo. Mañana nos volveremos a ver en el colegio.

Los muchachos se despidieron y Jaime salió a la calle portando a su nuevo amigo, en el interior de la caja. De vez en cuando, alguien se cruzaba en su camino y se giraba, intrigado por lo que portaba el chico.

Jaime giró en una esquina y decidió coger la calle dónde se encontraba la casa que muchos vecinos decían que estaba encantada.

Al llegar frente a la vivienda abandonada se detuvo por un momento. En esa parte del pueblo, la calle permanecía desierta y el frescor del atardecer se empezó a notar en el aire.

Observó la casa y fue entonces cuando decidió acercarse a ella. Se aproximó a la muro donde se encontraba la verja y, de pronto, escuchó un fuerte ruido que provenía del interior, y después como un portazo. Con el corazón palpitando, abandonó el lugar, apresurado. Mientras caminaba a paso rápido de vuelta a su casa, para tranquilizarse, pensó que quizás los extraños sonidos habían sido provocados por el viento.

Capítulo 20

Unos días después, Zacarías salió de la ducha, se puso el albornoz y desayunó tranquilo en la cocina, viendo las noticias en la televisión. Después se dirigió hacia el cajón donde guardaba las llaves del coche pues, aunque tenía garaje, no le gustaba dejar las llaves puestas en el vehículo por si entraban y se lo robaban.

Sobre una estantería de la librería había una foto donde una niña sonreía con

el rostro iluminado por la felicidad. Miró por un momento aquella resplandeciente cara que sabía muy bien que jamás lograría superar, besó el retrato y se dirigió hacia el 1 garaje. Al momento, arrancó el motor de su Mercedes, se puso las gafas de sol, lo sacó del aparcamiento y tomó la carretera con el propósito de ir a comer con un grupo de importantes inversores, donde tendría lugar un almuerzo y después un importante evento relacionado con el vino. Para Zacarías y su mujer esta era una gran oportunidad para expandir todavía más su marca.

El sitio donde tendría lugar la reunión era un restaurante muy conocido en las inmediaciones y que se encontraba, más o menos, a unos veinte kilómetros de La Encina. Antes de empezar el almuerzo, tendría lugar una cata de caldos, realizada por unos *summillers* muy conocidos en el mundo del vino. Los interesados venían representando a importantes países como Rusia, Japón y China.

Antes de coger la carretera nacional, se desvió y entró en la gasolinera donde atendía una chica con el pelo negro y largo que le caía por la espalda, casi hasta la altura de la cintura. La joven, como siempre, le ofreció algún producto. Zacarías le pidió también un paquete de chicles y tras pagar, salió del establecimiento. Se dispuso a colocarse unos guantes de plástico, odiaba el olor de la gasolina en sus manos. Repostó carburante y se dio cuenta de que un coche de la Guardia Civil, con paso lento, accedía a la estación de servicio y se detenía justo detrás de donde él se encontraba. Zacarías al principio no reconoció a Sonia, pero al momento se dio cuenta de que era la hija del teniente que había antes en el cuartel. A pesar de los años transcurridos, la chica mostraba la misma sonrisa.

El cristal de la parte del conductor comenzó a bajar y la mujer dijo:

— Hola, Zacarías, ¿cómo va todo?

— Muy bien, gracias, Sonia. Me alegro mucho de verte. La verdad es que no me esperaba volver a encontrarte por aquí. Había oído algo sobre que ibas a volver, pero me parecieron chismes.

— Yo también me alegro mucho de volver a verte. Hacía tanto tiempo. ¿Y Ana?

— Está en la bodega, trabajando.

— Sí, recuerdo que de pequeña fui alguna vez con mi padre. Pero está bien, ¿verdad?

— Sí, por supuesto. Estos días estamos un poco liados con el negocio y ella como es la encargada de la sección de producción no da a basto con tanta

demanda. La verdad es que no nos podemos quejar.

— Me alegro de que todo vaya bien. Y pienso que todo ese jaleo le vendrá bien para tener distraída la mente — Sonia se fijó en lo bien que le quedaba el traje de etiqueta.

— No tengo la menor duda sobre ello. Ha cambiado para mejor y mucho, aunque parezca imposible de creer. Hacía mucho tiempo que no la veía tan animada como lo está últimamente.

— Qué bien, Zacarías, es una muy buena noticia. No sabes la alegría que me da oírte decir eso. Estoy deseosa de contárselo a mi padre, se pondrá muy contento de saberlo.

— ¿Y cómo estáis vosotros? ¿Os está gustando vivir aquí? — se interesó el empresario.

— Sí, tanto Julián como yo estamos muy contentos con la casa y con el pueblo. Y eso que al principio Julián estuvo un poco reacio, gracias a la insistencia por parte de mi padre para que no viniéramos.

—Pues me alegro mucho de que tu esposo, al final, cambiara de opinión.

— Y yo también — afirmó Sonia.

En aquel momento en que tenía lugar la conversación, los dos interlocutores se dieron cuenta de que una furgoneta con varios individuos entraban en la gasolina y tras descender del vehículo, uno de ellos y que llevaba barba de varios días entró en el establecimiento, dirigiéndoles una larga mirada.

Zacarías reparó en que se trataba de los colmeneros. El empresario miró a la agente y aseguró:

— No te puedes ni imaginar las ganas que me dan de ir allí donde están esos dos energúmenos y coger a uno del cuello para intentar hacerle hablar.

— Sabes que no serviría de nada y encima saldrías perdiendo tú, porque te pondrían una denuncia por agresión y eso es lo que menos te interesa en estos momentos. Piensa en Jaime y en Ana... De todas formas, no pienses que irías a averiguar algo, de hecho, lo que saben, ya lo dijeron y está bien reflejado en el sumario. No tengo ninguna duda de que les hicieron callar, con serias amenazas de muerte.

— Me gustaría decirte que no tengo nada contra tu padre. Soy consciente de que más no se pudo hacer, de que hizo todo lo que estuvo en sus manos. Y además, le estoy agradecido porque en todo momento estuvo a mi lado, apoyándome. — continuó el empresario, observando cómo el individuo salía, portando una botella grande de agua.

— Aunque no lo pareció, también hubieron buenas intenciones, recuérdalo.

Por desgracia, no les permitieron seguir adelante con la investigación, ni siquiera les dejaron hacer las cosas bien y eso que lo intentaron por todos los medios que les fue posible. Debió de ser muy duro también para los investigadores que veían que les impedían dar con la verdad — afirmó la agente, mientras limpiaba con una mano las lágrimas que empezaban a resbalar por las mejillas de Zacarías.

— Un día me gustaría verlo y hablar con él. Solo por agradecerle todo lo que hizo por mí y mi familia. Siempre estaré en deuda con él. ¿Habría algún problema en que fuera a visitarlo? — quiso saber de pronto Zacarías.

— Mi padre está muy mayor y si se emociona mucho, puede ser fatal para él. Entiéndelo, está muy delicado de salud.

— Lo comprendo, no te preocupes. Pero ¿harías el favor de transmitirle lo que te acabo de decir?

Sonia sabía que a su padre no le gustaba mucho hablar sobre aquella época, sin embargo dijo:

— Sí, se lo diré. Ahora será mejor que vuelva al cuartel, tengo mucho trabajo que hacer. Ha sido un placer volver a verte, Zacarías. Acuérdate de darle recuerdos de mi parte a Ana— dijo la sargento, entrando en el coche patrulla.

— Lo mismo digo y ya sabes donde estamos, si queréis probar algún vino ya sabes dónde puedes encontrarme. Será un placer tomar un caldo con tu marido y charlar un rato.

— Eso sí que podrá ser. Se lo diré y un día vamos a veros y de paso, nos llevaremos una botella. Tanto a Julián como a mí nos encanta el vino. De todas formas, os avisaremos antes de ir, por si acaso tenéis otro plan — aseguró Sonia mientras arrancaba el coche y metía una marcha.

Zacarías vio el vehículo de la Guardia Civil salir de la gasolinera y pensó en lo mal que lo había pasado el padre de Sonia, y él y todos sufrieron en aquellos desastrosos tiempos. Ahora ya no había nada que hacer, la vida continuaba y él tenía un hijo y una esposa con los que debía compartir una vida lo más satisfactoria posible, aunque a veces fuera muy complicado dadas las terribles circunstancias pasadas.

Entró en su coche, se puso las gafas de sol y continuó con la conducción.

Capítulo 21

En el aula, los niños esperaban con ansia que la sirena chillase, anunciando el final de la clase. Por fin llegó el ansiado momento y el maestro se dirigió a sus alumnos:

—¡Un poco de silencio, quiero deciros algo! Espero que mañana me digáis bien la lección, os he dejado varios días para repasar. No os podréis quejar. Y hacerme caso y acordaos de leer, cada día, aunque sea un poco. Os vendrá

muy bien para adquirir vocabulario y mejorar la comprensión lectora.

Jaime se giró y miró a Juanito que se encontraba varias filas detrás de él y acto seguido cogió todo lo que tenía en el pupitre y se lo guardó en la mochila. Se levantó y al girarse, le dio con el codo a una muchacha que como él se disponía a abandonar la clase.

— Perdona, fue sin querer — se disculpó Jaime.

— A ver si la próxima vez, tienes un poco más de cuidado. Me has hecho daño. Eres muy torpe.

— No pretendía hacerte daño.

Las palabras se quedaron en el aire porque la chica ya se había dado la vuelta y ya estaba casi en la puerta del aula. Jaime vio a la hija del alcalde como atravesaba el umbral para salir de la clase.

Jaime, cada vez que veía a la chica, sentía como si se le cortara la respiración. El pelo largo rubio y su bonita sonrisa causaban en él una agrídulce sensación.

Los estudiantes salieron a la calle y Juanito que iba un poco adelantado se esperó a que llegase su amigo y cuando comprobó que no había nadie que les pudiera escuchar, le comunicó:

— Tengo que contarte una cosa. Anoche oí una conversación entre mi padre y mi madre y estaban muy preocupados. Jamás los había visto así, en ese estado. Tengo que confesarte que llegaron incluso a alarmarme.

Jaime, quien apreciaba mucho a su amigo y era capaz de hacer cualquier cosa por él, al notar raro el comentario, quiso saber:

— ¿Qué es lo que sucede? Cuéntamelo a ver si se puede hacer algo — solicitó, haciéndose a un lado para que nadie los oyese, pues continuaban pasando algunos escolares rezagados.

— Oí a mi madre que le decía a mi padre que la casera no tardaría en echarnos a la calle, por no pagar las mensualidades que le deben. Por el tono en el que hablaban se notaba que estaban muy preocupados, que el asunto va en serio.

— No te preocupes, seguro que habrá alguna solución. Tenemos que pensar en algo para ayudarles. Y no temas que, tarde o temprano, daremos con algo.

— Eso espero, como te imaginarás, no me gusta verlos en esta situación. Es horrible.

— Te entiendo. Tiene que ser tremendo que te echen de tu hogar — sentenció Jaime, reanudando la marcha.

Los dos muchachos, en silencio, se dirigieron a sus hogares. Al llegar a un

cruce, se despidieron y cada uno se fue hacia su casa.

El cielo se había cubierto y comenzaron a caer unas tímidas gotas de lluvia. Caían de una forma tan débil que no llegaban a mojar el suelo.

Ana se encontraba en el salón sentada oyendo música cuando su hijo llegó. Al verlo se quitó los auriculares y esperó porque se dio cuenta de que su vástago quería decirle algo.

Jaime, nada más entrar, no pudo evitar escupir las palabras:

— Mamá, me ha dicho Juanito que ha oído a sus padres decir que la casera los quiere dejar sin hogar. ¡Qué los quiere echar a la calle! ¿Eso puede pasar? ¿Es legal?

—¿Cómo?

— Lo que acabas de oír.

— Jaime no sé de qué diablos estás hablando. ¿Puedes explicarte un poco mejor?

— ¡Son pobres y se van a quedar en la calle, cómo los perros! Porque no tienen dinero. Son unos desgraciados. ¡Mi amigo durmiendo en la calle! — rugió el niño, sorbiendo los mocos.

— Tranquilízate, haz el favor, estás demasiado nervioso.

Al ver que por el tremendo berrinche, Jaime era incapaz de pronunciar ni una sola palabra, Ana volvió a decir:

— Me estás empezando a asustar. Ven siéntate conmigo y me lo cuentas mejor. Pero lo primero que debes hacer es tranquilizarte.

En ese instante apareció en la estancia Zacarías, quien venía de trabajar. Al ver la cara de sorpresa de su esposa, se alarmó:

— ¿Qué es lo que sucede? — Jaime, ves a tu habitación a hacer los deberes

— dijo Ana y, tras ver como su vástago desaparecía, dijo a Zacarías —. Me ha contado nuestro hijo que Marta y José María no tienen dinero para pagar sus deudas con la casera. Y están desesperados, porque la dueña de la casa los va echar a la calle, en un momento u otro. Según parece están al borde del abismo.

— Debe de tratarse de algún mal entendido. ¿No crees?

— No lo creo, cariño. Juanito le ha contado a Jaime que oyó cómo sus padres hablaban sobre eso — Ana estaba indignada.

— Se solucionará, ya lo verás. Ten esperanza — Zacarías abrazó y besó a su esposa en los labios.

— Eso espero, ese matrimonio me da mucha pena. No hay forma de que levanten cabeza.

— Pensaremos en algo para ayudarles.

— Ves a cambiarte, cariño — dijo Ana, mientras besaba a su esposo.

Capítulo 22

Después de que Juanito se fuera a la escuela, Marta fue a casa de una amiga llamada María, tomaron café y después se dirigieron hacia el mercado. Eran las nueve y media de la mañana y el cielo azul pronosticaba que iba a ser un día radiante. Los vencejos ya planeaban entre los balcones atrapando a cuantos insectos eran capaces.

Las calles se encontraban bastante transitadas de ciudadanos que iban a trabajar o simplemente a realizar las compras. Vehículos industriales, con las

luces de emergencias puestas, permanecían estacionados en los márgenes derechos junto a los establecimientos comerciales. La población latía en su rutina diaria.

Las dos mujeres pasaron por la plaza del ayuntamiento y tras comprar en la frutería, se dirigieron a la farmacia. Dentro del comercio había varias clientas y una de ellas, una mujer rubia de unos cincuenta y pico años de edad, miró por encima del hombro a las recién llegadas.

María, que era la interesada en ir a la farmacia, solicitó una serie de medicamentos ante las miradas de superioridad de las mujeres que continuaban en un lado del establecimiento.

Marta sintió cómo la miraban de arriba a abajo y eso no le agradó nada.

La dependienta se quedó mirando a Marta y preguntó:

— ¿Tú vas a querer algo?

— No, gracias, vengo a acompañar a María.

Las dos mujeres se dieron la vuelta para salir de la farmacia y al abrir la puerta escucharon:

— Mira la muerta de hambre esa, la casera la va a echar de casa por no pagar las mensualidades y ella tan tranquila, como si nada. ¡Menuda vergüenza!

Al oír el comentario, Marta no supo cómo reaccionar, pero se armó de valor y preguntó:

— ¿Quién ha dicho eso?

— He sido yo, ¿pasa algo? No he dicho ninguna mentira, además, lo sabe todo el pueblo. Es un secreto a voces — contestó la mujer rubia.

— No entres en el juego, Marta, demuéstrales que tienes más clase que ellas. Al fin y a cabo lo que intentan es, eso, provocarte y sacarte de tus casillas, para quedar por encima de ti — aconsejó María y luego dijo —. Por mucho que vayáis de estiradas, no le llegáis a Marta ni a la suela de los zapatos. Pero ¿tú quién te crees que eres? — esto último iba dirigido a la mujer rubia.—. Si nunca vas con tu marido, porque no te aguanta ni él. Y en el pueblo dicen que frecuenta la casa de las mujeres de moral distraída... ¡Y, eso, sí que es un secreto a voces! — acto seguido guiñó un ojo a Marta, la cogió del brazo y se dio la vuelta, dándole la espalda, para salir del establecimiento.

La aludida empezó a ponerse roja de vergüenza y de rabia y daba la sensación de que en cualquier momento iba a explotar. María le había enseñado una buena lección porque justo le acababa de dar en su punto débil.

Marta acompañada de su amiga salieron del establecimiento. La dependienta

se rió de lo ocurrido, porque pensó que aquellas mujeres que, se creían ser algo que no eran, merecían, hacía tiempo, un escarmiento como el que acababan de recibir. La farmacéutica conocía muchos años a Marta y tenía una buena impresión tanto de ella como de su esposo y a la vez que la mayoría de los vecinos los veían como a un matrimonio que a pesar de la mala suerte, intentaba progresar y dar lo mejor a su hijo Juanito y bien que lo estaban llevando a cabo porque la educación y el respeto hacia los demás, era algo que desde muy pequeño se habían esforzado en enseñar al rapaz.

— Muchísimas gracias, María — agradeció Marta.

— No me tienes que dar las gracias, al contrario, ha sido un auténtico placer y además, estoy segura de que tú también me hubieras defendido si hubieras estado en mi situación, ¿verdad?

— No te quepa la menor duda de ello. Puedes estar segura de eso, amiga.

— Y además, mentiría si te dijera que no he disfrutado. Hacía tiempo que le tenía ganas y hoy mira por dónde... ¡Le he dado un zas en toda la cara!

— ¡Y tanto que se lo has dado! — dijo Marta, riendo.

— La próxima vez que vuelva.

— Después de esto, no creo que tenga más ganas de volver a meterse con nosotras.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer. ¡Me duda cara se le ha quedado!

Las dos mujeres se abrazaron y continuaron caminando. El buen tiempo invitaba a salir y se reflejaba en el alegre ambiente de las calles transitadas.

Capítulo 23

Una semana más tarde, Isabel decidió visitar a su hermana. Cuando llegó a la altura de la iglesia se acordó de la demanda del cura, de acudir más a misa. En la fuente, las mujeres llenaban sus cántaros con agua fresca y no paraban de mirarla de reojo. La soltería de Isabel era criticada por muchos vecinos de la población, raro de entender en los tiempos que corrían pero, por desgracia, ocurría. Muchos ciudadanos todavía preferían beber el agua de la fuente a la

que se comercializa embotellada con plástico y dada la pureza y frescura que emanaba de semejante manantial, no era de extrañar que la gente acudiera allí para saciar su sed o incluso con la intención de llevarse a su casa.

En casi todos los balcones de la plaza del ayuntamiento, las banderas de España, ondeaban animadas por una ligera brisa. Desde los frustrados episodios independentistas protagonizados en Cataluña, entre muchos españoles había surgido una renovada sensación de amor a la patria.

Isabel llegó a la casa y su hermana Ana le sirvió una taza de café y le preguntó:

—¿Por qué no abres tu corazón a algún hombre? Todavía eres joven, pero si continúas así, te quedarás para vestir santos. Te lo digo por tu bien, no te lo digo porque quiera marearte.

—No te falta razón, pero es muy difícil, créeme. A ver si te crees que me gusta estar sola y además me gustaría algún día tener un hijo. Pero es complicado y mucho.

—¿Podrías explicarte mejor? No logro entenderte.

— Ana, es muy sencillo: no hay donde elegir. No hay muchos hombres interesantes en el pueblo y los que hay, o están emparejados ya o no son, nada, de fiar. Son unos fica flores. ¿Me entiendes ahora por donde voy, hermana? Este es un buen lugar para vivir, es muy tranquilo, pero..

—Eso que dices es cierto. Es la primera vez que te oigo decir algo coherente y sensato. En este pueblucho no hay nadie que te aguante y si así fuera, le tendrían que dar el premio Nobel de Paciencia — intervino Zacarías, bromeando, mientras entraba en la cocina.

—Vaya, si está aquí el simpático de mi cuñado. Tan agradable como siempre.

— Yo también te quiero, dame un beso, anda.

—¡Déjame, no seas pesado! ¿Todavía sales a cazar al monte? — preguntó Isabel, intentando cambiar de tema.

—Para qué va a ir, si luego viene con las manos vacías. Mejor que se quede en casa — Ana contestó por él —. Algún día, lo que sí va a conseguir es que Jaime agarre una buena pulmonía y si eso ocurre, te aseguro que me oirá.

—Bobadas, nuestro hijo es muy fuerte. Bueno voy a salir a andar un poco y así os dejo hablar de vuestras cosas — exclamó Zacarías haciendo un gesto de indiferencia con la cabeza. A continuación, abrió la puerta de la calle y salió.

— ¿Cómo lo lleva Zacarías? Parece que lo lleva mejor que tú, ¿verdad? — se interesó Isabel, por el estado de su cuñado.

— En ese sentido, mi marido es mucho más fuerte que yo, pero para los

negocios muchas veces soy yo quien le tengo que dar ánimos e incluso llevar la iniciativa en algunas de nuestras decisiones. Aunque no en todas, ni mucho menos, todo hay que decirlo.

— Ana, por favor, que sé cómo es tu marido. Como si no lo conociera. De todas formas, admiro mucho a Zacarías. Demostró tener mucha fuerza de voluntad. Fue increíble cómo se volcó en el caso. Aunque veía como se le cerraban todas las puertas, en ningún momento dio su brazo a torcer y sacó pecho sin tener miedo a enfrentarse a un proceso judicial o a algo aún peor. Incluso sufrió varias amenazas serias y aún así continuó adelante.

— Estoy muy orgullosa de él, si dijera otra cosa, mentiría — aseguró Ana y después volvió a decir —. Hizo todo lo que pudo y más. A pesar de todo, muchos lo criticaron porque decían que debía de haber estado conmigo en esos momentos y no intentando derribar molinos de viento que confundía con gigantes. Pero eso es muy fácil de decir, yo desde un primer momento lo comprendí y sabía perfectamente que Zacarías no iba a quedarse con los brazos cruzados cuando él y muchos pensaban que nos estaban vendiendo la moto, como se suele decir.

— No se le puede reprochar nada, ni a ti tampoco. Incluso muchísimos españoles salieron a la calle reclamando justicia. Fue algo impresionante. Lo nunca visto.

— Hasta los mismos medios de comunicación, no dejaban de hablar ni un segundo del asunto. Si hay algo que puedo afirmar es que en ningún momento nos sentimos solos y eso es muy importante cuando te encuentras en una situación así de mala.

— La gente se indignó mucho porque desde un primer momento sabía que algo iba mal. Que olía a gato encerrado.

— Sí, enseguida surgieron las sospechas. Todo el mundo pensaba que nos estaban dando gato por liebre. Y el no poder hacer nada nos causaba mucha impotencia — admitió Ana, mientras servía más café.

— Y tanto.

Isabel era de las únicas persona con la que Ana no tenía problemas en tratar el dramático asunto. Este desde hacía un tiempo se había convertido en un tabú en el pueblo y todos habían optado por una misma alternativa: el silencio.

Capítulo 24

Una agradable noche, después de la cena, Zacarías y Ana salieron a dar un paseo por las afueras del poblado. A pesar de la iluminación producida por las farolas, se podía admirar al firmamento resplandeciendo en el cielo e incluso fueron sorprendidos por alguna estrella fugaz, para regocijo de los

observadores quienes agradecieron la aparición.

Ambos formaban un singular matrimonio que sabía valorar y apreciar los detalles con que la vida les recompensaba. La naturaleza era también algo que amaban y significaba mucho para ellos, desde un primer momento lo intentaron transmitir a su hijo, aunque en esos momentos lo que más les preocupaba era lo relacionado con la empresa pues, a pesar de la calidad de sus vinos, la competencia no cesaba de amenazar y a esto se le sumaba las reivindicaciones de los trabajadores.

—¿Cómo van las cosas en la sala de producción, hay menos tensión entre los empleados? — quiso saber Ana que como ella se encargaba del marketing no estaba muy al tanto de lo que ocurría en la parte interna de la bodega.

— No sé qué decirte. Parece que ahora quieren tener un comité de empresa. Estoy seguro que van a reclamar mejoras en las condiciones laborales.

—Es lógico que quieran progresar. Date cuenta de que tienen familias a las que alimentar y es natural que intenten mejorar.

— Si lo entiendo, pero deben de comprender que la bodega siempre ha sido un negocio familiar. Y por eso, nunca ha habido un comité o enlace sindical. Siempre nos hemos apañado bien entre nosotros y nunca hemos tenido ningún problema con nadie. Cuando ha habido algo que no gustaba a alguien lo hemos solucionado mediante el diálogo.

—¿Y qué vas a decirles si intentan negociar contigo? ¿Has pensado ya en algo?

— Por supuesto, que los voy a escuchar y que estoy abierto a estudiar cualquier propuesta que deseen. Que estoy dispuesto a la negociación, porque me interesa conocer sus inquietudes relacionadas con la empresa y que, si por supuesto, están dentro de mis posibilidades llegaremos a un acuerdo.

— Me parece bastante razonable de tu parte y la verdad es que no me esperaba menos de ti.

Zacarías volvió a decir:

— Pienso que el bienestar de los empleados es esencial para conseguir alcanzar los objetivos de la empresa y que los trabajadores tengan malas condiciones laborales, solo puede causarnos mala fama y quebraderos de cabeza y que esto acabe afectando de alguna manera a la producción e incluso a la venta. De hecho, está demostrado que si el proletariado trabaja a gusto lo hace más motivado y eso repercute, para bien, en la calidad de los productos.

Ana lo pensó mejor y prefirió dejar el asunto y no volvió a decir nada sobre la bodega, para dejar que su esposo desconectara un poco del trabajo.

Al cabo de una hora, el matrimonio se dirigió hacia su casa y cuando pasaron enfrente de la vivienda abandonada, en la oscuridad, les pareció ver una extraña luz. Zacarías se acercó, mientras su esposa le susurraba:

—No vayas, esa vivienda da muy mal rollo. Fíjate que fachada tan tenebrosa tiene. Se me ponen los pelos cómo escarpías. ¡Qué miedo!

Zacarías se asomó y a través de la verja, aún le dio tiempo de contemplar un extraño y furtivo reflejo a través del cristal de una de las ventanas. Entonces adivinó la figura de una mujer que atravesaba el lateral del jardín y entraba en la casa.

La pareja decidió abandonar cuanto antes el lugar y volver al hogar. Ninguno de los dos era capaz de creer lo que acababa de ver el empresario.

Al cabo de unos minutos, Jaime se encontraba en la cama y sintió la necesidad de ir al baño a orinar. Al notar que la vejiga amenazaba con reventar, a su pesar, no tuvo más remedio que levantarse, ponerse las zapatillas de andar por casa y salir de su habitación.

Estando en el servicio, oyó abrirse la puerta de la calle y como entraban sus padres. Ya había terminado de orinar, cuando abrió un poco la puerta y escuchó:

— La casa abandonada está embrujada. No tengo la menor duda de ello. ¿Has visto la luz tras el cristal y la silueta del espectro que entraba en la vivienda? Qué miedo he pasado. Ahora estoy seguro de que todo lo que dicen en el pueblo sobre ella es cierto y no son solo chismorreos de los vecinos.

— Zacarías, ten cuidado por si te oye el chiquillo...

Pero era demasiado tarde, porque en ese momento, Jaime abrió del todo la puerta y se dirigió de vuelta a su cuarto. Había escuchado la conversación y ya no le cabía ninguna duda: la casa estaba encantada.

Desde su cama podía ver todas las figuras de vampiros, el hombre lobo y algunas momias que tenía en una estantería, junto a sus libros de misterio y novelas de aventuras. Decidió empezar una, se volvió a levantar, la cogió y tras sacar su linterna del cajón, dirigió el haz de luz hacia los intrépidos párrafos. De vez en cuando se escuchaba el sonido que identificó con el ulular de un mochuelo.

El muchacho estuvo disfrutando de la acción novelesca hasta altas horas de la noche. Era fin de semana y no tendría que madrugar.

Capítulo 25

El rojo crepuscular acordonaba las principales cimas de la Serranía de Cuenca brindándole un aire místico. Era una tarde de domingo, Jaime y Juanito se encontraban en la plaza del pueblo, con sus bicicletas, cuando un grupo de ruidosas muchachas pasaron cerca de ellos.

—Fíjate, Jaime, no nos han dicho ni una sola palabra, ni siquiera un triste y simple hola. Nos ignoran, por completo. Como si fuéramos invisibles — se indignó.

—Claro, no son de este pueblo. No nos conocen y es normal que no nos saluden. Y además, si quieres que te sea sincero, me da igual que pasen de nosotros.

—Pero si tampoco nos han mirado a la cara. No sé qué harán aquí a parte de marear. ¡Qué pesadas!

—No paran de agobiar. Chillando y riéndose de no sé qué.

—Me imagino, que habrán venido a casa de algún familiar, para algún tipo de celebración. No sé, un cumpleaños, un bautizo...

—No nos conocen, porque no somos famosos, Juanito. Tenlo en cuenta ya de una vez por todas. Tenemos que entrar a esa casa y cuanto antes, mejor. Y verás cómo las cosas cambiarán. Por fin la gente nos reconocerá y estaremos en boca de todo el mundo.

—¿Otra vez el tema de la casa? No, por favor.

—Pues claro que vuelvo con el asunto, porque si fuéramos populares, estoy seguro de que nos hubieran saludado, incluso se habrían venido con nosotros a tomar algo. Un chocolate bien calentito...

—No tienes remedio, Jaime. Ya no sé qué hacer contigo.

—Anoche me levanté para ir al servicio y descubrí a mis padres diciendo que habían pasado por la vivienda y habían visto una extraña luz y la silueta de un espectro. Si lográramos hacer algunas fotos y conseguir pruebas iríamos al programa de la televisión que hablan de fenómenos paranormales. ¡Cómo molaría! ¡Sería lo máximo!

Continuaban los dos amigos en la plaza cuando vieron aparecer un coche de la Guardia Civil. El vehículo circulaba a poca velocidad y se detuvo justo al lado del ayuntamiento. Se abrió la puerta del conductor y salió una agente.

— Madre mía, menuda tía, qué buena que está — se asombró Juanito.

La sargento pasó junto a ellos, les dirigió una sonrisa y a continuación, entró en la frutería.

— Sí, está muy buena y se cuida mucho. Algunas veces la he visto corriendo. Según parece, es la nueva sargento del cuartel.

Se esperaron un poco para volver a verla y, cuando se fue con el coche patrulla, Juanito propuso:

—¿Quieres ir a la charca a lanzar piedras sobre el agua? Te desafío a una carrera. A ver quién llega antes — y empezó a pedalear con todas sus fuerzas.

Capítulo 26

Aquella noche, después de la cena, Jaime se fue a su habitación, Ana y Zacarías tuvieron una conversación:

— Me dan mucha lástima Marta y José María. A pesar de que José María hace algunas faenas, les será muy complicado conseguir reunir el dinero suficiente para poder hacer frente a todas las deudas que tienen. Es una experiencia que no debe de ser nada agradable para ellos. No me gustaría por

nada del mundo el tener que verme algún día en esa situación. Tiene que ser horroroso estar en su mismo pellejo.

— Tienes razón, Ana, debe de ser espantoso. Y nunca te olvides de que cualquiera puede verse así. La vida da muchos giros, más de lo que nos pensamos y a veces cuando más confiados estamos, zas, viene la desgracia y te encuentras igual o peor que ellos.

—¿Sabes? Estos días lo he estado pensando y se me ha ocurrido una idea. A ver qué te parece.

— Me das pánico cuando me dices que se te ha ocurrido una idea. Venga, suéltalo ya. Me tienes en ascuas.

— He estado pensando en que sería muy interesante hacer una especie de posada en la bodega, así, podríamos aprovechar y hacer mucha publicidad de los caldos. Ya sabes: catas para los clientes, promociones... También recibiríamos a compradores potenciales extranjeros que se alojarían en una zona acondicionada para ello y probarían la rica gastronomía de la zona, regada con nuestros vinos. Como puedes ver he pensado en todo y me da la impresión de que es una buena idea.

— Vaya, la verdad es que no suena nada mal. Se le podría sacar mucho más partido a nuestra marca. Incluso, quizás, recibiríamos alguna subvención por hacer propaganda de la comarca o hasta de la comunidad autónoma. Es una buena ocurrencia y además, muy inteligente — tras un pequeño silencio, Zacarías se inquietó —. ¿Y se puede saber qué es lo que tiene que ver Marta y José María en todo esto? No sé a dónde quieres ir a parar.

— Muy sencillo, que ellos se podrían hacer cargo de los huéspedes y, mientras tanto, no tendrían que pagar un alojamiento y conseguirían, al fin, liquidar sus deudas y estar más desahogados. Hace unos días que llevo maquinando esto, pero, no sé porqué, ha sido ahora cuando me he decidido a proponértelo.

— Tengo que admitir que me parece una fantástica idea, cariño. En serio, no sé qué haría sin ti. Cuando todo parece que va mal, apareces con una nueva iniciativa que le da la vida a la bodega, como aquella que se te ocurrió de hacer un sorteo en el cual el ganador tendría una cena pagada aquí y podría venir acompañado de otro comensal. En esa campaña aumentamos las ventas y a los concursantes y a los ganadores les dimos una muy buena impresión.

— Sí, tienes razón, Zacarías. Pues no sabes la alegría que me das, porque pensé que no te iba a gustar mi idea.

— Puedes estar tranquila porque me gusta y mucho. Me da la impresión de

que, como siempre, has vuelto a dar en el clavo.

— Bueno, será mejor que seamos prudentes y no adelantemos acontecimientos.

— Y no decirle nada a nadie. Por lo menos, hasta que no lo tengamos claro y cuando lo tengamos todo listo, porque tendremos que hacer una reforma, entonces empezaremos a hacer una fuerte promoción — Ana se entusiasmaba solo de pensarlo.

— Bueno, eso último te lo dejo a ti. Yo con lo mío ya tengo bastante...

En el momento en que el matrimonio estaba inmerso en la conversación, Jaime en su habitación no podía dejar de fantasear y se imaginaba a él mismo saliendo de la casa abandonada, vestido con un chaleco como los que usan los arqueólogos, mientras era cegado por las decenas de flashes disparados por los reporteros y caía una mágica lluvia de serpentina que lo fue cubriendo todo. A un lado y vestida con un precioso vestido, le esperaba la hija del alcalde para darle un beso, cogerla del brazo y caminar juntos, vitoreados por el gentío, camino del éxito total.

Capítulo 27

Había pasado varias horas desde que la sargento Montes había terminado de comer. Julián no se encontraba en casa porque había quedado con unos compañeros de la editorial para comer y concretar unos asuntos del periódico. Sonia sujetó su pelo con una coleta, se puso unas mallas, un top, las zapatillas de deporte y bajó al garaje. Accionó con el mando la puerta metálica, sacó el todoterreno y de inmediato se encontró circulando por la calzada. A esas horas de la tarde a penas se cruzó con algún coche.

Su Nissan dejó la carretera y entró en una pista forestal. Redujo la velocidad por no levantar una nube de polvo que podría confundirse con un conato de incendio y llegó a una fuente, rodeada de abundante vegetación. Una hilera de enormes chopos lindaba con el camino de acceso a la zona de pic nic. La flora estaba exuberante debido a la humedad que proporciona la umbría y a las abundantes lluvias que habían caído en los últimos días. Aparcó en una especie de pequeña explanada, habilitada como parking y tras salir del coche, comenzó a correr por una senda, acompasando las pisadas con la respiración.

Sus pies empezaron a impactar sobre la tierra del sendero que en algunas partes todavía continuaba mojada. Los rayos del sol acariciaba las copas de las coníferas y estas desprendían un penetrante y agradable olor. Un par de ardillas correteaban por el suelo realizando simpáticas acrobacias. De vez en cuando se le cruzaba volando, algún verderón.

Había pasado una hora y la corredora estaba a punto de llegar al lugar de partida cuando se dio cuenta de que, junto a la fuente, había dos hombres de unos setenta años que portaban bastones para andar y hablaban entre ellos. Al parecer, eran dos jubilados que quedaban de vez en cuando para realizar el trayecto andando.

La mujer se acercó a la fuente, dio un largo trago, y luego comentó:

— Qué fresca que sale el agua, da gusto beberla — la corredora volvió a hundir la cabeza y después, volvió a decir —. No hay nada como beber de esta agua de manantial.

— Y sobre todo después de haber andado o en su caso de haber corrido. No

hay en esta vida mejor recompensa — dijo uno de los hombres, que tenía el pelo completamente blanco.

— Es un lugar impresionante, lo descubrí hace poco. Lo encontré por casualidad, un día que salí a andar y me sorprendió ver tanta foresta. Incluso detrás de esas cañas hay un arroyo de aguas cristalinas.

— Si te quedas un rato quieta mirando el caudal, puedes ver las truchas y no es de extrañar ver a alguna pareja de nutrias, jugando entre ellas o persiguiendo a los peces. Son unos animales muy graciosos.

— Sí, lo sabía, pero no me gusta decir a nadie esas cosas porque algún desaprensivo puede venir, hacerles algún daño y sería una lástima.

— Hace muy bien, sargento Montes — esta vez habló el otro hombre, quien al contrario que su compañero tenía el pelo negro, pero con muchas entradas.

— Es hija del teniente Montes, ¿verdad? — preguntó el hombre del pelo blanco.

— Sí, claro.

— No le había visto desde que era una niña. Cuánto tiempo hace de eso...

— Sí que hace mucho, sí. Bueno, he regresado a la población y llevo poco viviendo aquí.

— Claro, al poco tiempo de suceder aquello, tus padres se mudaron de casa y no me extraña, menuda historia... — al darse cuenta de que no debía de haber dicho nada, se excusó —. Lo siento, no debí de incomodarla. He de admitir que he estado muy poco acertado. De todas formas a tu padre se le quiere mucho en el pueblo.

— No se preocupe, caballero. Y sé que a mi padre lo quieren mucho por aquí.

Al poco tiempo los excursionistas emprendieron el sendero y la sargento desapareció, con su coche, justo, por donde había llegado.

Capítulo 28

Pasaron las semanas y los preparativos para reconvertir una parte de la bodega en un hostel dieron su fruto. Los albañiles fueron ultimando los detalles y tras desmontar los andamios, recoger toda la parafernalia y marcharse, dieron paso al buen gusto que Ana tenía para la decoración. Esta

iba de un lado para otro, con aire resuelto, diciendo a los repartidores donde quería que le fueran dejando los muebles y demás utensilios de la decoración.

Era un lunes por la mañana cuando Marta y José María recibieron la noticia, por parte de un trabajador de la empresa, de que debían acudir a la bodega lo antes posible.

El matrimonio se encontraba inquieto en la puerta de su vivienda sin poder ni siquiera imaginar qué es lo que iba a suceder, mientras veían cómo el enigmático hombre que portaba la intrigante demanda, subía a su coche para al instante desaparecer del lugar.

Marta cogió su bolso y muy excitada, aseguró:

— No te puedes hacer una idea de lo nerviosa que estoy. No puedo dejar de preguntarme qué es lo que querrán de nosotros. Mírame, estoy temblando y todo... — aseguró, mirándose las manos.

— Yo también estoy muy nervioso e intrigado por todo esto. No puedo hacerme una idea de cuál puede ser el motivo por el que el matrimonio tiene tanto interés de que vayamos a su finca. A saber qué es lo que están tramando.

— No me quiero hacer muchas ilusiones, pero tengo la impresión de que nos van a dar una buena noticia. Tengo una corazonada.

— Eso espero, y que no sea para nada malo, que ya hay bastante con lo que tenemos. Aunque pensándolo bien, te aseguro que, peor, no puede ir.

— Estoy de acuerdo contigo, peor que ahora es imposible. Será mejor que vayamos y así saldremos de dudas de una vez por todas — aconsejó Marta, mientras se dirigía a su habitación para cambiarse de ropa, José María imitó a su esposa.

— Es que es un poco extraño, porque si fuera para trabajo nos hubieran llamado solo a uno de los dos — dijo José María, abriendo el armario.

— Ahora que lo pienso, es muy intrigante este asunto. Espero que Juanito no tenga nada que ver con esto que no haya hecho nada malo y el motivo no sea que nos quieran decir algo de él.

— Espero que no haya hecho ninguna trastada — se inquietó Marta.

— No creo, Juanito es un niño muy bueno. De todas formas, lo mejor será dejarnos de especulaciones y acudir cuanto antes a enterarnos del asunto y así, saldremos al fin de dudas.

Capítulo 29

Marta y José María abandonaron la casa y se dirigieron en coche a la bodega. Los nervios estaban a flor de piel y no era para menos, el pensar que Juanito podía estar detrás del motivo de la llamada los llenaba de inquietud. Atravesaron los grandes campos de viñedos que tantas otras veces habían visto y que nunca dejaban de admirar, porque ambos sentían una gran

admiración tanto por Zacarías como por su esposa, por haber seguido la tradición familiar dedicada a la enología y porque incluso habían sabido darle un gran empujón que había provocado que los vinos estuvieran empezando a ser conocidos en muchos lugares del mundo y eso en la época de su fundación era impensable. El cielo estaba limpio de nubes y el sol brillaba con toda su magnificencia sobre la campiña manchega.

Llegaron y aparcaron en una explanada, donde nacía un camino empedrado que se dirigía al lugar que estaba rodeado de espléndidos árboles que proporcionaban agradables sombras. Hasta ellos llegó el agradable olor del humo de una hoguera en la que unos jornaleros estaban asando carne para el almuerzo. Alrededor de ellos, dos galgos correteaban entre las vides en una vertiginosa persecución.

Iban andando cuando al lado del sendero, saltó una liebre y corrió hasta, en un momento dado, detenerse y encamarse, fundiéndose en el entorno.

Marta sostenía la mano de su esposo y era incapaz de pronunciar palabra, pero eso ahora era lo de menos, lo importante era llegar a la bodega, hablar con el propietario y despejar, de una vez por todas, las dichas preocupaciones.

Una vez allí, observaron la gran entrada e hicieron sonar un timbre, hasta que una mujer de mediana edad, de agradables facciones, les abrió la puerta y preguntó:

— Hola, buenos días. ¿Qué es lo que desean?

— Buenos días. Estábamos en nuestra casa y ha venido un hombre que trabaja aquí para decirnos que vinieramos porque desean hablar con nosotros. El motivo lo desconocemos — dijo Marta, mirando a la mujer que en aquel momento juraría que no había visto en su vida.

Tras decir los nombres y comprobarlo en una pequeña libreta que extrajo del bolsillo de su pantalón vaquero, asintió, compuso una agradable sonrisa y les hizo un gesto para que la siguieran.

— Parece que está informada de que íbamos a venir — dijo Marta en voz baja.

— Lo ha consultado en ese cuaderno, se ve que lo tenía apuntado — susurró José María y sonrió.

— Sí, fui advertida de su llegada, por el propio don Zacarías — aseguró la señora, ante el gesto de sorpresa de los recién llegados, quienes se sorprendieron de que hubiera sido capaz de oír el comentario.

El matrimonio siguió a la mujer por un largo pasillo que daba la impresión

de no tener fin. No se les pasó ni un solo detalle de los numerosos que abundaban por el interior del singular lugar. Una hilera de grandes tinajas adornaba los laterales, perfectamente ordenados. Les llamó la atención un gato que descansaba sobre una de ellas. El animal ni se inmutó cuando pasaron a su lado como si la cosa no fuera con él. Debía de ser un morador del lugar. Quizás era el encargado de mantener a raya las poblaciones de roedores o simplemente, un oportunista que había encontrado en aquel sitio un paraíso para resguardarse en los gélidos días del invierno y llenar el estómago e incluso, quién sabe, cumplir sus instintos reproductivos.

José María se detuvo y miró hacia las paredes y descubrió en ellas fotografías antiguas, en blanco y negro, de la bodega e incluso había algunas que serían de principios del s . XX. Unas auténticas joyas, pensó. Al ver la cara de curiosidad del hombre, la empleada le informó:

—Muchas personas de las que se ven en las imágenes son antepasados de don Zacarías, algunos incluso fueron los que fundaron la bodega. Hay fotografías que fueron tomadas incluso mucho antes de ser proclamada la Segunda República.

— ¡Impresionante! — José María no salía de su asombro.

Fue en ese instante cuando Marta pensó que tal vez el motivo de aquella visita era conocer el lugar. Qué ocurrencia más absurda, pensó y no tardó en desechar el pensamiento.

Luego tomaron otro pasillo y llegaron a una ruidosa y enorme sala con multitud de mesas y una larga cinta transportadora. Los empleados que se encontraban en sus puestos de trabajo, iban sacando las botellas y colocándolas en cajas, una vez que la máquina les ponía la etiqueta. Nadie parecía haber reparado en los recién llegados y continuaron trabajando como si tal cosa, concentrados en sus quehaceres.

De pronto, apareció un joven, que no tendría ni la mayoría de edad, subido en una fenwick y tras introducir las palas en los palés donde estaban las cajas con las botellas de vino, se los llevó a la máxima velocidad que le permitía la máquina.

— Esta es la sala de producción. A partir de aquí es donde se envasan los vinos y al poco tiempo pasan a ser vendidos. Algunos, naturalmente, aún se guardan unos meses más — informó la mujer, levantando la voz para hacerse oír por encima del ruido de la maquinaria.

El olor de la acetona se extendía por la zona. Llegaron a una gran escalera metálica y la empleada les indicó que debían subir a la parte reservada a las

oficinas. Accedieron en silencio y al poco tiempo llegaron junto a la puerta de un despacho donde un pequeño cartel rezaba "Dirección". La mujer, que los había recibido, llamó con los nudillos y ella misma abrió la puerta, anunciando:

— El señor José María y su esposa ya están aquí. Como me dijiste estuve pendiente de su llegada y te he avisado lo más pronto posible.

— Perfecto, haz el favor y diles que pasen. Muchas gracias, Susana. Por cierto, cuando puedas ves llamando a los proveedores, acuérdate que quiero mandarles unos benjamines de cortesía, pero de crianza. Tú ya sabes... — solicitó el empresario.

— Perfecto, ahora mismo me pongo en ello. No te preocupes por nada.

Capítulo 30

Entraron en el despacho y la amable secretaria se despidió de ellos. Zacarías tras saludarlos, con una señal les indicó dos sillas y les invitó a sentarse. Junto al director de la bodega se encontraba su esposa Ana, que llevaba un vestido estampado y estaba presente porque, por nada del mundo, se quería perder el acontecimiento. Permanecía expectante junto a su esposo.

Justo encima de la mesa del empresario, una gran fotografía enmarcada presidía el despacho. Por el privilegiado lugar donde se encontraba y el tipo

de marco que portaba, no era difícil de deducir la importancia que debía de tener para ellos. En el fotograma aparecía, junto al matrimonio, una preciosa niña con una gran sonrisa y con el pelo rubio. Los tres parecían vivir un momento muy feliz, inolvidable.

Al ver la imagen, Marta sintió un gran escalofrío y rápidamente desvió la mirada, temiendo que su rostro delatase sus emociones. Sabía muy bien quién era aquella pequeña y los terribles hechos acontecidos. A su vez, José María sintió un nudo en la garganta al ver a la sonriente criatura y recordó todas las lágrimas que había derramado por aquel lamentable episodio que el tiempo, todavía y por desgracia, no había sido capaz de cicatrizar.

Fue el propio Zacarías quien de inmediato tomó la palabra y, como era costumbre en él, fue directo al grano:

— Os he hecho venir hasta aquí porque, tanto mi esposa como yo, hemos decidido haceros una propuesta que estamos convencidos de que os interesará escuchar.

— Antes que nada, tenéis que saber que no estáis obligados a decir que sí y mucho menos, os tenéis que sentir comprometidos con nada de lo que os vamos a comentar — indicó Ana, con una sonrisa.

Marta no pudo contenerse más y preguntó:

— ¿Ha hecho algo malo mi hijo?

— ¡No, para nada! Juanito es un niño muy bueno. Cuando viene con nuestro hijo, cuanto a penas se le oye. No, tranquila, no van por ahí los tiros.

— ¡Uf, qué susto! No te imaginas lo tranquilos que nos dejás — se consoló Marta.

— Adelante, estamos muy intrigados por conocerla. Ya puedes hablar cuando quieras — afirmó José María, muy inquieto e intentando por todos los medios de no dirigir la vista hacia la fotografía.

En ese momento, Zacarías, con el semblante serio, abrió una carpeta que contenía unos documentos y, mientras los revisaba, alzó la mirada, dirigiéndose al matrimonio, de forma enigmática:

— Ana ha tenido, como siempre, una brillante idea y hemos decidido que vamos a hacer aquí en la bodega una especie de hotel. Por otro lado, nos hemos enterado de que vuestra situación económica no es nada buena y la dueña de vuestra casa os va a dejar en la calle, por no pagar las mensualidades que le debéis. Perdonad que sea tan directo, pero pienso que es mejor así — el empresario hizo una pequeña pausa y continuó —. Hemos decidido, si aceptáis, por supuesto, que os vamos a contratar y no solo eso,

también os vamos a designar una vivienda, en la misma posada que pretendemos hacer, para que podáis vivir con dignidad y no tendréis que pagar nada por estar en ella. No os tendréis que volver a preocupar ni de gastos de vivienda, ni de comida, luz y agua. Como podéis ver, estamos muy bien enterados de lo que os sucede y no pienso, en ningún momento, andarme con rodeos. Por mi parte, ya está todo dicho. A partir de ahora, depende de vuestra decisión.

— Esperamos que entendáis que lo hacemos por vuestro bien y nos alegraría que aceptarais la propuesta — intervino Ana —. Pensadlo con detenimiento y tened en cuenta, que viviríais más desahogados y nuestros hijos tendrían más tiempo para estudiar y jugar juntos. Yo creo que a la larga, todo serán ventajas. Ya lo veréis. Personalmente, pienso que es una buena oferta de empleo que no deberíais rechazar pero, si lo hacéis, no pasará nada, continuaremos siendo igual de amigos. Nada cambiaría entre nosotros.

— De acuerdo, estudiaremos el ofrecimiento con detenimiento y en poco tiempo os daremos una contestación — aseguró José María, mientras se levantaba de la silla con la idea de marcharse y con cara de enfado. A Marta no le agradó el gesto de su esposo.

— Me parece lógico y natural que lo penséis. Gracias por haber venido tan pronto, de verdad. Eso dice mucho de vosotros — aseguró Zacarías.

Tras la formal despedida, el matrimonio salió del despacho, bajaron la escalera y regresaron en coche al hogar. Durante el poco tiempo que duró el trayecto, y aunque parezca extraño, ninguno de los dos hizo comentario alguno sobre el asunto, pero no obstante sus cabezas no dejaban de pensar en las palabras dichas tanto por el empresario como por su esposa, sobre el proyecto que tenían en mente realizar. Fue Marta la que rompió el silencio:

— Parece que no te ha hecho mucha gracia las palabras del matrimonio. Menuda cara has puesto.

— Yo no sé cómo se habrán enterado de nuestra situación, la verdad. Y lo que menos me ha gustado es que nos tomen por unos mendigos. ¿Qué se habrán creído?

— Vamos a ver, José María, nadie nos ha tratado de esa forma. Solo quieren ayudarnos, eso es todo. Qué cabezota eres a veces...

El coche circulaba por la carretera que atravesaba campos interminables de viñedos. La distancia que había de la bodega a la población era de unos tres kilómetros. Muchos trabajadores preferían ir en bicicleta e incluso algunos,

según el tiempo, lo hacían caminando por una vía que el ayuntamiento había habilitado y que iba paralela a la calzada.

Entraron en La Encina y cuando pasaron por la plaza del ayuntamiento vieron a la casera. Esta los miró y no precisamente con cara de amabilidad.

Capítulo 31

Aquella noche, después de la cena y seguros de que Juanito dormía ya que, como es comprensible, no les gustaba tratar esa clase de asuntos delante del niño, Marta bajó el volumen de la televisión con el mando a distancia y se dirigió con tono delicado a su esposo. Este al darse cuenta de que su mujer le quería decir algo, cerró el libro y lo dejó a un lado.

— Cariño, tenemos que hablar de lo que nos han dicho Zacarías y su mujer.

No podemos continuar así.

— Ya lo hablaremos en otra ocasión. No tengo ganas de hablar de eso ahora.

—No podemos dejarlo para más tiempo, tienes que comprenderlo. Parece que Zacarías tiene bastante prisa y, quizás, si le hacemos esperar mucho más tiempo, podría hacerse atrás y llamar a otros para que ocupen los puestos y ya no tendríamos nada que hacer — aseguró Marta, convencida de ello.

— No te preocupes, encontraré trabajo, pagaremos a la casera y nos dejará tranquilos. Ya nos ha ocurrido otras veces y al final, hemos salido adelante, ¿por qué ahora iba a ser diferente? Confía en mí.

—Está vez te puedo asegurar que no es igual que otras veces. Le debemos muchas mensualidades y la casera está perdiendo la paciencia. El otro día estaba muy enfadada, yo no la había visto en ese estado, nunca y la verdad es que tiene razones para ponerse así. Me da la impresión de que esto no va acabar bien y creo que hacer lo que nos dice el matrimonio sería una decisión acertada. Además su hijo es muy amigo de Juanito y le tienen mucho cariño. No creo que nos hicieran algo que nos pudiera dañar. Debemos de confiar en ellos. Y recuerda el ultimátum de la casera.

— No hagas caso de eso, igual la mujer tuvo un mal día. Ya verás cómo me llamarán pronto para hacer alguna faena de albañilería, pintar...

— Un trabajo de dos o tres meses o días y luego qué. ¿De qué estás hablando? No te das cuenta de que tenemos un hijo, podrías dejar a un lado tu maldito orgullo — exclamó Marta, visiblemente indignada —. Es una oportunidad que no podemos dejar escapar e igual no se vuelve a repetir...

Marta prefirió no seguir insistiendo ante la cabezonería de su marido y se acurrucó junto a él. Sabía muy bien que en poco tiempo la situación se complicaría todavía más y este no tendría más remedio que dar su brazo a torcer y acabaría aceptando la propuesta del empresario. Por una vez en su vida incluso pensó que una precipitación de los acontecimientos sería incluso beneficioso para lograr un futuro, por lo menos, más esperanzador. La casera no tardaría en echarles del domicilio por morosos, y aceptar las condiciones de Zacarías y marcharse antes de que sucediera la trágica situación les ahorraría la vergüenza de ser desahuciados. En estos pensamientos se encontraba cuando el sueño, al fin, la venció.

Capítulo 32

Al día siguiente, cuando el día empezó a clarear y antes de que se despertará Juanito, Marta volvió a insistir a su marido:

— Cariño, ¿no crees que sería beneficioso para nosotros aceptar la propuesta? — preguntó mientras abría la nevera casi vacía para coger una caja de leche.

— ¿Ya estás otra vez liada con el tema ese?

— Normal, porque creo que nos vamos a arrepentir si no les damos una contestación pronto.

— Bueno, lo pensaré.

— Parece mentira, antes no eras así, ¿es que no te gustaría prosperar?

José María iba a contestar cuando alguien hizo sonar el timbre de la puerta. A Marta se le iluminó la cara al darse cuenta de que quién les hacía la visita era la mismísima casera. La esposa de José María intentó disimular su alegría al darse cuenta de que la mujer venía en pie de guerra y eso podía jugar a su favor porque su marido podía discutir con ella y ponerse de parte de su mujer y acabar aceptando la propuesta del empresario.

— Me deben muchas mensualidades y ya estoy empezando a hartarme. Les he estado consintiendo demasiado y la gota ya ha rebasado el vaso. No quiero oír más excusas. ¡Ni una más! Incluso si es necesario, hasta los llevaré al juzgado — rugió, con el entrecejo fruncido y poniendo los brazos en jarras.

— No se preocupe, como muy tarde, le pagaremos dentro de unos meses. Yo no trabajo y estamos pasando una mala racha. Tenga un poco de paciencia. Humanidad, por favor — solicitó José María.

— Eso es lo que siempre me dice, pero luego continúa todo igual. Yo también tengo muchos gastos y cumplo con mis pagos. Ustedes lo único que quieren es vivir del cuento. En mi vida, por desgracia, me he encontrado con mucha gente así. Con holgazanes. Tengo que admitir que, al principio, pensaba que eran personas honestas, pero desde hace unos meses lo único que me demuestran es que no son más que unos morosos.

La última frase hirió al matrimonio que vieron, con impotencia, cómo la mujer se marchaba.

— ¿Qué ha sucedido? — preguntó Juanito, restregándose los ojos con las manos.

A José María se le descompuso la cara al percatarse de que su hijo había escuchado la conversación y contestó:

— Nada, no te preocupes. Ves a la cocina a desayunar algo — balbuceó José María.

Marta fulminó de una mirada a su esposo, mientras le reprochaba:

— No pienses que siempre vas a poder ocultarle las cosas. Llegará un día, no muy lejano, que crecerá y tendrás que contarle la verdad. Que su padre no tiene un empleo estable...

— No creo que lleguemos a ese extremo.

— Claro que no, con tus trabajos temporales le pagaremos, ¿verdad? Y nos

iremos de viaje a un hotel de cinco estrellas — dijo Marta con ironía.

—No, lo tengo decidido. Por encima de todo está la dignidad. Pagaremos a la mujer — las palabras sonaron con determinación.

— ¿Quieres decir que vas a hablar con Zacarías? — Marta recibió las palabras como el mejor de los elixires.

— Por supuesto que sí y cuánto antes, mejor — admitió con determinación.

Capítulo 33

Se encontraba Zacarías revisando unas cuentas con su mujer, en su despacho, cuando recibió la noticia de que habían dos personas que deseaban hablar con él. Al ver de quién se trataba, el hombre, sin ocultar su alegría, se levantó con rapidez, para darles la bienvenida.

Después de lo pactado por el matrimonio, José María fue el encargado de

transmitir a su interlocutor el resultado del común acuerdo que había alcanzado con su esposa a lo referente a la propuesta hecha por el empresario y su mujer, dijo:

— Marta y yo hemos estado estudiando vuestro ofrecimiento y hemos llegado a la conclusión de que nos conviene. Aceptamos vuestra propuesta.

Zacarías, abriendo una gran sonrisa, afirmó:

— Me parece una decisión muy acertada e inteligente. Os aseguro de que no os vais a arrepentir. Ana y yo tenemos muy buenas sensaciones con este proyecto y estamos seguros de que será todo un éxito. Es una gran alegría el poder compartir con vosotros semejante empresa. Y estamos convencidos de que nadie va a realizar el trabajo como lo haréis vosotros. Va a ser una gran experiencia para todos, creedme.

— ¿Y cuando podemos empezar? Estamos deseosos de ponernos manos a la obra.

— Buena pregunta, Marta. Primero haremos una reforma, que durará aproximadamente dos meses y cuando concluya de inmediato podréis comenzar a trabajar. No os preocupéis por nada porque, mientras tanto, podéis vivir aquí. Hay espacio suficiente y encima como en la bodega de noche no hay nadie, nos vendrá de perlas para que no entren a robar. ¿No es verdad, cariño?

Si había alguien que estaba incluso más ilusionada con el proyecto que Zacarías esa era Ana y no lo ocultó en lo más mínimo cuando respondió:

— Pues claro. Será un placer que seáis parte de nuestra familia y nos gustará ver a nuestro hijo disfrutar con su mejor amigo. Y nosotras tendremos más tiempo para charlar y tomar café — las últimas palabras fueron acompañadas de un guiño de ojos que fue dirigido a Marta a quien agradó el gesto de complicidad.

Zacarías aclaró los detalles de la empresa con el matrimonio y acordaron que, en dos días, como mucho, se irían a vivir a la bodega.

La pareja se mostraba esperanzada y las buenas sensaciones empezaron a embriagarla. Y no era para menos, después de un largo tiempo de penalidades, parecía que fortuna, por fin, había llamado a su puerta y, ambos, abrigaban el convencimiento de que la permanencia iba a ser larga, muy larga.

El destino, para su dicha, había dado un giro de noventa grados a sus existencias y al fin, podían afirmar, que veían la luz al final del túnel.

Abandonaron la bodega y regresaron al hogar. En sus cabezas, los agradables pensamientos se sucedían, como la más maravillosa de las procesiones.

Aquel mismo día, comenzaron los esperados preparativos.

Capítulo 34

Dover

Laura y Marc se encontraban en la entrada del hotel y ella acariciaba con cariño la cara de su novio mientras le decía:

— No te preocupes por mí, estaré bien.

— Me sabe muy mal irme y dejarte aquí sola. Pensar que voy a estar de

vacaciones y tú trabajando...

— No estoy sola, estoy con mi padre y debo de quedarme aquí, para ayudarle en el hotel. Este mes tenemos mucho trabajo y me es imposible ir contigo — al notar la tristeza en el rostro de su prometido, añadió —. No te sepa mal, ya nos iremos juntos de vacaciones en otra ocasión. Tú tranquilo que ya te lo recordaré. Ahora lo que tienes que hacer es ir al aeropuerto de Londres, coger ese avión y disfrutar al máximo. Hazme caso y aprovecha el viaje, seguro que te lo vas a pasar bien. Y, por favor, no le des más vueltas al asunto, puedes irte tranquilo porque yo estaré muy bien.

Ante la mirada de su novia, Marc metió en el maletero sus maletas y tras despedirse de Laura y del padre de la joven, enfiló la carretera que le iba a llevar hasta el aeropuerto.

Desde el espejo retrovisor interior, veía a padre e hija, diciéndole adiós con las manos. Adoraba a Laura y a su padre. Su sencillez era lo que más me gusta de ellos, pensó.

Cuando llevaba varios kilómetros, sonó el teléfono y activó el manos libres. La voz de Robert, su agente literario, sonó en el interior del vehículo:

— Hola, Marc, ¿Ya estás de camino?

— Sí, bueno, acabo de dejar el hotel y me dirijo hacia la terminal. No tardaré mucho en llegar.

— Fantástico. Ya verás cómo lo pasarás bien y de paso, perfeccionarás el español.

— Eso espero, pero también me inquieta un poco el ir a la aventura.

— Ya, pero esos son los mejores viajes, los que no se planifican. Bueno, cuando llegues a España, mándame un WhatsApp.

A Marc le resultaba curioso la insistencia que había demostrado su agente literario, con hacer ese viaje. Sabía por experiencia que alguna sorpresa le aguardaría en España y estaba convencido de que tras la amable invitación había un interés generado, un misterio sin resolver o quizás, un argumento para una próxima novela. Al escritor le seducía todo aquello y Robert lo sabía muy bien.

— Va a estar difícil. Lo he pensado bien y no voy a llevarme el teléfono móvil. No quiero saber nada de Internet durante mi estancia en la Península. He llegado a la determinación de que, por un tiempo, no quiero entrar en las redes sociales. Quiero desconectar, por completo y esta al parecer es la mejor vía de escape.

— Me parece comprensible y muy razonable, pero, por lo menos, no te

olvides de hacer fotografías de los lugares emblemáticos que visites, seguro que serán muy interesantes.

— No padezcas, así lo haré.

— De todas formas, iré llamando a Laura para preguntar por ti. No hace falta que me llames. Disfruta lo máximo tu estancia en España.

Los dos hombres se despidieron.

Tras colgar, Marc se concentró en la conducción y observando los alrededores, trató de imaginar cómo serían los paisajes en España. Había consultado algunos almanaques de turismo y los monumentos históricos y los accidentes geográficos, que ilustraban sus páginas, le parecían de lo más interesante. Confiaba en visitar lugares inhóspitos, algún templo de estilo románico e incluso alguna fortificación de la época visigoda.

Mientras conducía y observaba la verde campiña que iba a dejar de ver por un tiempo, no dejaba de sentir esa extraña sensación que siempre le embargaba después de preparar las maletas y emprender un viaje, de parecerle que algo se le olvidaba en casa.

Desechó esos pensamientos y se centró en la conducción, en la música, la naturaleza...

Capítulo 35

Después de coger varias salidas y dejar atrás una compleja circunvalación, el vehículo se detuvo en la entrada del aeropuerto y tras dejar el coche en el parking, donde iba a permanecer lo que durase su estancia, se dispuso a facturar las maletas. El interior de la terminal era un hervidero de gente que andaba de un lado para otro, con apresurados pasos y mirando los grandes

paneles informativos. El suelo brillaba de tal forma que se reflejaba como si de un espejo se tratara. Como veía que era buena hora, decidió dar una vuelta por la zona comercial y mirar lo que ofrecían los escaparates que seguro estarían repletos de cosas cuanto menos curiosas.

Los transeúntes paraban unos segundos para ver lo que ofertaban los expositores y enseguida continuaban su marcha.

Divisó una librería y se acercó a contemplar la parte donde se exhibía las últimas novedades literarias. No tardó en descubrir en el lado central del panel la última novela que le habían publicado. Por un momento se quedó mirando la portada y pensó que a pesar de todo tampoco estaba tan mal, al final no habían tenido tan mal gusto. A veces le incomodaba no poder elegir él las portadas, pero entendía que esos asuntos eran del personal destinado al marketing y no debía meterse en el trabajo de los profesionales que a fin de cuentas solo realizaban su trabajo.

Después de caminar un poco, decidió tomar algo en la cafetería. Una camarera, de agradable semblante, le sirvió el café. La joven se alejó de la mesa del autor y volvió a la barra.

Las mesas del local estaban casi todas ocupadas por parejas que iban de viaje o algún trabajador de la misma terminal que tomaba café antes de comenzar su jornada laboral. El lugar estaba amenizado por un hilo musical que apenas se escuchaba por encima de las voces de los clientes.

En la mesa más próxima había un hombre que miraba en su ordenador portátil, debía de tratarse de un representante que debía de ir a algún lugar para tratar algún negocio importante.

En ese momento llegó un corpulento vigilante de seguridad, saludó a la chica que en ese instante se encontraba abriendo una botella de leche y se sentó en un taburete junto a la barra. Por la forma en la que hablaban y se miraban, el autor determinó que podían perfectamente ser novios.

Marc reparó en un hombre que estaba sentado un poco más apartado de donde estaba él, vio cómo se levantaba para marcharse y dejaba el periódico que estaba leyendo sobre la mesa. Antes de que algún cliente se le adelantara, Marc se dirigió hacia allí y tras coger el diario volvió a su mesa y le pegó un vistazo. Las noticias sobre el conflicto de Siria ocupaba la portada del diario y no eran nada alentadoras. Los rebeldes continuaban haciéndose fuertes y el gobierno sirio intentaba frenar, a toda costa, el avance de los insurgentes, como siempre, el pueblo era el mayor perjudicado y su angustia se reflejaba en las caras desencajadas de los refugiados, quienes sin muchas más

alternativas eran forzados al exilio, para dejar atrás la tierra que los vio nacer.

Mientras veía las lamentables imágenes, no podía dejar de pensar en qué mal habían podido cometer todas aquellas personas y sintió impotencia y rabia al pesar que muchos países de la Unión Europea, esos mismos que se llenaban la boca de palabras como solidaridad, igualdad..., no los acogerían. El conflicto llevaba en marcha algunos años y no terminaría hasta que entre unos y otros no hubieran destrozado por completo el país, se lamentó.

Marc dejó el periódico, pagó a la camarera y fue a facturar las maletas. Al cabo de media hora, ya se encontraba en el interior del avión que en breve se disponía a despegar rumbo a España.

Se dirigió por el pasillo hacia su butaca, esquivando a los pasajeros que permanecían de pie junto a sus asientos. Cuando realizaba trayectos relativamente cortos no le importaba viajar en segunda clase.

Dejó su bolsa, donde portaba su libro electrónico y la documentación, en una repisa sobre su asiento y se acomodó. Justo a su lado viajaba un hombre de tez morena y que portaba un ipad. Parecía que estaba leyendo algo. Marc lo saludó y este le respondió con una sonrisa. Al escritor le dio la impresión de que debía de ser español.

Al cabo de unos minutos, la tripulación se presentó, saludó a los pasajeros y tras dejar paso a una simpática azafata que dio una serie de instrucciones, el avión, por fin, despegó.

Capítulo 36

Después de varias horas de vuelo, el avión aterrizó en la estación de Barajas, en Madrid. Marc recogió su bolsa, bajó y subió a un microbús que se dirigió directo a la terminal. Recuperó sus maletas y tras ponerlas sobre un carro fue a buscar un taxi, pero se dio cuenta de que antes le apetecía tomar un café y con el carro se dirigió hacia una cafetería. Se sentó en una silla, con el carro donde portaba sus pertenencias y un camarero le atendió. Al instante ya tenía su

café sobre la mesa.

Tomado el tentempié, pagó al camarero y, empujando el carro, fue en busca de la parada de taxis.

En el exterior se dio cuenta de que a pesar de que hacía un poco de calor, el cielo estaba despejado y lo agradeció. Pensó en las lluvias que debían de estar cayendo en Londres y sonrió.

En la salida del aeropuerto, Marc se dirigió a la fila de vehículos de transporte público y se acercó al primero que había y le dijo al conductor:

—Buenas tardes, desearía que me llevara a un pueblo que se llama La Encina, se encuentra por la Serranía de Cuenca. Me imagino que usted lo conocerá. ¿No es así?

El taxista, al oír al cliente, no daba crédito ya que debido a la distancia del trayecto, podría hacer una buena caja, con semejante carrera, dijo:

— Sí que lo conozco, aunque de todas formas tengo GPS y no habría ningún problema en localizarlo. Yo le llevaré, pero debo de advertirle que el precio del servicio ascenderá a los doscientos cincuenta euros, más o menos. Será una cifra establecida, ya que si fuéramos con el taxímetro, el importe ascendería por ser una tarifa más cara o sea que ya le digo yo que a usted le interesa que lo hagamos así — afirmó el conductor, asombrándose de, a pesar del acento del cliente, como dominaba el español.

Los taxistas, que se encontraban en el lugar, afirmaban con sus cabezas las palabras de su compañero y hacían comentarios entre ellos, que el escritor no tuvo oportunidad de descifrar.

—Bien, no hay problema. Me parece correcto y un precio razonable.

— Pues entonces, pongámonos en camino cuanto antes que me imagino que tendrá ganas de llegar.

Tras las palabras, el chofer encendió el motor, salió de la fila de taxis, se incorporó a la carretera y comenzó el viaje.

El autor veía como, de vez en cuando, el taxista lo miraba con curiosidad por el espejo retrovisor interior. Al poco tiempo el conductor, quien de vez en cuando se acariciaba la barba, no pudo aguantar más y preguntó:

—¿Es usted de las Islas Británicas, verdad?

— Sí, de Londres.

—Habla bastante bien el español. Es admirable.

— Bueno, me defiendo. Hago lo que puedo o cómo dicen algunos, me intento hacer entender.

— Pues ya le digo yo que le entiendo perfectamente. Y dígame, ¿le ha

costado mucho aprenderlo?

— Pues la verdad es que sí, para qué le voy a mentir. Aprender un idioma siempre es muy complicado y quién diga lo contrario, miente.

— Me lo imagino.

—Lo que más me ha costado es afinar el oído. Es lo más difícil. A ustedes los españoles les cuesta muchísimo aprender el inglés por ese mismo motivo.

—Pero hoy en día, gracias a Internet, se superan muchas barreras, ya que es fácil encontrar películas subtituladas y lugares dedicados al aprendizaje de los idiomas —volvió a intervenir el conductor.

— Sí, es cierto. Yo mismo conozco algunas webs para aprender idiomas.

Después de un pequeño silencio, el chofer volvió a preguntar:

— ¿Cuál es su nombre y a qué se dedica usted?

A Marc le sorprendió un poco las confianzas que se tomaba el hombre, pero al pensar que le caía bien y que al hablar se le haría más llevadero el viaje, contestó:

— Mi nombre es Marc Miller y soy escritor de novelas de misterio.

—Vaya, interesante profesión. ¿Por eso va usted a La Encina? — dejó caer la incógnita pregunta.

— Disculpe, no le entiendo. ¿Qué tiene eso que ver?— Marc creyó no haber entendido bien y volvió a decir —. Me he perdido un poco. Si fuera un poco más claro.

—Su intención es ir al pueblo, porque quiere recoger información detallada sobre los hechos que sucedieron en el lugar. Le voy a decir algo, será mejor que no se haga muchas ilusiones. Esa gente no quiere hablar del tema. Lo único que encontrará allí es silencio. ¡Y no me extraña!

— ¿Qué es lo que ocurrió en ese pueblo? — Marc empezó a inquietarse.

El taxista se quedó asombrado al pensar en qué quizás el turista no mentía y en realidad no sabía nada y dijo:

— No seré yo quien se lo cuente. Solo de pensarlo, se me ponen los pelos como escarpías. Será mejor que cierre un poco los ojos, su cuerpo se lo agradecerá. Todavía queda un largo camino por recorrer y sería bueno para usted llegar allí descansado, así, tendrá más tiempo para disfrutar.

— Sí, creo que es una buena idea, le haré caso. De todas formas, cuando haya recorrido un buen tramo me gustaría parar a comer, empiezo a estar hambriento. Y estoy seguro de que usted conoce algún lugar donde se comerá muy bien.

— No lo dude, lo haré. Dentro de una hora, más o menos, le avisaré y

pararemos a degustar una buena comida, típica del lugar. Ya verá qué bien come.

Tras las palabras, Marc encendió su libro electrónico y se dispuso a leer un rato, mientras el taxi se deslizaba por una autovía de la Comunidad de Madrid.

Capítulo 37

Ya había leído unas treinta páginas, cuando decidió cerrar un poco los ojos para descansar un rato. El conductor, quien lo había visto por el espejo retrovisor, lo entendió y no dijo ni una sola palabra en todo el tiempo, por no molestar a su cliente.

Mientras, Marc pensaba en lo que había dicho el taxista sobre un posible

acontecimiento ocurrido en el lugar donde se disponía a pasar unos días. Por un momento, se le ocurrió pedirle que le contara los detalles, pero lo desechó. Si de verdad había pasado algo, ya se enteraría en La Encina. Por el contrario, se acordó de la primera vez que vio a Laura. En aquella época estaba sufriendo el síndrome de la hoja en blanco y fue a un hotel, en la costa de Dover, donde ella trabajaba allí de recepcionista. El negocio era propiedad de su padre y ambos trabajaban duro para tratar de sacarlo adelante. En cuanto Marc conoció a Laura se dio cuenta de que no deseaba otra cosa que permanecer a su lado. Fue su agente literario Robert quien durante una cena le recomendó el hotel y por esa razón se puede afirmar que gracias a él, conocía a Laura. A partir de entonces se dijo que nunca pondría en duda ninguna recomendación de viajar hecha por su agente y al recordar lo que le había comentado el taxista, se dio cuenta de que alguna sorpresa le estaría esperando en la Encina. Robert sabía algo de aquel lugar que Marc ignoraba por completo.

Mientras tanto, el vehículo continuaba su marcha y por el centro de la calzada se abría la gran meseta, donde los extensos horizontes dejaban adivinar la cercanía de la Mancha. Mientras observaba el paisaje se dijo que era como lo había imaginado.

A no mucha distancia del coche, un milano negro, planeaba sobre los campos. Los cuervos permanecían quietos sobre los postes telefónicos esperando para dejarse caer sobre los animales atropellados.

Al cabo de un rato, Marc abrió los ojos y consultó su reloj. Solo había transcurrido un cuarto de hora y sintió cómo le hacían ruido las tripas. El taxista, quien parecía haberle leído la mente, propuso:

—Si quiere, podemos parar a comer en este pueblo. Conozco un sitio muy bueno.

—Estupendo, ya empezaba a tener hambre.

El taxi se detuvo junto a la entrada de un mesón y ambos entraron. Tras sentarse en una mesa, el conductor dijo al camarero:

—Hola, buenas tardes, traiga la carta del menú. Por favor.

El joven asintió y al instante, volvió a aparecer con dos panfletos y un plato pequeño de olivas, que dejó sobre la mesa. Al momento, Marc observaba cómo el taxista devoraba su comida y de vez en cuando, daba un trago a su cerveza sin alcohol.

Al cabo de un rato, Marc pagó la cuenta entera, ante la poca insistencia de negativa del conductor y volvieron a rodar por la carretera.

El escritor, al darse cuenta de que internar volverse a dormir iba a ser una gran pérdida de tiempo, volvió a encender su libro electrónico y de nuevo, se enfrascó en la lectura. El conductor se dio cuenta y pensó en dejarlo tranquilo.

Capítulo 38

A los pocos minutos, la voz del conductor lo desconcentró:

—Ya hemos llegado. Es aquí, mire qué impresionante es todo esto. ¿Ve ese árbol enorme? Es una encina y es la que le da el nombre al pueblo, lo que ocurre es que ya hubieron varias, pero se murieron. Hay donde la ve, esta tiene más de doscientos años. Existe bastante documentación que lo demuestra.

Marc, que estaba asombrado del conocimiento que el hombre mostraba del pueblo, preguntó:

— ¿Y cómo sabe todo eso usted?

— Porque me gusta mucho enterarme de esa clase de curiosidades sobre los pueblos; su historia, gastronomía...

— Pues que sepa todas esas cosas sobre las poblaciones, le hace mucho más profesional, porque a los turistas les gusta que les cuenten ese tipo de curiosidades.

— Yo me informo porque me interesa, y si así cubro la curiosidad de los visitantes, pues mejor que mejor. Bueno, será mejor que me vaya. Ha sido un placer conocerle.

—Perfecto, muchas gracias por el servicio. Ha sido muy amable y un auténtico profesional. No tengo ninguna queja de usted, al contrario — aseguró el turista, asombrándose de cómo se estaba expresando en español.

Marc pagó al taxista, bajó del coche y se quedó por un momento quieto observando, atónito, la entrada del hotel donde iba a estar hospedado durante una semana.

La puerta era de madera maciza que poco podía envidiar a la de un importante castillo medieval. Los muros que rodeaban la finca, parecían simular a los de una antigua e inexpugnable fortificación. Agradeció ver la coníferas que abundaban en la zona e incluso se impactó al descubrir alguna enorme encina que sobresalía entre los pinos jóvenes. La resina de los árboles producían un agradable aroma que se extendía por el lugar, impregnándolo todo. Las grandes expectativas que se hizo sobre el paisaje, se iban cumpliendo por momentos. El entorno presagiaba poseer un alto valor ecológico.

Marc se dio cuenta de que las primeras sensaciones eran buenas, muy buenas. A pesar de lo poco que había visto y para su satisfacción ya podía asegurar que aquello le gustaba.

Levantó las maletas del suelo, dirigió otra mirada hacia los alrededores, y decidió entrar.

En la recepción encontró a un hombre que de inmediato solicitó su identidad para confirmar la reserva.

Capítulo 39

Mientras tanto, Juanito y Jaime se dirigieron hacia la afueras del pueblo, montados en sus bicicletas.

El calor apretaba con la intensidad típica del estío. El peculiar sonido de los abejarucos anunciaba su vuelta del continente africano y con sus vuelos amenizaban el cielo manchego.

Atravesaron por un pequeño puente que cruzaba un arroyo y se detuvieron en un margen, para asomarse y mirar por si podían ver peces. El sol se reflejaba en el agua, pero no impedía que se pudieran observar truchas. Jaime pensó en las truchas que a su padre le gustaba asar algunas noches y se relamió los labios. Era con diferencia el pescado que más le gustaba y Zacarías lo sabía muy bien por ese motivo algunas veces preparaba las brasas y los dejaba cerca de ellas para que se asaran.

—Podíamos ir a la ermita. Hace mucho tiempo que no vamos. Cerca hay conejeras y podríamos ver si vemos algún conejo u otro animal. Lo normal es que estén escondidos, pero algunas veces salen por el día.

— Tienes razón, Juanito. ¡Muy buena idea, eres el mejor, un auténtico genio! ¡Un crack!

Los dos muchachos se dirigieron sobre sus bicicletas a la ermita.

Al llegar al sitio elegido, Juanito se acercó para ver qué había dentro. Por unas rejas se adivinaba una imagen con flores. Se encontraba el muchacho en la entrada cuando fue sorprendido por un extraño sonido que procedía del interior del lugar sagrado y exaltado se apresuró a comunicárselo a su compañero:

— Acércate, Jaime, no te lo vas a creer: me ha parecido escuchar algo ahí dentro — el niño no salía de su asombro.

Al llegar y asomarse, el joven no podía creérselo, su amigo tenía razón y de repente, se puso a temblar al oír los espeluznantes sonidos.

De pronto, cuando menos se lo esperaban, se oyó como si alguien estuviera cantando, lo que todavía los atemorizó más.

— Debe de ser un espíritu. Una explicación más coherente no le encuentro — dijo Juanito.

—Por fin, estamos siendo testigos de un auténtico fenómeno paranormal. Creía que nunca iba a llegar este momento — logró articular Jaime y tras dar un fuerte grito, guardó al hurón en la mochila, se montaron en sus bicis, y comenzaron a correr, tomando el sendero que les llevaba de regreso al pueblo.

Un hombre de unos setenta años, que llevaba una gorra de béisbol y que se encontraba recogiendo ramas secas para utilizarlas como leña, los vio pasar descendiendo con sus bicis a toda velocidad, como si hubieran visto al mismísimo lucifer. El hombre continuó metiendo los leños en el maletero del coche.

Ya habían llegado al principio de la cuesta y Jaime hizo un gesto a Juanito para que detuviera la bicicleta y le dijo:

— Vamos al hotel a contárselo a mi padre y si no está, entonces se lo decimos al tuyo. ¿Te parece bien?

— Claro que sí, además, mi padre seguro que está en la recepción.

Capítulo 40

Marc recogió su documentación de encima del mostrador y tras meterla en la cartera, esperó las instrucciones del recepcionista.

— Aquí tiene sus llaves. En un momento un operario le acompañará a la habitación, pero antes me gustaría comentarle unas cosas sobre el hotel...

José María no pudo terminar la frase porque en ese instante apareció su hijo seguido de Jaime. Los dos estaban sudorosos y parecían muy alterados.

— Papá.

— En estos momentos no, hijo. ¿No ves que estoy atendiendo a un cliente?

— Necesito hablar contigo.

— Estoy ocupado.

— Quiero decirte algo muy importante que no puede esperar... Cuando te lo cuente te darás cuenta de la importancia del asunto y no te arrepentirás de haberlo escuchado.

Al ver que su vástago estaba muy nervioso y que no tenía la intención de dejar de insistir, José María le indicó que le dijera cuál era el motivo por el que mostraba tanta urgencia.

— Hemos ido a la ermita y no te lo vas a creer, hemos oído a un fantasma cantar dentro. En mi vida me había pasado algo igual.

— Juanito, eso no puede ser — el recepcionista hizo una negativa con la cabeza y dijo dirigiéndose hacia Marc —. Cosas de chiquillos. Hay que ver que imaginación tienen. Y si además se pasan el día leyendo y viendo vídeos por Internet de fenómenos paranormales que te vas a esperar. Al final, van a acabar locos de remate.

Marc permanecía callado, impresionado con la discusión que mantenían padre e hijo. Lo que más le llamó la atención fue oír una frase a la que no le encontraba lógica ninguna. Sacó su pequeño cuaderno de campo y la apuntó, “loco de remate”. Cuando tuviera un rato lo consultaría.

— Pero es cierto, yo también lo escuché. No decimos ninguna mentira. ¿Qué sacamos diciendo una mentira? — preguntó Jaime, quien se encontraba muy indignado.

— Vale, dejad ya el tema e id a jugar un rato por ahí. Mirad el día tan bueno que hace y vosotros aquí dentro, mareando y diciendo tonterías. Id a dar una vuelta con el hurón.

Al oír lo que comentaban del animal, Marc se fijó en la especie de mochila que llevaba uno de los chicos y vio como la pequeña cabeza de un curioso y simpático mustélido asomaba, sin dejar de olisquear el aire.

— Bueno, señor Marc, será mejor que Luis le suba la maleta, así aprovecha para hacer lo que tenga que hacer. Tome estos mapas y estos almanaques que contienen información de la zona por si quiere hacer alguna ruta andando o ir a ver algún sitio histórico.

— Perfecto, se lo agradezco mucho, luego tranquilamente los miraré — dijo el escritor.

— De todas formas, si tiene alguna duda ya sabe donde encontrarme. Si me busca para algo suelo estar aquí, pero por si no estuviera puede preguntar por mí en la cafetería. Cuando voy a alguna parte siempre lo comunico allí.

José María llamó a un joven que se encontraba hablando con una chica y le dijo:

— Luis, haz el favor de subir, ahora cuando puedas, las maletas a nuestro cliente. Y que no le falte de nada.

— Por supuesto, eso está hecho —dijo el joven.

José María estaba encantado con su nuevo puesto de trabajo y agradecía la confianza que tanto Zacarías como su esposa habían depositado en él y en su esposa. Marta había empezado a trabajar bajo las órdenes de Ana y la empresaria estaba encantada con su nueva trabajadora. Y es que Marta había demostrado un interés y una motivación que llamó la atención tanto de la empresaria como de una mujer que se llamaba Aurora y que llevaba en la empresa más de veinte años. Cuando apenas llevaba Marta un par de días trabajando, Ana le pidió a Aurora que enseñara a la nueva trabajadora y al cabo de unos días después, la veterana habló con la empresaria y le comunicó su satisfacción. Ana recibió con alegría las palabras de su empleada de confianza y se lo comunicó a su marido quien también lo celebró.

A su vez, José María, desde un primer momento, había estado atento a todas las explicaciones que le habían dado y por su cuenta se documentó para tener una exhaustiva información de la zona, por si algún curioso turista necesitaba algún tipo de información. José María también había empezado a estudiar inglés pues era algo que en un futuro próximo le haría falta, pues el hotel también había sido proyectado para ser conocido fuera de la península y ser el destino de muchos viajeros europeos que buscaban otro tipo de turismo.

El joven Luís obedeció, cogió el equipaje y subió por el ascensor acompañado de Marc. Al poco tiempo, salieron y tras abrir la puerta le entregó la llave y dijo:

—Aquí tiene, esta es la llave de la habitación. Si necesita algo nos lo dice, por favor. La puerta de acceso al hall del hotel siempre está abierta. Se lo

comento porque si quiere ir a algún sitio de visita y se le hace de noche, siempre hay alguien en recepción o José María o yo. No se preocupe que en la calle no se va a quedar, ni mucho menos — sonrió.

—Muy amable de su parte— dijo Marc, mientras daba una propina al chico, este se asombró de la cortesía del británico y se mostró muy agradecido con él.

En el período de tiempo que sucedía esto, en la entrada del hotel, José María mantenía una conversación con su hijo y Jaime:

— Te lo he dicho muchas veces, cuando esté hablando con un cliente, no me interrumpas. Y menos para chorradas de ese tipo.

— Escuchamos a alguien dentro de la ermita. Lo oímos los dos, es totalmente cierto lo que decimos. Y además, mucha gente del pueblo también lo dice o sea que no somos los únicos.

—Yo también lo oí, se lo juro. Es verdad lo que dice Juanito. Fue algo muy raro de explicar.

—¿Cómo va a oírse una voz dentro de la ermita? No tiene ningún sentido, ¿no os dais cuenta o qué? ¿Estáis chalados o qué os pasa? Me da la impresión de que habéis perdido el norte. Será mejor que no digáis esas cosas por ahí, porque os tomarán por unos chiflados y se reirán de vosotros en vuestras propias narices. Solo os digo eso para que nunca podáis decir que no os he advertido. El que avisa no es traidor.

— Vale, papá, déjate de rollos ya. No será para tanto — bromeó Juanito, mientras su padre no pudo evitar componer una sonrisa e hizo como si lo fuera a perseguir. Los muchachos salieron del hotel riéndose.

José María continuó estudiando hasta que vio entrar en el hall a su esposa quien al verle la cara se dio cuenta de que estaba alegre. Marta entró en la recepción y le dijo:

— No te lo vas a creer, estaba revisando unos pedidos especiales para unos clientes polacos y ha llegado una compañera, diciéndome que la jefa quería hablar conmigo. He ido a su despacho y me ha dicho que estaba muy contenta conmigo y que no se arrepentía ni lo más mínimo de haberme contratado. Imagínate cómo me siento.

— Eso es fabuloso, cariño. Estoy muy orgulloso de ti.

José María sentía una extraña sensación porque, si bien se alegraba y mucho de la noticia que le acababa de comunicar Marta, no entendía porqué Zacarías a él no le había dicho nada. Incluso pensó en que tal vez lo mejor era adelantarse y ser él mismo el que le preguntara si estaba contento con su forma

de llevar la recepción.

—Bueno, José María, será mejor que vuelva a mi puesto. Ya hablaremos luego.

Y tras darle un beso, Marta desapareció por donde había llegado. José María se armó de valor y descolgó el teléfono, para hacer una llamada interior a la bodega. Marcó y al poco tiempo, sonó una voz:

—Bodega la Encina, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, Carmen, soy José María. ¿Está Zacarías hoy en su despacho?

—Hola, José María. Sí, hoy está por aquí. ¿Necesitas algo?

—Pues la verdad es que sí. Me interesaría hablar con él un momento. He pensado en llamar a Luís y que me cubra unos minutos hasta que hable con él.

—De todas formas, espera un momento y ahora le llamo. Por si acaso tiene algún compromiso.

—Sí, claro. Por supuesto.

—Vale, ahora te llamo.

La administrativa colgó y al momento lo volvió a llamar:

—Soy yo otra vez. Acabo de hablar con Zacarías y me ha dicho que en estos momentos le es imposible atenderte.

—Muchas gracias de todas formas. Ya lo intentaré otro día.

La compañera se despidió y tras colgar, por un momento se quedó meditando, hasta que vio aparecer a un grupo de cuatro jóvenes o sea, dos parejas. Los recién llegados dejaron las maletas en el suelo y José María se dispuso a confirmar la reserva.

Capítulo 41

Mientras tanto, en su habitación asignada, Marc se apresuró a vaciar las maletas y a colocar en orden la ropa en el armario, doblando los pantalones y colgando las camisetas en las perchas. Tenía ganas de terminar y bajar a dar una vuelta para conocer los alrededores.

De pronto, un ruido lo distrajo por un momento. Al identificar de dónde

procedía el sonido, no pudo hacer otra cosa que asombrarse, mientras se acercaba a la ventana con sigilo. Un cuervo de brillante plumaje golpeaba, con aire ausente e insistente, el cristal. Se acercó y el animal ni se inmutó. Parecía indiferente a lo que sucedía al otro lado.

Marc intentó abrir la ventana, pero no pudo porque esta se encontraba falcada y daba la impresión de que no había sido abierta desde hacía mucho tiempo.

El córvido permanecía sobre el poyete y continuaba con su insistente golpeteo. El hombre no pudo aguantar más y decidió bajar a hablar con el recepcionista. Abrió la puerta y se dirigió hacia el ascensor. En el último segundo se decidió y volvió a la habitación. Al entrar se dio cuenta de que el cuervo había desaparecido. Prefirió no darle la más mínima importancia al asunto y decidió llamar a su novia Laura.

Descolgó el teléfono del hotel, pues el suyo se lo dejó en Londres a conciencia y enseguida se encontró hablando con su chica. Fue alrededor de un cuarto de hora el tiempo que duró la conversación y Marc le explicó todo lo ocurrido desde su llegada al aeropuerto y no omitió al simpático taxista. Laura escuchaba a su prometido y no dejaba de sentirse contenta de saber que su novio estaba teniendo muy buenas sensaciones.

Tras despedirse de Laura y colgar, pensó en su madre y la llamó también. La conversación fue fluida, hasta que a los pocos minutos su madre recordó a su esposo fallecido y se derrumbó. Marc también lo hizo. Hacía poco más de un año que su padre les había dejado y sabía muy bien que superarlo le iba a ser complicado, muy complicado. Pero estaba tratando de asimilarlo y muy a su pesar, vivir sin él.

Cierto era que la literatura y la propia Laura quién también había pasado por lo mismo eran para él un bálsamo que de alguna forma le ayudaban a sobrellevar la terrible situación y es que no hay nadie que te pueda comprender mejor que una persona que haya pasado por la misma experiencia. De todas formas, tanto Laura como Marc, la vida les había enseñado que la muerte no es más que un simple trámite.

Despidió con cariño a su madre, prometiéndole que cuando volviera a Londres iría de inmediato a verla y reanudó su actividad. Esos días le esperaban muchas emociones y él, de alguna forma, lo podía intuir.

Por un momento, se quedó pensativo y le dieron muchas ganas de escribir. Se dirigió al armario sacó el ordenador portátil, abrió el Word y comenzó a trabajar. Con determinación aporreó el teclado, mientras daba paso en su

mente a las ideas que su imaginación le iba brindando. Para un escritor nato como lo era Marc a la hora de escribir nunca había descanso y más cuando la inspiración se convertía en el mejor de los aliados.

Capítulo 42

En la sala de producción de la bodega los trabajadores se encontraban enfrascados en su tarea, esperando a que la sirena anunciara la hora del almuerzo. Ninguno miraba el reloj colgado en una de las paredes porque el simple hecho de hacerlo, hacía que el tiempo pareciera transcurrir más lento.

Por fin sonó y el estridente y largo sonido hizo que los empleados abandonaran de forma progresiva sus puestos y se dirigieran a almorzar.

Los trabajadores salieron fuera y tras coger unas bateas que utilizan para transportar la uva se sentaron en ellas, en la entrada donde se percibía una agradable brisa y llegaban los rayos de sol.

Uno de ellos, un hombre de unos cuarenta y pico años con el pelo rapado y muy corpulento llamado David, dijo:

— No podemos seguir así, no os dais cuenta. Necesitamos estar metidos en un sindicato o harán con nosotros lo que quieran. Sin alguien que nos proteja, estamos vendidos. Y además, estamos en nuestro derecho.

— Aquí nunca nos ha hecho falta nada de eso, siempre que he tenido algún problema he ido a las oficinas y me lo han solucionado o por lo menos me han dado alguna explicación — admitió uno que se hacía llamar Alberto y era bajo de estatura, pero muy corpulento.

— A ti, lo que te ocurre es que solo piensas en tu beneficio. Te da igual lo que les pueda pasar a los demás compañeros. Eres un egoísta — dijo el tal David, mientras abría una lata de cerveza.

— Me gustaría saber cuál es el motivo por el que estás tan interesado en que haya un comité de empresa. A lo mejor será porque quieres salir como delegado sindical y así, de paso, te aseguras el puesto de trabajo, porque no te pueden tirar.

David se levantó y, con el bocadillo en la mano, dijo a Alberto:

— Eso es lo que tú piensas porque serías capaz de hacerlo. Yo si me presento será para ayudar a los compañeros y eso lo tengo muy claro.

— Eso habría que verlo...

En ese momento y alarmado por la discusión apareció, Juan, el encargado de la sala.

— ¿Qué es lo que está pasando?

— No, no es nada. Es que estábamos hablando de fútbol — improvisó David.

— Bueno, terminad de almorzar que va a venir el camión para descargarlo y hoy se espera que venga lleno. Así que será mejor que guardéis las energías para luego, pues os harán mucha falta. Dentro de un rato os diré quienes van a ir al muelle.

Capítulo 43

José María se encontraba en la recepción atendiendo el teléfono, vio aparecer al cliente británico y al darse cuenta de que le quería comunicar algo, le hizo un gesto para que esperara un momento. El recepcionista, tras colgar el teléfono, se dirigió a Marc:

—¿Qué ocurre, todo bien? ¿Tiene alguna incidencia?

— Tengo un pequeño problema, no puedo abrir la ventana de mi habitación.

Lo he intentado, pero me es imposible abrirla.

— No se preocupe, ahora mismo mandaré a Luis para que la arregle. No tardará nada en hacerlo, es un chico muy eficiente. De todas formas, todas las habitaciones tienen aire acondicionado, no pasará calor.

— Preferiría poder abrir la ventana. Aunque hace mucha calor, me gusta más notar el frescor de la mañana.

— Como lo desee. No hay ningún inconveniente, para gustos colores. Dé un paseo o tómese algo en la cafetería para no aburrirse mientras el chico arregla la ventana. No le doy otra habitación porque sinceramente esa es la mejor que tenemos. Y sería una lástima que la perdiera por una simple incidencia.

— Lo entiendo, muchas gracias. No se preocupe que podré esperar.

En ese instante, Marc se percató de que de nuevo entraban los chavales que vio cuando se encontraba, en el momento del ingreso en el hotel, entregando la documentación al recepcionista.

— Sacad al bicho ese de aquí, de inmediato. No se os ocurre nada bueno. Si lo ve Zacarías no le va a hacer mucha gracia — sentenció José María.

Al ver que los muchachos salían los siguió, picado por la curiosidad y quiso saber:

— Hola, amigos. ¿Qué es eso que lleváis en la mochila, me lo podéis enseñar?

Jaime se lo quedó mirando y contestó con una pregunta:

— ¿De dónde es usted? No es español, ¿verdad?

— Soy británico. Pero, por favor, contéstame a la pregunta que te acabo de hacer, si no te importa, claro.

— Es un hurón. Se utiliza para cazar conejos, aunque yo no lo voy a utilizar para eso, porque está prohibido. Es mi mascota, como si fuera un amigo — afirmó mientras lo sacaba de la mochila —. Me lo ha regalado mi padre hace poco.

— Su padre es el dueño del hotel y de la bodega. Es un hombre muy conocido en casi todo el mundo por sus vinos. De hecho, le compran de los lugares más remotos que uno puede imaginarse. Incluso está ultimando unos productos que viajarán a China.

— Entiendo, con solo ver la finca me puedo hacer una idea del imperio que ha logrado hacer — dijo con una sonrisa el autor.

— Si quiere un día puede venir con nosotros y ve cómo cazamos mi padre y yo — dijo Jaime.

— Sería muy interesante — dijo Marc a pesar de que no le interesaba la caza

lo más mínimo, pero no quería quedar mal con el niño.

A Juanito no le hizo ninguna gracia las palabras de su amigo a aquel hombre, porque a fin de cuentas no era otra cosa que un extraño y se estaba tomando demasiadas confianzas con él.

En ese momento salió José María y cortó la conversación:

— Niños no molestéis al señor e id a jugar un rato por ahí.

— No me molestan, de verdad. Son muy agradecidos.

Para cuando terminó de decir la frase, los niños ya habían desaparecido, entre un gran alboroto.

— Divina juventud — exclamó José María y preguntó —. ¿Le gusta este lugar?

— Bueno, la verdad es que no me ha dado tiempo de ver mucho todavía, sin embargo estoy seguro de que me agradará. De hecho lo poco que he visto me ha gustado — tras las palabras pensó en lo que habían dicho los muchachos, sobre los presuntos hechos acontecidos en la ermita.

— Por cierto, ya tiene arreglada la ventana. Luís la ha logrado reparar, hace un momento.

— ¿Ya?

— Sí, ya le dije que es un chico muy eficiente.

— Muchas gracias por la atención — Marc no pudo dejar de asombrarse por la rapidez en que el joven había reparado la ventana.

— Yo me voy para adentro a ver si va a llamar alguien para hacer una reserva y por no estar en mi puesto de trabajo, perdemos a un posible cliente — informó José María y acto seguido se dio la vuelta y desapareció por la entrada del hotel.

Marc se encendió un cigarrillo mientras observaba como un cuervo se posaba sobre la rama de un árbol que estaba próximo a donde se encontraba él. El animal movía con insistencia la cabeza y, de vez en cuando, el autor habría jurado que incluso le miraba, descaradamente.

Por un momento, se le pasó por la cabeza que quizás se tratase del mismo pájaro que vio en la repisa de la ventana del hotel, pero desechó la idea porque pensó que los cuervos debían abundar por aquellas latitudes, como lo hacían en su tierra natal.

De pronto, el córvido comenzó a graznar y alzó el vuelo. La rama donde se encontraba comenzó a moverse, por el impulso del pájaro.

Marc lo siguió con la vista hasta que desapareció entre la espesura de un grupo de pinos. Al buscar con la mirada al animal, descubrió a una pareja de

ardillas rojas que jugaban subiendo y bajando por el tronco de un árbol, sin dejar de perseguirse, describiendo imposibles movimientos. Un melodioso pájaro cantó en su nido, oculto en algún lugar entre la foresta.

Terminado el cigarrillo, el autor se acordó de lo que habían dicho los muchachos sobre una ermita y picado por la curiosidad, decidió visitarla. Antes fue a preguntar al recepcionista dónde se encontraba el sendero por el cual se accedía al lugar.

Capítulo 44

José María se encontraba estudiando en su puesto de trabajo. Cuando apareció Marc, levantó la vista y le preguntó:

— ¿Desea alguna cosa?

— Si fuera tan amable de indicarme dónde se encuentra el sendero que llega hasta la ermita, se lo agradecería. Me gustaría visitar ese lugar, tengo muchas

ganas de conocerlo.

— Por supuesto, no hay ningún inconveniente. Ahora mismo se lo digo, es muy fácil de encontrar. Será mejor que salgamos y así se lo podré explicar mejor.

El autor siguió a José María hasta la entrada y este le indicó:

— Es muy sencillo, tiene que andar un poco, por donde accedió con su coche al hotel y verá un carril de bicicletas que va paralelo a la carretera y a continuación a unos cuatrocientos metros, más o menos, verá un camino que sale por la izquierda y que se va convirtiendo en una pronunciada cuesta. Ese es el sendero que debe de coger, tómelo y continúe ascendiendo sin abandonarlo hasta que vea la ermita. No tiene pérdida, se lo aseguro.

— Muy bien, seguiré sus indicaciones. Muchas gracias.

— Es un lugar muy agradable. Seguro que le gustará. Llévese agua, le hará falta. Hágame caso, hoy va hacer mucho calor y le irá muy bien hidratarse. Tenga cuidado, no vaya a sufrir un golpe de calor. Y además, cuando esté arriba se dará cuenta de que hay varios itinerarios muy interesantes para practicar senderismo. Pero recuerde llevar agua y disculpe que sea tan insistente.

— Ah entiendo, me llevaré una botella pequeña. Muy buena recomendación.

— Por cierto, allí tiene una máquina expendedora de bebidas frescas.

— Perfecto, voy a sacar una botella de agua y me voy a dar un paseo. La verdad es que me apetece bastante caminar por el bosque.

— Estupendo, luego le veré y me cuenta cómo le ha ido.

— Por supuesto que lo haré — dijo, dirigiéndose hacia la máquina.

Marc metió monedas y al momento un fuerte ruido le indicó que su bebida había caído. Mientras se encontraba en tal acción, vio salir de la cafetería, que estaba justo enfrente de donde se encontraban las máquinas expendedoras, a un pequeño grupo de jóvenes. Estos le miraron, pero él pensó que no podía haber sido reconocido por la sencilla razón de que no creía lógico que pudieran ubicarlo allí. Las dos parejas se dirigieron, después de saludarlo, hacia la recepción.

El escritor metió en su mochila la botella de agua mineral y salió del hotel. El agradable olor de la naturaleza le hizo sentir bien. El sonido producido por las chicharras era ensordecedor, aunque de alguna forma le reconfortaba.

Marc llegó al principio del camino y siguió andando. De pronto, un fuerte grito le llamó la atención. Alzó la vista y allí estaba; el cuervo posado sobre la rama de un árbol.

Se acercó a él y el ave ni siquiera se inmutó, pero le dio la impresión de que le dirigía alguna discreta mirada. Decidió ignorarlo y continuó caminando por el arcén de la carretera. Tomó el sendero y comenzó a ascender la cuesta y no tardó en agradecer la recomendación del recepcionista de comprar agua. Se detuvo un momento, extrajo la bebida, dio un pronunciado trago y continuó la marcha. Desde su atalaya, el córvido seguía con su mirada todos sus movimientos.

Marc llegó al final de la gran pendiente y descubrió una pequeña edificación blanca, con una reja en la especie de entrada. Se asomó a ella y vio la iconografía de algún santo. Acercó el oído, se quedó unos minutos escuchando, pero no percibió ningún extraño sonido. "Cosas de chiquillos" las palabras del recepcionista resonaron en su mente.

En esos pensamientos se encontraba cuando en medio del camino vio a los muchachos que había visto en la entrada del hotel, ascendiendo andando y empujando sus bicicletas, por la pronunciada cuesta.

Se acercó a ellos y les preguntó:

— ¿Todavía lleváis el hurón?

— Sí, claro. Desde que lo tengo, siempre viene con nosotros, menos cuando vamos al colegio, por supuesto — contestó Jaime.

— Déjalo un poco en el suelo, para que lo vea el señor. Y se paso, vemos si va hacia las conejeras.

Jaime hizo caso a su amigo y al instante el mustélido iba de un lado para otro, sin alejarse mucho, levantando su hocico y oliendo la brisa.

Jaime dirigiéndose a Marc, dijo:

— Está buscando porque debe de tener hambre. Le suelo dar de comer por las noches, un poco antes de cenar nosotros. Se ve que es un animal nocturno, porque por las noches no para quieto, tiene mucha actividad. Al principio, cuando me acostaba lo dejaba dentro de una caja, pero no dejaba de moverse y hacía tanto ruido que no me dejaba descansar. A partir de entonces, lo dejo suelto por la habitación y algunas mañanas cuando me despierto lo tengo a mi lado, encima de la cama. Como si fuera un perro o un gato. ¡Es impresionante!

— Son unos animales muy astutos — admitió Marc.

El escritor decidió cambiar de conversación y quiso saber:

— ¿Habéis escuchado algo extraño dentro de la ermita o en cualquier otra parte?

— Sí, como unos murmullos. Pero no es lo único extraño que ocurre en el pueblo. También pasan otras cosas muy raras y mucha gente lo asegura o sea

que algo de cierto será. No somos nosotros los únicos que lo decimos, así que no debemos de estar tan locos — aseguró Juanito.

Marc se agachó y acarició al animal y lleno de inquietud volvió a preguntar:

— ¿Y qué más ha ocurrido? ¿Os acordáis de algo que os hayan contado o habéis visto algo que os haya llamado la atención? — preguntó, recordando las misteriosas palabras del taxista.

— Hay una casa abandonada y muchos aseguran que está habitada por un fantasma e incluso algunos afirman que han visto a una mujer que lleva en las manos algo a la casa embrujada. Muchos vecinos dicen, como nosotros, haber escuchado extraños sonidos aquí en la ermita e incluso en la casa abandonada. Solo de pensarlo se me pone la piel de gallina.

— No me extraña, no es para menos. Aunque la verdad es que me parece muy interesante — admitió Marc.

— Un día vamos a intentar grabar psicofonías con nuestro teléfono móvil, dentro de la ermita. Estoy seguro que es un lugar lleno de energía y podremos conseguir algún audio — informó esta vez Jaime.

Juanito, al oír lo que acababa de decir su compañero no daba crédito y un poco enfadado por la ocurrencia, dijo:

— ¿Para qué dices nada de eso? Si se enteran nuestros padres de que tenemos la idea de hacer eso, estamos perdidos. Nos castigarán y no nos dejarán salir y eso es justo lo que menos me interesa ahora. Y me imagino que a ti tampoco te hará mucha gracia el día que te castiguen y no te dejen salir de casa. Será un auténtico fastidio. Menuda lata, todo el santo día sin pisar la calle. Uf, solo de pensarlo...

— ¿Y se puede saber dónde habéis oído hablar de psicofonías? Esos asuntos no son de niños de vuestra edad — quiso saber Marc.

— Aquí en España hacen un programa de misterio que muchas veces tratan sobre esos temas de misterio — contestó Juanito.

— Entiendo, en mi país también hacen alguno. ¿Y a vosotros os gusta todo lo relacionado con el mundo paranormal?

— Nos apasiona — contestaron al unísono.

— Yo soy escritor de novelas de misterio. Y muchas veces, intervengo en un programa de televisión, en mi país, donde hablan de todo tipo de experiencias paranormales. Estoy seguro de que el espacio televisivo será muy parecido al vuestro.

— Nos encanta la ufología, los enigmas... — dijo Juanito.

Al oír a los dos muchachos, Marc no podía dejar de asombrarse del

vocabulario que ambos tenían. A pesar de ser de otro país, no le impedía darse cuenta de que los dos chicos tenían demasiada cultura e inquietudes para la edad que tenían y eso en cierta medida le agradó y a la vez, le resultaba gracioso. No era muy común encontrarse con muchachos con esa clase de conocimientos.

Tras unas palabras se despidieron y los dos jóvenes amigos se dirigieron hacia el pueblo. Marc se quedó un momento en silencio, sentado en un banco y contemplando el lugar, donde las coníferas abundaban de tal forma que los rayos del sol lo tendrían difícil para llegar al suelo, como bien testificaba la vegetación que solo sale en los lugares con mucha umbría.

Marc pensó que aquel sitio era ideal para encontrarse con uno mismo.

A su memoria llegaron los recuerdos de sus años de infancia cuando vivía en un pueblo a dos horas en coche de la ciudad de Londres. Tiempos aquellos en que sus únicas preocupaciones eran estudiar, jugar al fútbol con los amigos y por supuesto, la lectura, a la que le dedicaba mucho tiempo. No eran pocas las noches en las que se había quedado leyendo junto al fuego de la chimenea en las gélidas noches de invierno. Y con cada novela que empezaba a leer, sentía una especie de envidia por las grandes historias que eran capaces de contar sus autores favoritos y en ocasiones, deseó algún día convertirse en un gran escritor, como ellos.

Una de esas noches en que sus padres habían ido a pasar el fin de semana fuera, su abuela que vivía con ellos le descubrió sentado en la mesa del comedor y le preguntó:

—¿Qué es lo que estás haciendo, dibujando?

— No, estoy escribiendo un relato.

— ¿Así? ¿Puedo leerlo un poco?

— Claro que puedes, abuela.

La anciana cogió la libreta y comenzó a leer. El muchacho se dio cuenta de que la lectora a medida que avanzaba la lectura, iba componiendo una sonrisa, lo que le hizo sentirse bien. El fuego danzaba, entre crepitaciones, sobre unos leños. Al poco tiempo la mujer dejó de leer y tras dejar el relato sobre la mesa, quiso saber:

— ¿Esto lo has escrito tú? Dime la verdad — la anciana conocía muy bien a su nieto y sabía que no era un niño mentiroso, aunque no pudo evitar tener ciertas dudas tras leer la narración.

— Sí, claro.

— Marc, es sencillamente, fantástico. Escribes muy bien, es impresionante la

forma que tienes de redactar. De transmitir. Y sabes que yo no soy ninguna experta, pero he leído y mucho.

— Abuela, si aún no está acabado...

— Da igual, es tu forma de narrar lo que me ha llamado tanto la atención. ¿Sabes una cosa?

— No, dime.

— Si continúas leyendo y escribiendo, llegarás muy lejos — exclamó la mujer con un alto grado de convicción.

Marc fue siempre muy consciente y nunca se le ocurrió poner en duda, que las palabras que aquella noche le dijo su abuela fueron el motor de arranque de su exitosa carrera literaria. Hubiera querido en lo más profundo de su corazón que su padre no estuviera tan distante de él y le apoyara para convertirse en un aclamado autor.

Un día se encontraba en el patio del colegio jugando en la hora del recreo cuando uno de sus amigos le llamó para que viera una cosa. Los dos fueron corriendo y al llegar, Marc no daba crédito a lo que estaba viendo, lo leyó en voz alta y lo volvió a leer por si acaso no lo había entendido bien.

“es una satisfacción para nosotros informaros que se convoca a todos los alumnos que estén interesados, al primer certamen del concurso literario de la escuela. Pronto podremos más información detallada”

—¿Te has dado cuenta, Marc? ¡Es tu oportunidad de demostrar lo que vales!

— aseguró el compañero que le había mostrado el cartel.

— Estoy seguro de que ganarás. Eres muy bueno, no tendrás rival — coincidió otro.

Marc no podía dejar de mirar el texto y pensó en la buena sensación que debía de ser ganar el premio. Aquella misma noche después de cenar se encerró en su habitación y comenzó a escribir las primeras líneas de su proyecto.

A los dos días, se encontraba en clase cuando al terminar esta, la profesora indicó a sus alumnos que quería decirles algo. La maestra informó:

— Antes de irnos, me gustaría decirles que ya han salido las bases del concurso literario — la docente se alegró de ver la alegría de sus alumnos y continuó —. Os voy a dar unos papeles donde salen todos los requisitos para participar. Al final de la narración, podéis leer en qué consiste el premio.

Esa misma tarde de otoño, Marc llegó a casa y le enseñó el papel a su abuela. La anciana miró a su nieto y le dijo:

— Estoy segura de que si quieres, ganarás el premio. Solo tienes que

esforzarte un poco y serás el triunfador. No tengo ninguna duda de que si te lo propones lo conseguirás.

El joven Marc dio un sonoro beso en la mejilla derecha de su abuela y acto seguido desapareció en su cuarto. Fuera la lluvia caía con fuerza y de vez en cuando era acompañada de algún ruidoso trueno.

El pronunciamiento del ganador del concurso literario tuvo lugar en el gran salón de actos, donde tenían lugar los eventos de los villancicos y demás acontecimientos festivos. El lugar estaba situado en la planta baja del colegio, junto al patio del recreo.

Marc acudió acompañado de sus padres y por supuesto de su abuela quien, como de un primer momento aseguró, por nada del mundo iba a perderse el evento. Y por esa misma razón, ese día se mostraba muy nerviosa.

La encargada de presentar el concurso, era su tutora Natalia. La velada transcurrió muy tranquila hasta que la maestra fue nombrando los premios secundarios de diferentes edades, hasta que llegó al de su categoría. El joven Marc, sentado en su asiento sentía como estaba siendo devorado por los nervios. En la gran estancia, todo el mundo permanecía expectante por conocer al triunfador.

El salón de actos estalló en júbilo cuando el nombre de Marc Miller surgió de los labios de Natalia quien no podía mostrarse más satisfecha.

Lo que vino a continuación fue lo que más agradó a Marc, su padre lo abrazó mientras le decía:

— Estoy muy orgulloso de ti, hijo.

Marc había esperado mucho tiempo para oír aquellas palabras. Ese día su vida dio un giro vertiginoso; acababa de descubrir el éxito en la literatura.

El escritor se levantó del banco y volvió a tomar el sendero de camino al hotel. Esta vez no le iba a costar tanto porque era descenso. De pronto, fue sobresaltado por un fuerte graznido. Se dio la vuelta y vio a un cuervo que permanecía posado sobre una rama, mirándole fijamente...

Capítulo 45

Cuando los dos amigos estaban entrando en la plaza, donde se encontraba el ayuntamiento, se dieron cuenta de que del edificio municipal salía el alcalde acompañado de su hija, una niña con un hermoso pelo color castaño que desde hacía un tiempo llamaba la atención de Jaime.

El alcalde les dirigió una sonrisa, pero la muchacha miró por el rabillo del ojo a Jaime y a continuación desvió la mirada, mostrando una marcada indiferencia hacia ellos. Lo que hizo que Jaime se sintiera mal y se indignara, por el comportamiento de la chica.

—¿Has visto, Jaime? Te ha mirado. Estoy seguro de que le gustas.

—¿De qué hablas? Si me ha ignorado. ¿No has visto como me ha girado la cara cuando le miraba? Le soy indiferente, eso es todo. No sé de qué hablas.

— Yo juraría que te ha mirado. De hecho, pondría la mano en el fuego y estoy seguro de que no me quemaría.

— Pues ten cuidado y no la pongas por si te quemas — aconsejó Jaime, sin dejar de mirar el vehículo.

El coche se puso en marcha y tras la ventanilla, el rostro de la chica está vez sí miró a Jaime, quien no salía de su asombro al percatarse de que la muchacha le había dedicado una mirada. Toda la mala sensación que hacía un rato había experimentado, desapareció por completo dando lugar a una inesperada alegría y a una extraña, pero agradable sensación. Y se preguntó si lo que ahora mismo estaba experimentando e incluso le gustaba era eso de lo que tanto hablaban las personas, el amor. Y pensó que si era así, era la más deliciosa y a la vez, la más dulce experiencia que había sentido en su vida. Nada podía recordar que lo reconfortara tanto como pensar en ella.

Jaime, tras unos segundos de silencio, aseguró:

— Tenemos que entrar, como sea, a la casa esa y descubrir todo lo que ocurre en el lugar, porque desde luego algo pasa allí no me lo puedes negar. Estoy seguro de que si fuera famoso, podría invitarla una tarde al cine y a merendar pero, siendo un don nadie como lo soy ahora mismo, lo tengo bastante complicado, imposible, para qué nos vamos a engañar a estas alturas.

Tras la afirmación, los dos amigos continuaron rumbo a sus casas. Una agradable brisa bajó de la sierra y sorprendió agradablemente a los vecinos que todavía se encontraban por las calles ultimando de hacer sus cosas.

Una pequeña colonia de buitres leonados sobrevolaba el pueblo, planeando sobre las altas corrientes térmicas calentadas por el sol estival, mientras eran seguidos por una bandada de urracas que no dejaban de molestar a las enormes aves carroñeras.

Capítulo 46

Las gotas de sudor caían sobre el tatami. La púgil se movía alrededor de su contrincante con desenvolvente y ágil destreza. Cuando se desplazaba hacia atrás rozaba las cuerdas elásticas del cuadrilátero y luego volvía a su posición anterior.

A Sonia le gustaba mucho el boxeo y desde un primer momento, le comunicó a

Julián su deseo de tener un espacio donde poder poner un saco y practicar su deporte favorito. Julián se había mostrado de acuerdo y de vez en cuando, hasta subía a boxear con Sonia. Esta vez había ido el entrenador personal de la sargento.

De un pequeño equipo de música, situado en un rincón, las estridentes guitarras del grupo Metallica, armonizaba con energía el ambiente.

La sargento lanzaba la izquierda una y otra vez, intentando romper la guardia de su contrincante, para después volverse atrás con la idea de evitar una posible respuesta.

Terminó el tiempo y los dos boxeadores se saludaron, chocando sus guantes, entre un mutuo jadeo.

— Hoy te he visto más rápida, pero pienso que continúas arriesgando demasiado. Mejorarías si te movieras un poco más — aseguró el entrenador personal, quitándose el protector bucal.

— Eso es lo que me dicen siempre, que arriesgo demasiado — aseguró la sargento Montes, mientras se quitaba los guantes de boxeo y los lanzaba a un rincón del rin.

— La semana que viene, te avisaré un par de días antes para preguntarte qué días te viene bien para entrenar.

— Perfecto, Sergio, ya nos veremos la próxima semana — acordó, mientras se limpiaba el sudor de la cara con una toalla y después dijo —. Muchas gracias por venir a entrenarme.

— No tienes el porque darme las gracias.

— Sí, te las tengo que dar. Haces un montón de kilómetros para venir a enseñarme.

— Sé que te gusta mucho el boxeo y siempre hemos sido muy buenos amigos. Te aprecio mucho y lo sabes.

— Eso no hace falta que me lo jures, lo sé. Yo también te aprecio mucho.

Y era muy cierto, Sonia y Sergio se conocían desde pequeños y cuando fueron haciéndose adultos, mucha gente, incluidos sus familiares, se pensaban que eran novios, pero ellos se reían e intentaban explicarles que su relación se basaba, prácticamente, en la amistad y que no había nada romántico en ello. La gente era incapaz de comprender que dos personas de diferente sexo fueran solo amigos. Y a pesar de todo, lo eran.

Tras despedir al monitor, se dirigió a la ducha y al momento el agua templada empezó a caer por su espalda y a reconfortarla. Una de las cosas que más le agradaba de practicar deporte, era el momento en que el agua caía sobre sus

músculos entumecidos por el ejercicio físico y lograba relajarlos.

Se vistió y abandonó las instalaciones que la Benemérita utilizaba para realizar diversas actividades deportivas, muchas de ellas relacionadas con la defensa personal y se dirigió al parking.

Subió en su coche y se dirigió a su hogar. Cuando estaba a punto de llegar, se acordó de que le faltaban algunas cosas que comprar para casa. Miró la hora y tras comprobar que aún tenía tiempo, decidió ir al supermercado. Si lo dejó para más tarde, quizás, luego me dé más pereza ir, pensó.

Aparcó el coche en el parking que por cierto no le costó mucho hacerlo porque a esas horas no había mucha gente y metió una moneda de cincuenta céntimos, liberando uno de los carro que empujó hacia el interior del comercio.

A pesar de llevar poco tiempo en el pueblo, notaba cómo la gente la miraba, señal de que la reconocían

Los padres de la sargento estuvieron un tiempo viviendo en La Encina, pero después se mudaron a otra población. Su padre fue teniente en el mismo cuartel en el que ella era sargento, hasta que solicitó el traslado y más tarde se jubiló.

Dentro del supermercado, enfiló el pasillo de los detergentes y fue al final donde vio a una vecina que hacía unos días que no veía. Intentó pasar desapercibida y se dio la vuelta, para no ser descubierta, pero la mujer enseguida la identificó:

— Hola, Sonia. Cuántos días sin verte. ¿Cómo estás?

— Muy bien, gracias ¿y ustedes? — preguntó, no sin asombrarse de las confianzas que se tomaba con ella la mujer.

— Hay vamos, intentando tirar para delante como todo el mundo. ¿Cómo lo lleva tu padre? Fue terrible lo que sucedió...

— Le he dicho varias veces que no quiero hablar del asunto.

— ¿Sabes una cosa? Un periodista ha entrado a la cárcel y le ha hecho una entrevista al condenado por el crimen y este ha dicho que él no hizo nada y que lo que le hicieron a esas criaturas no tiene perdón de Dios....

— ¡Basta ya! ¡Es usted muy pesada! ¡No quiero oír del tema! ¿Qué parte es la que no entiende?

— Yo...

La sargento continuó empujando su carro, dejando a la señora con la palabra en la boca. Siguió comprando y pensó en lo que le decía continuamente su padre, que no pidiera como destino ese maldito cuartel, pero ella no le hizo

caso y como si de un reto se tratara, allí acabó.

Capítulo 47

Después de desayunar, Marc salió del hotel y en la puerta se encontró con un hombre que dijo ser el propietario de la bodega y del alojamiento. Tras la formal presentación, preguntó:

— ¿Le interesaría conocer la bodega? No tengo ningún inconveniente en enseñársela. Y más siendo un personaje importante como lo es usted. Como puede comprobar, ya me han informado sobre su oficio.

— Por supuesto, sería muy interesante. No sabe cómo se lo agradezco — contestó Marc, acostumbrado a los halagos de los lectores.

— Pues entonces, dejémonos de palabras y venga, acompáñame, se la mostraré ahora mismo.

Marc seguía los pasos del anfitrión y se maravilló del interior de la construcción, donde varias hileras de columnas dotaban al lugar de una intrigante y a la vez, agradable apariencia. Sobre las paredes se sucedían imágenes dedicadas al mundo del vino: viñedos, toda clase de maquinarias agrícolas... En una, que debía de haber sido tomada desde el aire, aparecía la finca y sus alrededores, completamente nevados.

Terminado el recorrido del pasillo, llegaron a una gran puerta. Tras esta, una enorme sala sorprendió al escritor. Los trabajadores proseguían con sus quehaceres sin siquiera dirigir una mirada de curiosidad a los recién llegados. Zacarías, divertido al ver la cara de su cliente, informó con cierto orgullo:

— Esto que ve es lo que llamamos la sala de producción. Aquí es donde después del envejecimiento se procede al embotellamiento y el etiquetado del producto, donde se dan los últimos detalles antes de ponerlo cara al público. Algunas botellas son puestas de inmediato a la venta, ya que son — Zacarías levantaba la voz para dejarse oír por encima del ruido incesante de las máquinas — los denominados vinos jóvenes o de cosecha y por ello no necesitan estar en maduración mucho más tiempo. En esta clase de caldos, la clase de uva toma una gran importancia y no hace falta envejecerlos mucho.

— Los vinos de crianza, reserva y gran reserva sí, ¿verdad?

— Exacto, esos sí tienen que estar unos meses guardados en botellas, después de haber permanecido unos meses en barricas de roble, donde adquieren ese agradable y característico sabor y aroma.

En ese momento apareció una oficinista se disculpó a Marc e informó al empresario que había llegado un representante y deseaba hablar con él.

Lo siento tengo que irme, de todas formas, llamaré a un operario para que le enseñe las instalaciones. Es un experto, no crea que le dejo con cualquiera — dijo Zacarías, mientras hacía un gesto a un trabajador para que se acercara y continuó —. Alberto, haz el favor de enseñarle la bodega a nuestro cliente y no dudes en ofrecerle alguno de nuestros caldos. Ten en cuenta que es un hombre ilustre, así que ofrécele lo mejor.

— Eso está hecho. Haga el favor de seguirme, si es tan amable — Alberto trató de mostrarse lo más correcto posible, sabiendo que el visitante era inglés.

Abandonaron la sala de producción y tras atravesar otro largo pasillo y bajar por una escalera, llegaron a otra estancia donde grandes barriles descansaban, unos encima de otros, a los laterales de la bodega. En esta parte hacía un poco más de fresco.

En cada uno de los barriles se podía ver una especie de cuño que servía de logotipo de la marca de los vinos y decía "La Encina".

Marc se acercó a uno de ellos mientras preguntaba:

— ¿Esa es la marca de la bodega?

— Sí, esa es. Se llama igual que el pueblo.

Marc se fijó en una fotografía en la que perfectamente se identificaba al empresario junto a una niña de unos diez años que componía una gran sonrisa.

— ¿Esa chiquilla es hija del dueño?

— Acompañeme, y le enseñaré donde se prensa la uva — dijo Juan, sin esclarecer la pregunta que había formulado Marc, lo que le extrañó y mucho el silencio de su interlocutor.

Antes de llegar a la sección de prensado, Alberto se detuvo cerca de una puerta y extrajo un manojito de llaves de su bolsillo.

— Entre, ya verá, le voy a enseñar algo que nunca olvidará — dijo el empleado con un tono enigmático que no pasó desapercibido al escritor.

Marc se quedó de piedra al ver las grandes estanterías repletas de botellas tumbadas y sintió un escalofrío al pensar en el alto valor enológico que tenía delante de sus narices. Y, como buen amante del mundo del vino que era, se sintió exultante por encontrarse en tan singular lugar.

— Yo soy el único empleado de la bodega que tengo la llave de acceso a esta estancia. Se lo vengo a decir para que se dé una idea de lo que guarda aquí don Zacarías — al darse cuenta de cómo miraba el cliente una gran mesa alargada, donde habían varios candelabros, el orgulloso empleado siguió informando —. Algunas veces, Zacarías almuerza aquí en compañía de otros empresarios o con el alcalde u otras autoridades. Siéntese, le serviré una copa.

Alberto se dirigió a una de las estanterías y tras observar varias botellas, con gesto pensativo, sacó una, la descorchó y llenó una copa con poco más de un dedo. Removió el líquido, como si pretendiera que se saliese, sin llegar a hacerlo y enseguida se lo pasó al autor, que aún lo removió un poco más, mientras miraba, por debajo de la copa, el tono del vino. Luego se lo acercó a la nariz, lo olió y dio un pequeño sorbo y sin soltar la copa, dijo:

— Es excelente. No había probado nada igual en mi vida. De verdad, hablo

en serio y no lo digo por halagarle. Le soy sincero.

— Me alegro de que le guste. Se nota que entiende de caldos. Este vino ha permanecido doce meses en una barrica de roble y luego, tras embotellarlo, ha estado más de seis años en esa estantería. Es una añada excepcional. Única.

— Se nota, por eso está tan bueno. Por el tiempo que ha permanecido envejeciendo.

— No se equivoque, muchas veces la calidad de la uva juega un papel muy importante y hay vinos jóvenes que tienen un sabor excepcional y no tienen nada que envidiar a los que han sido guardados en barricas durante mucho tiempo.

— Es muy curioso el mundo del vino y muy antiguo.

— Sí que es antiguo y mucho. Pensar que los romanos lo aguaban...

— Bueno hay que pensar que querían ganar batallas sin tener que renunciar a los placeres del vino — fue el comentario de Marc y después, preguntó —. ¿Y qué es lo que hacen después con las botellas que abren para las catas? Me refiero a lo que sobra, porque es una lástima que se echen a perder.

— De momento, se quedan bien cerradas con el tapón, pero usted tranquilo que no tardamos en dar cuenta de ellas.

Para sorpresa del autor, el amable empleado se dirigió a otra estantería y le dio a probar otro caldo. Esta vez, Marc se percató de que la botella, a pesar de estar sin el precinto, mantenía impolutas sus propiedades.

Tras afirmar y dar su aprobación, salieron y el autor volvió a ver la fotografía del empresario con la niña mientras seguía a Alberto hacia la sección de prensado. Por un instante, estuvo tentado de volver a preguntar, pero en el último segundo pensó en dejar el tema, por el momento.

Llegaron a una gran puerta y tras entrar en otro departamento, el trabajador informó muy animado:

— Estas especies de rodillos es donde prensamos la uva. Mucha gente sigue pensando que lo hacemos con los pies, aunque algunas veces sí lo hacemos de la forma tradicional.

— Me imagino que más que nada lo harán cuando tengan visitas de colegios y grupos de personas muy interesadas en el mundo de los vinos — acertó a decir Marc.

— ¡Exacto! Y cuando vienen excursiones del IMSERSO, también.

— ¿IMSERSO? — Marc se mostró curioso por la palabra que había pronunciado su interlocutor.

— Ah, disculpe. El IMSERSO es, para que me entienda mejor, como unas

excursiones que organizan para las personas jubiladas y por estar inscritos en él, los viajes les salen bastante más baratos. Y algunas veces la bodega se convierte en uno de los lugares que esta gente visita.

— Entiendo — dijo Marc mientras seguía al empleado por un pasillo que está vez sí reconoció. La visita guiada a la bodega había finalizado y el escritor no pudo hacer menos que mostrarse satisfecho y agradecido con Alberto, por la amabilidad que había mostrado todo el tiempo.

Marc salió de las dependencias destinadas a la producción de vinos y decidió subir a la habitación a coger su libro electrónico, con la idea de bajar a la cafetería y tomar un café mientras leía un rato. En aquel momento lo que más le apetecía era estar tranquilo, disfrutando de la lectura.

Capítulo 48

Esa misma tarde, antes del anochecer, Juanito se encontraba con Jaime junto a la puerta de la casa abandonada.

Jaime miró a su amigo y casi en un susurro, le dijo:

— Tenemos que entrar de una vez por todas. No lo debemos de dejar para

más adelante — viendo el rostro que componía su amigo, continuó —. A mí también me provoca pánico, te lo aseguro, pero luego pienso en los beneficios que obtendremos y me siento mucho mejor. Será un reto increíble. Incluso he pensado en que lo podríamos grabar con el móvil y hacer un vídeo para subirlo a YouTube.

— Pero si no tenemos un canal.

— ¡Hacemos uno, mira qué sencillo! No sé por qué me miras así. ¿Cómo te crees que han empezado los youtubers más importantes? Pues desde cero, sin apenas seguidores. Lo podemos crear de temas de misterio. Seguro que con lo tenebrosa que es la casa, conseguimos un montón de seguidores y podríamos grabar uno dedicado al castillo, subir psicofonías y muchas cosas más. Tendremos un montón de posibilidades. Estoy seguro de que a toda la gente del pueblo le da respeto la casa, seríamos admirados por todos. Nuestra fama traspasaría fronteras.

— ¿Y a quién no le da miedo esa casa? Solo hay que mirarla, para imaginar que terroríficos sucesos habrán ocurrido en su interior.

— Estoy seguro de que si las paredes hablaran, nos contarían muchos secretos.

— No te quepa la menor duda de ello. Hay dentro tienen que haber muchas energías, lo presiento.

Tras unos segundos que permanecieron embelesados observando la casa, Jaime exclamó, con determinación:

— Propongo que sea hoy mismo. No pienso esperar más tiempo. Ahora o nunca. Lo tengo decidido, ya no hay excusas que valgan. Imagina que alguien se nos adelanta y nos quita el mérito del descubrimiento y la fama. ¡No lo podría soportar!

— Vale, como quieras. De acuerdo, no se hable más. Ha llegado el día, hoy entramos.

— ¡Así me gusta, Juanito!

— Se acabaron las tonterías de una vez por todas.

Conforme decía la frase, Juanito se dio cuenta de que le temblaban las piernas, y creyó que en cualquier momento se podía caer al suelo y hacer el mayor ridículo jamás pensado.

Jaime, sin darse cuenta de la situación de su amigo, que fue debido a sentirse tan excitado, volvió a decir:

— Tenemos que ir ahora mismo a nuestras casas a coger una linterna para cada uno. En el interior, la oscuridad debe de ser total y sin iluminación nos

será imposible poder desplazarnos. Y además sería interesante coger un teléfono móvil para poder hacer una grabación.

— Lo de la grabación, ¿no sería mejor dejarlo para otro día? Pienso que será muy complicado explorar y grabar al mismo tiempo. Date cuenta de que aún no conocemos bien la casa.

— Es verdad, Juanito, muy bien. No se me había ocurrido. Bueno, de todas formas tenemos que ir a por las linternas y cuánto antes, mejor.

— ¿Y qué les vamos a decir a nuestros padres? Se extrañarán de que todavía no hemos ido a cenar.

— No te preocupes de nada, será un momento. Como excusa les podemos decir que vamos a por un libro. Seguro que eso colará. Hazme caso, primero vamos a por las linternas y en unos minutos nos volvemos a ver aquí, en este mismo lugar. Ya verás, no nos llevará mucho tiempo, será como coser y cantar. ¡Y, por fin, alcanzaremos el éxito!

— Vale, en menos de media hora, nos vemos otra vez, en este mismo punto. Me parece muy bien.

— Estupendo. Pues entonces, manos a la obra. Ahora mismo nos vemos.

A los pocos minutos, Jaime entró en su casa y se cruzó con su madre, al poco tiempo Ana le preguntó:

— ¿Se puede saber a dónde vas tan apresurado, vas a salir otra vez? Es casi la hora de la cena. ¿Es que no tienes hambre todavía?

— Voy a dejarle un libro a Juanito que me ha pedido. No tiene nada para leer y se lo voy a prestar. No tardaré mucho en volver — contestó, mientras cogía, de su cuarto, una linterna y salía de la casa como alma que lleva el diablo.

Jaime corría por la acera y saludó a varios vecinos con los que se cruzó. Uno de ellos, un hombre alto y muy flaco, se giró, extrañado de la carrera del joven.

Al poco tiempo, se volvieron a encontrar en la puerta de la siniestra casa y no se percataron de que una sombra se acercaba por la acera.

Capítulo 49

Juanito, de pronto, casi gritó al darse cuenta de que una figura se paraba enfrente de ellos. La extraña silueta permaneció en la incipiente oscuridad hasta que avanzó y permitió que la luz de la farola mostrara al fin su identidad. Sintieron un gran alivio al descubrir que el recién llegado era Marc que había salido a dar un paseo, animado por conocer un poco más el pueblo. El hombre se alegró de ver a los muchachos y asombrado, preguntó:

— Hola, ¿qué no os vais a casa? Es casi la hora de cenar. Vuestros padres pueden estar preocupados — al ver que los muchachos no respondían, volvió a preguntar —. ¿Se puede saber qué diablos estáis tramando?

Jaime, confuso porque no contaba con encontrarse con el autor, fue el que respondió:

— No, nada, ya nos íbamos. ¿Verdad, Juanito?

— Sí, por supuesto. Ya nos íbamos — contestó, sin poder impedir que le temblara la voz y temió que el hombre se diera cuenta de ello y esto fuera un motivo para que se enfadara su amigo con él.

Y ante el asombro del escritor, los dos chavales se dispusieron a ir en dirección a la plaza. Este los vio marchar y se acarició la perilla, algo le pareció extraño en el comportamiento de los rapaces, pero siguió caminando de regreso al hotel.

Mientras tanto, los dos amigos, cuando llegaron, bebieron en la fuente, para disimular y Juanito quiso saber:

—¿Y ahora qué vamos a hacer? El plan se ha venido abajo por culpa del turista inglés.

— Pues muy sencillo, hacer un poco de tiempo para ver si se marcha y luego volvemos.

— A saber cuánto rato se tira ahí, plantado.

— No creo que esté mucho tiempo. Me imagino que algo tendrá que hacer. Tarde o temprano se irá, ya lo verás.

— ¿Y si continúa allí?

— No lo creo, pero si todavía continúa en el mismo sitio, lo mejor será dejarlo para mañana u otro día y no correr un riesgo innecesario que solo nos causaría problemas. Y lo que menos me apetece, en estos momentos, es escuchar un sermón de mis padres, te lo aseguro.

— Sí, yo también lo había pensado.

— ¿Vamos a ver si se ha ido ya, Juanito?

— Claro, me parece genial, vamos a intentarlo.

Abandonaron la fuente y se dirigieron en silencio a la casa. Al llegar se dieron cuenta de que Marc ya no estaba y decidieron entrar.

Juanito se acercó y armándose de valor tomó la iniciativa. Quería agradar a su compañero de aventuras y que este tuviera un buen concepto de él.

La gran puerta de la entrada chirrió, con un prolongado sonido, en cuanto la movieron.

— No hagas mucho ruido o nos descubrirán. Tenemos que ser más sigilosos

— susurró Jaime, mostrándose lo más prudente que podía.

Debido a la tensión, los exploradores ni siquiera se extrañaron al encontrar la puerta abierta.

— Será mejor que encendamos ya las linternas, no entra nada de luz y nos podríamos tropezar con algo, y además si nos cortamos con algún cristal, tendremos que decir adiós a la aventura y nos llevaremos una buena bronca — aconsejó Jaime.

Capítulo 50

Marc llegó al hotel y decidió subir a su habitación a coger su libro electrónico para leer un rato, en la zona de confort.

Tras extraer la tarjeta y cerrar la puerta se dirigió hacia el ascensor, pero decidió bajar andando por las escaleras. Total eran tres pisos y pensó que sería una buena idea a partir de ese instante evitar el subir y bajar por el ascensor.

Llegó a la planta baja y tras pasar por delante de recepción y saludar a José María se dirigió hacia la zona de confort, donde una gran televisión de plasma dominaba el lugar. Se sentó en un cómodo sofá, encendió su libro y comenzó a leer.

No llevaba ni veinte minutos de lectura cuando reparó en una pareja que acababa de entrar a la amplia estancia. Parecían ser matrimonio y sus edades rondaban los treinta y pocos años. La mujer era de complexión atlética al igual que su supuesto marido y muy morena de piel. El acompañante era de estatura media y muy bronceado también. Los dos se sentaron cerca de donde se encontraba Marc y el chico sacó un plano que extendió sobre la mesa. Acto seguido arqueó la espalda y se puso a señalar con un dedo en algún lugar del papel, ante la interesada mirada de su compañera quien de vez en cuando asentía con la cabeza a las explicaciones de su interlocutor, muy interesada en lo que este le explicaba.

En ese momento, Marc se acordó de Laura e imaginó que los dos que estaban sentados justo a su lado eran ellos y se lamentó y comenzó a echarla de menos. Decidió levantarse y llamarla por teléfono, necesitaba hablar con ella, escuchar su voz.

Capítulo 51

La luminosidad provocada por las linternas fue recorriendo el interior de la estancia y los viejos muebles tapados con sábanas no pasaron a ser desapercibidos a los ojos de los intrépidos exploradores que, en un momento de confusión alimentada por el terror, confundieron con desafiantes espectros.

En el techo, en un hueco de la talla, una lechuza no se perdía ningún movimiento de los que realizaban los muchachos.

Fue en ese instante cuando descubrieron un hueco en una de las paredes. Al acercarse, y al iluminarlo con las linternas, se dieron cuenta de que el agujero parecía no tener fin.

— Vamos a entrar por ahí y así podremos ver hasta dónde llega. Parece que es bastante profundo — dijo Jaime.

— ¿Estás loco?

— Entonces, ¿se puede saber para qué hemos entrado? No te entiendo. Tenemos que seguir explorando, no tenemos otra alternativa. No querrás tirar marcha atrás ahora, con lo que nos ha costado llegar hasta aquí, ¿verdad? No sé a dónde quieres ir a parar, pero yo me niego rotundamente a retroceder. Es ahora o nunca, recuérdalo bien.

Juanito al entender que nada en el mundo detendría a su amigo, no tuvo más remedio que retractarse y seguir a su compañero, que en ese momento penetró en el túnel.

Los dos muchachos no se percataron de la enorme inclinación que poseía el túnel y se deslizaron a gran velocidad, emitiendo al unísono un gran grito.

Capítulo 52

El sol fue hundiéndose en el horizonte y sus rayos se reflejaban en las nubes, dotándolas de ese típico color rojo crepuscular. El solsticio de verano se encontraba en su punto más álgido y como prueba de ello las bandadas de abejarucos volaban tras las nubes de insectos, emitiendo sus característicos sonidos.

Tras finalizar su jornada, José María salió del hotel y se dirigió hacia su

casa. Al llegar, el empresario vio muy raro que Juanito no hubiera llegado todavía. Era un niño muy puntual, sobre todo, cuando le apretaba el hambre. Son casi las nueve de la noche y ya debería de estar pidiendo la cena, pensó.

Atravesó inquieto el comedor, se dirigió a la cocina y se dispuso a cortar pan en rodajas para ponerlas en un pequeño cesto y servir las en la cena. A su lado, su esposa terminaba de hacer un pisto manchego, que llenaba la estancia de un agradable y sugerente olor que no pasó desapercibido al olfato de su hambriento esposo.

— ¡Qué bien huele, se me está haciendo la boca agua! De repente, al oler lo que estás haciendo, me ha entrado un hambre tremenda — aseguró José María, mientras abrazaba, por la cintura, a su mujer, en una demostración de cariño.

— En seguida estará listo. Ves, mientras, poniendo la mesa.

— Qué raro que todavía no haya llegado Juanito de dejarle el libro a su amigo, ¿verdad?

— Se habrá entretenido con él hablando de sus cosas. Vaya pareja. Ahora enseguida lo tienes aquí con prisas y muerto de hambre. Parece que solo se acuerda del hambre que tiene cuando llega a casa, es increíble.

José María puso la mesa y salió un momento a la calle. Desde allí se veía la entrada del hotel. En ese mismo instante, vio a Marc salir y fue a su encuentro.

El escritor se dio cuenta de la presencia de José María y se dirigió hacia él.

— Hoy no le he visto por el hotel — afirmó el cliente.

— Claro, porque hoy me tocaba librar, y he estado haciendo algunas cosas en casa que me quedaban por hacer. ¡Hay que aprovechar los días libres al máximo!

— Entiendo.

En ese momento, Marta, la esposa del recepcionista, salió y dijo:

— José María, Juanito está tardando demasiado en llegar. Esto no me huele nada bien. Podrías ir en un momento a casa de Zacarías a ver si se encuentra allí y así nos quedamos más tranquilos. Ves por favor, me estoy empezando a poner nerviosa. Nuestro hijo nunca viene tarde y lo sabes muy bien. Él nunca se retrasa.

Marc se quedó un momento pensativo y preguntó:

— ¿Su hijo no es el muchacho que el otro día estaba en la recepción con otro chico de su misma edad y llevaban un hurón?

— Sí, ese es. ¿Lo ha visto?

— Claro, los he visto hace un rato. Incluso estuve hablando con ellos. Les dije que se fueran para casa, porque estaríais preocupados por su tardanza —

tras un breve silencio, volvió a decir —. Un momento, ahora que lo digo, creo que sé dónde pueden estar...

Capítulo 53

— No vayas tan rápido, me vas a dejar atrás y también puedo caerme — dijo Juanito.

— Vale, tranquilo, iré más despacio. Perdóname es que esto es tan emocionante.

— Mira, eso parece una escalera de piedra.
Jaime iluminó el túnel y dijo:

— Es increíble, parece no tener final. Es asombroso. ¿Qué te parece si subimos?

—Bueno, yo...

Juanito no pudo articular palabra, mientras observaba como su compañero, sin pensárselo dos veces, se disponía a ascender por la escalera.

Llegaron al final de los peldaños y se encontraron con una puerta.

— Si te fijas bien, debajo de esa puerta parece que hay luz. Hay dentro hay alguien, seguro — dijo Jaime.

— Es verdad, ahora que lo dices, no me había dado cuenta. En esa habitación parece que hay alguien...

Capítulo 54

Mientras tanto, Marc y José María se dirigieron hacia el poblado. Una agradable y fresca brisa los sorprendió al girar una esquina y llegar a la plaza donde se encontraba ubicado el ayuntamiento, algunos comercios y varios bancos.

El recepcionista al darse cuenta de la presencia de una patrulla de la Guardia

Civil, dijo:

— Será mejor que de momento no digamos nada. Ha pasado poco tiempo desde que no vemos al chiquillo y si les decimos dónde vamos no nos dejarán ir. Ahora mismo, cuando se marchen, mandaré un WhatsApp a mi mujer para que me diga si ha hablado con los padres de Jaime y si me dice que allí no están, entonces iremos a la Guardia Civil y les pondremos al corriente de todo lo sucedido.

Marc asintió y viendo como el vehículo se acercaba a ellos con exagerada lentitud, dijo:

— Parece que nos quiere decir algo.

El coche patrulla se detuvo y una agente salió y se dirigió a los viandantes:

— Hola, buenas noches. ¿Están preocupados por algo?

—No, no ocurre nada. No se preocupe, está todo en orden. Muchas gracias por su interés — improvisó José María quien pareció reconocer de algo el rostro de la agente.

La mujer guardia civil se quedó por un momento mirándolos, y aseguró:

— No me tienen que agradecer absolutamente nada. Solo cumplo con mi obligación. Si necesitan algo no duden en pasar por el cuartel. Soy la sargento Montes. Hace solo unos días que estoy aquí, en mi nuevo destino. Por eso se habrán quedado un poco extrañados al verme. Bueno, no les quiero robar más tiempo, ya va siendo hora de que regrese al cuartel. Lo dicho, un placer y, si necesitan algo, ya saben...

—Muy amable y buen servicio — dijo José María, quien enseguida relacionó el apellido Montes, con un teniente que había antes o sea, el padre de la nueva sargento. El recepcionista sintió como se le retorció el estómago.

La flamante guardia, les dedicó una sonrisa, puso de nuevo en marcha el vehículo y se alejó hacia las afueras de la población, donde se encontraba el cuartel.

Capítulo 55

Nada más llegar a su domicilio, Sonia fue a la cocina a beber agua. Acto seguido, subió la escalera y se dirigió a su habitación, abrió el armario ropero y vio la caja donde se encontraba la carpeta que guardaba los recortes de periódicos y leyó “varios testigos aseguran que se encontraban dentro de su coche cuando el principal sospechoso del crimen les apuntó con un revólver y tras robarles el coche huyó a toda velocidad con él “.

La sargento cerró la caja, se quitó la ropa, se puso las zapatillas de running, un pantalón corto y salió a la calle a correr. Enseguida sus pasos impactaron repetidamente sobre el firme asfalto mientras se ajustaba los auriculares en los oídos.

Cuando llegó al final de la calle, cogió un sendero que llevaba a una conocida fuente y terminaba en lo alto de un cerro, en la ermita. Todo el trayecto estaba muy bien iluminado. Llegó al lugar sagrado y no pudo evitar acordarse de los rumores que circulaban por el pueblo referentes a extraños ruidos que, supuestamente, provenían del interior de la ermita y compuso una incrédula sonrisa.

Dio la vuelta y disfrutando del paisaje, dirigió de nuevo los pasos hacia su hogar. El corazón le martilleaba en el pecho, debido al esfuerzo aeróbico. A Sonia le agradaba salir a correr y sentir aquellas sensaciones que son provocadas por la mezcla de las endorfinas y el rock.

Cuando estaba a punto de llegar a su casa, la música se detuvo y dio paso a una inesperada llamada telefónica. Al ver en la pantalla del teléfono móvil el número de teléfono del cuartel, se apresuró a contestar, jadeando:

— ¿Ocurre algo?

— Sargento Montes, ¿puede venir al cuartel? Necesitamos que venga de inmediato porque queremos hablar con usted.

— Pero ¿qué es lo que pasa?

— Cuando venga se lo diré.

Algo ocurría. Que le llamaran los compañeros cuando ella ya había terminado le parecía de lo más extraño. Era cierto que llevaba poco tiempo, pero no hacía falta llevar años para darse cuenta de que debía ir con la máxima urgencia posible. Sus subordinados requerían su presencia y no iba a ser ella la que los iba a dejar tirados. Algo malo había sucedido y debido a la cercanía de su casa al cuartel, no iba a tardar mucho en averiguarlo.

Llamó a su marido, le contó lo que ocurría y que igual no podría cenar con él y tras disculparse, se despidió de él y fue de nuevo al cuartel.

Capítulo 56

La guardia civil detuvo el vehículo en su plaza, en el parking del interior del recinto, y entró con paso apresurado en las dependencias de la Benemérita.

— Buenas noches, mi sargento, el teniente García le espera en su despacho. Ha sido él quién ha requerido su presencia — le informó un agente raso.

Al entrar en la estancia, vio a su superior sentado y a dos mujeres que

aparentaban encontrarse muy preocupadas.

— Le he hecho llamar porque estas ciudadanas dicen que sus hijos y al menos, uno de sus maridos han desaparecido. Me comentan que los niños tardaban en llegar a cenar y que sus esposos salieron en su busca. Desde entonces, no saben nada de ellos. Según ellas no hay ningún rastro ni de los niños ni de los hombres, como si se los hubiera tragado la tierra — dijo el teniente.

La sargento adivinó en los ojos de las mujeres signos de preocupación y trató de mostrarse positiva, con la intención de tranquilizarlas.

— No se preocupen que haremos todo lo que esté en nuestras manos para dar con ellos. Tenemos medios suficientes que pueden darnos muchas posibilidades de encontrarlos. De todas formas, iremos por partes — y volviéndose hacia su superior —. Gracias por avisarme, teniente.

— Bueno, ahora hagan el favor de seguir a la sargento que les tomará atestado sobre todo lo ocurrido. Y confíen en ella, pues es una gran profesional. Les doy mi palabra— luego, mirando a Sonia, continuó —. Yo tengo que ausentarme porque me ha salido un imprevisto de un problema familiar. Lo siento, sargento. Ya le contaré lo que ha sucedido.

—No se preocupe, mi teniente. No tiene el por qué darme explicaciones. Es un problema en el ámbito familiar y ya estoy yo para hacerme cargo de este tema. Yo sé muy bien todos los protocolos de actuación que debo de llevar a cabo en estos trágicos momentos.

Estas últimas palabras fueron bien recibidas por los familiares de los chiquillos.

Salieron de la estancia del alto mando y se dirigieron hacia el despacho de la sargento. Esta se sentó junto a su mesa y comenzó a realizar una larga serie de preguntas relacionadas con el aspecto físico de los desaparecidos. Mientras tanto sus dedos se desplazaban sobre el teclado del ordenador a una vertiginosa y asombrosa velocidad.

Marta y Ana observaban a la agente de la autoridad y no tardaron en coincidir con las palabras que, minutos antes, les había asegurado el teniente.

En ese momento apareció Zacarías, a quien parecía que le faltaba el aire.

El empresario entró en la estancia y tras saludar, dijo:

— Estaba en la bodega y un empleado me ha puesto al corriente de lo ocurrido — la frase iba dirigida a su esposa.

— Usted debe de ser el padre de uno de los niños, ¿verdad?

— Así es. Soy el padre de Jaime — contestó con la cara desencajada debido

a las circunstancias.

— Muy bien. Pues sería de muy buena ayuda si fuera con un agente, en un coche patrulla, a dar una vuelta por el pueblo y las afueras, para intentar localizarlos. Y sobre todo, mantengan la calma. Intenten no decir nada a nadie, y mucho menos a la prensa. Recuerden, sobre todo, tranquilidad y mucha prudencia. Y sobre todo, discreción. Ya sé que es muy difícil, pero ponerse nerviosos lo único que puede hacer es complicar la investigación y eso podría resultar fatal.

— Sí, por supuesto. Lo comprendo muy bien. Por desgracia, no es la primera vez que me ocurre una cosa así...

— Lo sé — admitió Sonia y después, dirigiéndose a un chico de unos treinta años, gritó — ¡Agente Santos!

— ¿Sí, mi sargento?

— Vaya con este señor, que es el padre de una de las criaturas desaparecidas, a dar una vuelta por el pueblo y por los lugares que crean que los jóvenes pudieran frecuentar. Y no olvide tener los ojos bien abiertos, estos primeros minutos son cruciales. Apunten las matrículas de todos los coches que puedan. Quizás, luego puedan servirnos de ayuda.

— A la orden. Prestaremos atención en todo momento.

— Mi esposo José María y un cliente inglés, que se aloja en el hotel, también salieron a buscarlos y todavía no han regresado — logró articular Marta, quien cada vez parecía más alterada.

— Sobre eso voy a tomar nota, de inmediato — afirmó la sargento y volviéndose hacia el dueño del hotel, ordenó — estén alerta y visiten las casas de sus amigos, por si estuvieran allí. Pregunten, pero sin darle mucha importancia al asunto. Y díganles que no comenten nada a nadie. Crear alarma social es lo que menos nos interesa ahora.

— De acuerdo, prestaremos atención por si los vemos e iremos a preguntar por la casas de los más conocidos, pero pidiéndoles que sean discretos — determinó Zacarías.

— Perfecto. Buena suerte — dijo Sonia y continuó tecleando el ordenador.

Capítulo 57

Marc y José María hacía poco tiempo que habían salido, sin éxito, de la casa abandonada y por acuerdo mutuo se dirigieron al cuartel de la Guardia Civil. Había llegado el momento de poner los lamentables hechos en conocimiento de los profesionales que se ocuparían de la búsqueda de los niños.

Cuando llevaban pocos metros andados, se percataron de que un coche patrulla se acercaba a ellos. En seguida, José María reconoció al agente Santos.

El vehículo se detuvo y los dos ocupantes bajaron. Zacarías no pudo contenerse y preguntó:

— ¿No sabéis nada de los chiquillos todavía?

— Me temo que no. Fuimos a la vivienda abandonada, entramos, pero allí no estaban. Hemos ido a varias casa de otros amigos y tampoco saben nada de ellos. Esto empieza a ser desesperante — dijo José María.

— Has hablado sobre una casa abandonada. ¿Y por qué tendrían que estar allí? No lo entiendo...

— Pues muy sencillo, porque yo los vi en la puerta, estaban un poco raros y me da la impresión de que yo fui el último en verlos — intervino Marc.

El agente Santos se quedó mirando a los hombres y dijo:

— Será mejor que regresemos, todos, al cuartel. La sargento tendrá que hacerles unas cuantas preguntas y seguir con las diligencias.

De pronto, Zacarías, con voz inquisidora, se acercó a Marc y quiso saber:

— ¿No sabrá usted dónde están las criaturas, verdad? Usted mismo se ha delatado, diciendo que fue el último que los vio.

— Si digo algo es porque quiero colaborar, con el único propósito de que aparezcan las criaturas. Lo hago con buena intención.

El guardia civil hizo un gesto, al propietario de la bodega, para que se callara, y exclamó:

— Déjense de tonterías y volvamos al cuartel. ¡Esto va para rato!

Zacarías había sido muy inteligente al interpretar el gesto de Santos y no dijo ni una sola palabra más. Sabía, perfectamente que, la sargento, en cuanto llegaran al cuartel, haría una serie de preguntas al turista inglés, para tratar de esclarecer los hechos y lo pondría entre la espada y la pared.

Después de horas de interrogatorio, llegaría el momento en que la presión del asedio hecho por la agente le haría cometer un fallo. A pesar de llevar poco tiempo en el pueblo, confiaba mucho en la agente de la autoridad y abrazaba el convencimiento de que no pararía hasta encontrar a los muchachos.

Capítulo 58

La sargento Montes se encontraba, de pie apoyada en su mesa, mirando un mapa de la zona en el instante que el vehículo patrulla se detuvo en el interior del parking descubierto del cuartel. El agente y los tres hombres fueron abordados con rapidez por Marta y Ana. Estas se abalanzaron sobre los recién llegados, en un desesperado intento de conseguir algún tipo de información

relacionada con los desaparecidos pero, para su desgracia, no obtuvieron ninguna novedad. Todo continuaba igual, sin el menor rastro de los pequeños y la tensión iba creciendo por momentos.

La sargento Montes se dirigió a sus agentes en un tono firme que de alguna manera dio confianza y reconfortó a los padres.

— Tenéis que cubrir toda esta zona de las afueras. Hablad con los vecinos para que os ayuden, si es necesario. Yo, ahora mismo, voy a ponerme en contacto con los forestales, los brigadistas y con Protección Civil. Cuántos más seamos, más posibilidades tendremos de encontrarlos pronto — exclamó sin despegar las manos del mapa.

Los guardias civiles hicieron un gesto a los padres para que los siguieran y cuando Marc estaba a punto de salir del despacho, fue sorprendido por la voz de la sargento:

— Usted, mejor, quédese aquí conmigo.

El escritor se acarició la perilla y tras unos segundos, preguntó:

— Sospechan de mí, ¿no es cierto? Piensan que es demasiada casualidad que nunca pase nada en este tranquilo pueblo y justo ahora que estoy yo hayan dos desapariciones y encima, por si fuera poco, yo soy el último que afirma haberlos visto. No me extraña que sospechen de mí, pero le aseguro que no tengo nada que ver con la desaparición. Y haré todo lo que me sea posible para colaborar con ustedes.

Marc por un momento se quedó mirando a los ojos verdes de la temperamental mujer y volvió a hablar:

— Sería incapaz de hacerle ningún mal a unos inocentes niños, se lo aseguro.

— Cuando ocurre una desaparición lo primero que hacemos es no descartar ninguna de todas las hipótesis que se nos presentan y después vamos descartado, según las pruebas obtenidas. Por el momento, he visto más conveniente dejarle aquí conmigo. Conociendo su experiencia como escritor de novelas de suspense, quizás, incluso, me pueda resultar de gran ayuda — dijo la sargento con un tono de misterio.

— Pues no se preocupe, que haré todo lo que esté en mi mano. De eso no le quepa la menor duda — dijo el autor.

En ese instante Marc tuvo la oportunidad de preguntar a la mujer sobre la inquietante niña que vio en la bodega de Zacarías.

— El otro día vi en la bodega de Zacarías una fotografía de una niña que estaba junto a él, ¿quién es?

La sargento por un momento dudó en poner al corriente al escritor de los

sucesos acontecidos en el pueblo, pero pensó que también iba a ser una forma de combatir el tedio que les esperaba en las próximas horas, comenzó:

— Es una larga historia, se la voy a contar. Desde el primer momento en que le vi, me cae usted bien.

Hace once años, el matrimonio, me refiero obviamente al compuesto por Zacarías y a Ana, tenían una niña de unos diez años, llamada Susana. Una noche de otoño, le dijo a su padre si podía llevarla a ella y a otra amiga a una fiesta de cumpleaños de una amiga de un pueblo cerca de este. Zacarías aquella noche no le pudo llevar porque estaba en un proceso de gripe. Susana quedó con la otra amiga y desde ese momento se les perdió la pista. Ana y Zacarías fueron de casa en casa preguntando por la chiquilla, pero no obtuvieron ninguna noticia sobre el asunto. Por aquel entonces mi padre era guardia civil en este mismo cuartel.

Marc estaba inquieto con la revelación que le estaba dando la sargento y se concentró en la narración para no perder ni un detalle.

— Se inició un gran dispositivo que nunca antes se había conocido en España. Los medios de comunicación se hicieron eco del suceso y en los canales de la televisión no había ningún solo programa que no hablara de la desaparición. Las portadas de los periódicos mostraban las caras de las dos muchachas. Todo el país se volcó con los familiares de las dos niñas. Pero al cabo de tres meses, unos apicultores que se encontraban inspeccionando sus colmenas que se encuentran cerca del castillo, hallaron una mano que sobresalía de un sospechoso montón de tierra. Los colmeneros bajaron al pueblo e informaron de lo que habían visto. Mi padre me contó que antes de que bajaran los colmeneros, habían recibido una orden desde Madrid para que fueran todos los dispositivos disponibles a un evento en Cuenca. A mi padre le resultó muy extraño, pero al ser órdenes de mandos superiores no tuvo otra que obedecer. A las seis horas después, y con los efectivos de vuelta, subieron al castillo. La sorpresa fue mayúscula, cuando se percataron de que en el montón de tierra no había ningún puño de persona, aún así, excavaron un poco y se horrorizaron al dar con un brazo y a continuación, con un cuerpo y luego otro. Dice mi padre que empezaron a llegar coches todo terreno por todas partes y había un hombre que se identificó como un alto mando y fue sacando todas las pruebas y juntándolas en un montón, para después hacerles fotos. Los periodistas entraban en el lugar y hacían lo que querían. Mi padre, que por aquel entonces era un guardia civil chusquero, ante el caos no pudo hacer nada, solo que lamentarse de cómo se estaba llevando a cabo los

desenterramientos. En un momento dado, el alto mando se agachó y dijo haber encontrado unos papeles que al juntarlos se podía leer el nombre y los apellidos de un hombre.

El señor que descubrió los papeles llamó a unos guardias civiles que habían allí y que mi padre, que en ese momento estaba alucinando, no había visto en su vida y les hizo ir a por el juez y el forense. Estos subieron al paraje y ordenaron detener al individuo cuyo nombre salía en los papeles encontrados.

Marc aprovechó una pausa de la guardia y preguntó:

—¿Y dónde estaba Zacarías en ese momento?

— Buena pregunta, se encontraba en Francia en un programa de televisión que tratan sobre personas desaparecidas y entre sus colaboradores están los mejores investigadores del mundo.

— Es muy extraño todo lo que me está contando, ¿no le parece?

— Pues la historia no ha hecho nada más que empezar.

— Prosiga, le escucharé encantado.

— Las pruebas de ADN confirmaron que los cuerpos encontrados eran los de las dos criaturas y la bomba estalló en todo el país. Las más inverosímiles hipótesis empezaron a oírse en los medios de comunicación, incluso hubo un programa de televisión que trató el asunto de una forma tan profunda que invitó a Zacarías quién no dudó en acudir con el único propósito de encontrar al asesino de las niñas y de que se hiciera justicia. Desde el principio, hablo de la desaparición, hasta en el mismo instante de ser halladas, él y más de medio país tenía la certeza de que había gato encerrado.

— ¿Cómo dice...?

— Disculpe, Marc. Quiero decir que de alguna forma estaban tratando de tapar algo muy gordo. Para que me entienda, trataban de desviar la atención de un asunto oscuro. Desde ese instante, Zacarías comenzó a investigar, pero no tardó en llegar el momento en que se le empezaron a cerrar todas las puertas. Esta situación, como comprenderá, estuvo a punto de llevarle a tener problemas de salud, tanto físicos como psicológicos. Mi padre, como le dije antes era un simple guardia civil y poco podía ayudarle. En el cuartel se volcaron en el caso, pero veían como todas las esperanzas se terminaban, cuando se chocaban contra un muro. Mi padre lo pasó muy mal.

Marc reflexionó unos segundos en silencio y admitió:

— No me extraña, debió de ser muy duro para todos. Sentirían impotencia al no poder hacer nada. Al darse cuenta de que todo el esfuerzo no servía para nada.

— Exacto. Mi padre, Zacarías y mucha gente estaba convencida de que el alto mando que acudió al lugar, hizo como si encontrara los papeles.

— ¿Me está intentando decir que lo hizo adrede para inculpar a un hombre inocente? — Marc no salía de su asombro.

— Eso mismo estoy diciendo.

— ¿Y con qué finalidad?

— Con la finalidad de desviar la atención.

— Está historia parece una novela de ficción.

— La ficción supera a la realidad, Marc. Y eso usted mejor que nadie lo sabrá.

— Sí, está claro, pero no puedo dejar de asombrarme. ¿Y qué sucedió con el hombre ese que salía en el papel hecho pedazos?

— A él, nada. Porque fueron a por un hermano suyo que había tenido problemas con la ley en numerosas ocasiones. Necesitaban un cabeza de turco de inmediato. Y lo iban a conseguir, costara lo que costara. Y así sucedió, lo encontraron y lo metieron preso.

— ¿Y continúa en prisión?

— No, falleció hace un par de años. Según parece tenía cirrosis hepática.

— ¿Y su padre cómo lo llevó?

— Muy mal. Después de lo sucedido continuó en el cuartel hasta que se hizo teniente. Pero ocurrió algo que hizo que abandonara todo y se internarse, por su propia voluntad, en una residencia.

— ¿Qué ocurrió? — se interesó Marc.

— Eso nadie lo sabe. Jamás lo ha contado.

— ¿Y tu madre, no pudo hacer nada para convencerle de que cambiase de opinión?

— Mi madre murió cuando yo tenía diez años.

— Ah, entiendo. ¿Cómo está él ahora?

— La verdad es que no está mal que digamos. Lo único que pasa es que cuando voy a verlo lo saco de quicio porque quiero que se venga a vivir conmigo y con mi esposo Julián, pero no hay forma. Y él se enfada por mi insistencia. Dice que soy una pesada. No sabe lo que daría porque dejara ese sitio. No es porque esté mal allí, de hecho el personal es muy atento y las instalaciones son muy confortables, pero quiero que deje de torturarse con lo que debió de pasarle.

— Es normal que se preocupe, es su padre. Al llegar aquí, noté mucho silencio en La Encina cuando preguntaba por la hija de Zacarías y me inquietó

mucho.

— El pueblo quiere olvidar el suceso, pasar página. Durante mucho tiempo a la población se le recuerda por el terrible acontecimiento y llega un momento en que a los ciudadanos les molesta. No sé si me explico bien.

— Por supuesto que sí, lo hace de maravilla.

Tras un pequeño parón, Marc vio el momento oportuno y preguntó:

— Volviendo a las primeras horas del descubrimiento de las niñas, ¿qué dijeron los forenses?

— El primer forense que estudió los cadáveres mandó lavarlos con agua a presión y una moqueta, que se estimaba que podía valer mucho dinero, desapareció.

— ¿De verdad, sargento? Cada vez tengo más preguntas que hacerle.

— Y no es para menos. Lo más significativo fue que, un día, un guardia civil le dijo a Zacarías que tuviera mucho cuidado y le propuso que pidiera los servicios de un prestigioso forense de apellido Frontera. Este demostró ser un gran profesional, aunque se quejó de que no le dejaban trabajar lo suficiente.

— ¿Cómo entorpecían su trabajo?

— Eliminando pruebas — ante la cara de asombro de su interlocutor, la mujer siguió —. Hicieron desaparecer por arte de magia varios pelos de los que iban a extraer el ADN y una mano, de una de las chiquillas, desapareció sin más. Fue un monumental desastre.

Marc que no salía de su estupefacción, cambiando de tema, quiso saber.

— ¿Le gustaría que fuera a hablar con su padre? Quizás, podría hacerle cambiar de opinión.

— Es muy mayor, y me da miedo que pueda minar su salud. Y no conseguiría nada.

— Puedo intentarlo, le aseguro que tengo un as debajo de la manga. Confíe en mí.

Desde un primer instante, la sargento sabía que delante de ella tenía a una fantástica persona, un hombre que haría lo que fuera por ayudar a los demás.

— Está bien, me ha convencido. Por intentarlo no perdemos nada. De todas formas, mejor lo dejamos para dentro de unos días. A ver si se aclara lo de la desaparición.

— Estupendo. No se imagina las ganas que tengo de conocer a su padre.

La mujer se dirigió a donde estaba la máquina del café, introdujo una cápsula y ofreció una al autor, este lo agradeció y miró en silencio como la agente buscaba en el ordenador teléfonos de contacto de miembros de Protección

Civil y de agentes forestales, para informarles de lo sucedido y avisarles de que a primera hora se iniciaría el operativo de búsqueda.

Capítulo 59

Mientras tanto, el agente Santos circulaba por la calle principal del pueblo. En el interior del coche iban, Marta, José María, Ana y Zacarías, que desde el interior del vehículo miraban con insistencia hacia todos los lados, intentando ver algo que les llamara la atención. Cualquier señal aunque fuera de lo más insignificante.

El conductor pidió a los padres que le dijeran cuáles eran los lugares que sus

hijos solían frecuentar.

— A los sitios que conozco no creo que vayan de noche, como usted comprenderá — aseguró José María.

— No podemos descartar nada. Deben de informarme de cualquier ocurrencia o idea que se les ocurra, aunque les parezca de lo más absurda, podría sernos de un incalculable valor. Los niños suelen hacerse casas en los árboles, entrar el almacenes abandonados... ¿No se les ocurre nada?

— ¿Y cuando se va ha hacer una búsqueda con mucha gente? Igual se han caído en algún sitio y están atrapados. Qué miedo, no quiero ni pensar el mal rato que estarán pasando — Marta rompió a llorar.

— La sargento, mañana a primera hora, se pondrá en contacto con Protección Civil e iniciarán el operativo de búsqueda. Si hace falta incluso se avisará a la UME. Tienen que tener confianza y sobre todo, no pierdan la esperanza.

— Ya, pero pensamos en lo que le sucedió a...

La frase nunca llegó a concluirse y un incómodo silencio inundó el interior del vehículo policial.

Capítulo 60

La luz de una moto iluminaba una carretera que se encontraba cerca del pueblo. Sobre ella circulaba una pareja de jóvenes novios, que tendrían unos dieciséis años. La motocicleta abandonó la calzada y tomó un camino de tierra, levantando una gran nube. Al cabo de unos escasos minutos, los moteros descendieron de la moto.

La chica, al quitarse el casco, dejó al descubierto su larga melena rubia y, visiblemente enojada, preguntó:

—¿No tenías un mejor sitio para llevarme? Yo alucino mucho contigo. Nunca dejas de sorprenderme.

— Es un lugar muy tranquilo.

— Y siniestro. Mira la ermita qué rollo da. No me extrañaría que un día me llevaras a un cementerio. Qué barbaridad, si lo contara por ahí no me creería nadie.

— Un cementerio. Déjame que piense... No estaría nada mal, ¿no crees? Uh, uh, uh... — el joven comenzó a imitar a un fantasma.

— Decididamente, eres idiota. Tu madre te debió parir a pedos. Pobre mujer, tener a un hijo así...

— Bueno, ¿para qué hemos venido, para discutir? Vamos a fumar un poco, que he conseguido una hierba buenísima — dijo el chico y acto seguido, extrajo de su bolsillo un paquete que contenía cogollos de cannabis y se dispuso a liarse un canuto. La chica lo miraba y al poco tiempo, cuando su acompañante lo encendió, propuso:

— Podríamos acercarnos luego a ver qué hay dentro de la ermita. Ya que estamos aquí...

— Vale, si te hace tanta ilusión. Y luego, si quieres, podemos ir al cementerio. Igual llegamos a la hora de las ánimas.

Esta vez la chica no hizo el menor caso del comentario.

Los dos jóvenes fumaron en silencio y al cabo de un poco, la muchacha se levantó.

— ¿Dónde vas?

— Voy a ver lo que hay dentro de la ermita. Hace muchos años que no he venido por aquí y no recuerdo muy bien qué había dentro.

La chica se asomó y casi dio un grito al percatarse de que podía oír voces. Alarmada, se volvió hacia su acompañante:

— Ven, corre. Estoy oyendo a alguien hablar. Dios mío, cari, es espantoso.

— Me la quieres pegar, ¿verdad? Te quieres vengar por haberte traído aquí y no sabes cómo. ¡Hay que ver qué rencorosa eres!

— Raúl, te juro que es verdad. Sabes que con estos temas no me gusta bromear.

— Mira, hazme caso. No fumes más. No te sienta nada bien.

La joven, al darse cuenta de que su novio no la creía, se empezó a enfadar. La impotencia la empezaba a desesperar. Mientras tanto, para el colmo, Raúl se reía y había empezado a liarse otro porro, lo que empezó a sacar a la muchacha de sus casillas.

Una vez hubo terminado el canuto se acercó a la ermita, con paso vacilante.

— Esto es para que el santo se coloque un poco y salga de la rutina — dicho esto exhaló una bocanada de humo y la expulsó de su boca, entre los barrotes, hacia el símbolo religioso.

— ¿Qué haces, estás loco? Ten un poco de miramiento. Aunque no seas creyente, debes respetar.

— Hay que ver cómo eres, te quejas por todo. Encima que me enrolló con el santo, que le invito a fumar...

Raúl se apartó, con rapidez de la ermita. Su novia no le había engañado.

— ¡Qué fuerte he oído voces! Tenías razón.

El mismo acababa de ser testigo y tras hacer un gesto a su novia, subieron en la motocicleta y, apresurados, abandonaron el lugar.

Capítulo 61

La sargento Montes sacó la cafetera del fuego y se dispuso a servirse una taza de café. Hacía escasos minutos que había hablado con sus agentes y estos le habían asegurado que muchos vecinos se habían sentido destrozados por la noticia y se habían unido a la búsqueda de los muchachos.

— ¿Usted se aloja en el hotel, verdad, señor Marc? — preguntó la guardia civil, sabiendo la respuesta, pero quería ver cómo se desenvolvía y si cometía

algún error, una contradicción. El hombre no estaba detenido pero, en aquel momento, todo el pueblo era sospechoso. Cierto era que por ahora no se podía confirmar el secuestro y que los niños podían estar perdidos por algún lugar.

Tras dar un trago a su café, contestó:

— Sí, por supuesto.

Si lo desea, puede ir a descansar.

— ¿No quiere que me quede por si acaso decido huir o me atrincheró en el interior de una entidad bancaria con rehenes?

— ¿Y dónde iría? ¿Atravesaría la sierra, sin conocerla?

— Preferiría, si fuera posible, quedarme y ayudar en lo que pudiera. Quizás, le pueda ser de gran ayuda, como me dijo.

— Buena elección. Coma algo, presiento, que la noche va a ser muy larga.

— Sí, cierto va a ser muy larga.

La mujer, dio un sorbo a su café y tras limpiarse con la lengua los labios, observó:

— Usted es escritor.

— Sí, soy autor de varias novelas de suspense.

— Vaya, muy interesante. Y por su experiencia en inventar historias de misterio, ¿no le parece normal que alguien crea que usted está implicado en la desaparición de los niños?

— Por mi experiencia, como usted muy bien dice, podría afirmar que cualquiera del pueblo está bajo sospecha del secuestro de los muchachos, si de verdad ha habido una intención porque puede haber ocurrido otra cosa. Y es lo que yo, desde un primer momento pienso

— ¿Y qué piensa que les podría haber sucedido, según usted? — la sargento intentó acorralar al escritor.

— Qué los chiquillos se hayan perdido o que estén atrapados en algún lugar, por eso fuimos a aquella casa abandonada — dijo el autor.

Llegó la mañana y no habían pasado tres horas desde que la sargento diera el aviso, cuando vieron por la ventana como una fila de vehículos todoterreno accedía al aparcamiento del cuartel.

— Ya están aquí los forestales, estupendo. Ellos nos ayudarán, se conocen, como las palmas de sus manos, cada sendero y cada rincón de este municipio.

Capítulo 62

Un hombre de entre cuarenta y cincuenta años de aspecto fornido, entró en las dependencias de la guardia civil y con paso firme se dirigió hacia donde se encontraba la agente de la autoridad y tras los saludos preliminares, informó:

— He traído a la brigada que se encarga de la prevención y extinción de incendios de este territorio municipal. Están dispuestos a empezar cuanto

antes. Pueden contar con nuestros servicios. También disponemos de un DRON que nos irá muy bien para sobrevolar las zonas más escarpadas. Estamos a sus órdenes, es un placer poder ayudarles, sargento.

— Muy bien. Ahora mismo nos dirigiremos al punto que falta cubrir y de allí y, siempre gracias a su gran conocimiento del terreno, comenzaremos a barrer el lugar en busca de los desaparecidos — aseguró la mujer, mientras se levantaba y cogía varios walkitalkies. Montes salió, apresurada, y Marc y el forestal fueron tras ella.

Marc ocupó el asiento del copiloto en el coche patrulla y este, conducido por la singular mujer, se puso en marcha. Los vehículos de los forestales fueron siguiéndoles en comitiva. En el rostro de cada uno se adivinaba el deseo de que los muchachos aparecieran cuanto antes, sanos.

Capítulo 63

El dispositivo que encabezaba el agente Santos y los padres de los menores desaparecidos estaban a punto de tomar el sendero que conducía a la ermita, cuando se dieron cuenta que bajaba una moto a gran velocidad.

El conductor, que parecía muy alterado, por los movimientos que hacía,

detuvo el ciclomotor junto a la comitiva y, tras quitarse el casco, aseguró:

— En la ermita hay fantasmas. Hemos oído sus siniestras voces.

— Es cierto lo que dice mi novio. Yo también lo he oído. Pensé que sería una confusión, pero no es así — coincidió la acompañante.

— Eso será porque os habréis fumado algo... Ahora no estamos para escuchar chorradas de esa clase — exclamó uno de los voluntarios que los conocía.

— Seguro que van colocados y no se enteran de nada. Lo único que quieren es dar la nota — aseguró otro.

— Iros al infierno — el conductor de la moto arrancó y se alejó del lugar, con su chica agarrando su cintura.

Los vecinos, que estaban atónitos, vieron cómo la luz trasera de la moto fue contrayéndose hasta extinguirse por completo.

Capítulo 64

La búsqueda, por desgracia, no obtuvo los frutos que todos esperaban y el sargento y el teniente, apoyados por el alcalde y por los miembros de Protección Civil, decidieron ampliar la búsqueda a otras localidades. Incluso se propuso informar a los medios de comunicación. El alcalde, en principio,

se mostró un poco contrariado porque pensaba que la presión mediática no traería nada bueno, pero al final tuvo que ceder debido a la insistencia de los ciudadanos y al descubrir que de ello podría sacar un beneficio.

Esa misma noche, después de la cena, Marc se dirigió hacia su habitación. Entró y lo primero que hizo fue cambiarse de ropa y ponerse el pijama y las zapatillas de ir por casa. Decidió que al día siguiente llamaría a su novia Laura, para preguntarle cómo iban las cosas por allí y también pensó que de momento omitiría los hechos acontecidos en España, referentes a la desaparición de los muchachos y la sospecha que caía sobre él.

En estas cavilaciones se encontraba cuando se dio cuenta de que no era capaz de pensar con demasiada claridad, no podía aguantar más, necesitaba descansar aunque solo fueran unas pocas horas.

Se tumbó y cuando se encontraba a punto de dormirse, fue sorprendido por un ruido. El sonido era entrecortado y podía asegurar que procedía del otro lado de la ventana. El maldito cuervo otra vez, pensó.

El escritor era incapaz, debido al cansancio, de levantarse de la cama, pero el toc toc se le empezaba a incrustar en el cerebro, de una manera desesperante.

Pasaban los minutos y pensó en que su paciencia no podría aguantar durante mucho más tiempo.

Después de un rato se levantó y tras abrir la cortina descubrió al cuervo que en ese momento alzó el vuelo y se dirigió hacia un pinar.

No tengo bastante con la desaparición de los chiquillos, para que encima me esté mareando este dichoso pájaro, lamentó.

Capítulo 65

Al día siguiente, y tras el desayuno, Marc salió fuera del hotel y vio a Zacarías que en ese instante entraba con su coche particular. El empresario dejó el vehículo y entró en el hotel, pero antes dirigió al autor una mirada cargada de resentimiento.

En ese instante se le ocurrió que debería hablar con él y dejarle las cosas

claras, decirle que no estaba implicado en la desaparición de su hijo y de su amigo, pero antes decidió que lo mejor era llamar a su novia, hacía unos días que no hablaba con ella y pensó que quizás estaría preocupada por él.

El autor entró en la recepción y se dirigió a donde se encontraba el teléfono público y en unos segundos escuchó la voz de Laura:

— ¿Quién es?

— Cariño, soy Marc.

— Hola, ¿cómo lo estás pasando?

El hombre se alegró de no notar, en el tono de voz de Laura, el menor reproche por llevar varios días sin haberla llamado.

— Muy bien. Es un lugar fantástico. Un día vendremos los dos y ya verás cómo te llevarás una gran sorpresa. La verdad es que no me imaginaba que esto me iba a gustar tanto.

— No quiero ni imaginarme todos los lugares históricos que estarás visitando. El día que vaya a España sabes que me gustaría ir a la costa de Levante, a Benidorm o a Peñíscola.

— Donde tú quieras. Mientras que estemos juntos... Por cierto, ¿cómo van las cosas por el hotel?

— Pues, simplemente, genial. No nos podemos quejar, para nada. Bueno, Marc, cuelga ya y disfruta de tu estancia y no se te olvide de practicar el español.

— No me queda más remedio, aquí no se habla otra cosa que el español.

— Bueno, cuelga ya o lo haré yo misma. No te inquietes por nada que estamos muy bien, tranquilo. Muchas gracias por haber llamado. Te adoro, Marc.

— Yo también te quiero mucho y no dejo de pensar ni un solo minuto en ti — contestó mientras le corrían por las mejillas las lágrimas.

Tras colgar, el autor se recompuso, como pudo y fue en busca del propietario del hotel. Cruzó el hall y se dirigió, con pasos decididos, a su despacho. No llegó a llamar porque cuando estaba a punto de golpear con los nudillos la puerta, uno de los empleados le aconsejó que no se molestara, porque no estaba, había salido a realizar una serie de gestiones.

Marc cambió de rumbo y salió del hotel.

Se encontraba en la entrada cuando, para su sorpresa, divisó al cuervo posado sobre la rama de una conífera. El animal miraba de un lado a otro, con aire inquieto, dando la impresión de que estuviera buscando algo.

De pronto, el ave abandonó la rama que le servía de atalaya y se detuvo en

otro árbol. Marc seguía con la mirada las evoluciones del córvido, este volvió a dejar el árbol y se posó en otro. El viento lamió la piel del escritor con su afilada lengua.

El autor no tardó en darse cuenta de que algo extraño sucedía. Aquel cuervo le estaba intentando llamar la atención y lo estaba dirigiendo a algún sitio en concreto. Como si quisiera decirle algo. Marc se apresuró y siguió al ave quien, de vez en cuando, se posaba en el suelo, con el fin de no sacar mucha distancia al humano. Este a una prudente distancia, seguía sus progresos.

Capítulo 66

La sargento Montes, antes de entrar con el coche patrulla en el cuartel, pensó en dar una vuelta por las afueras del poblado. Vio el sendero de acceso a la ermita y decidió pegar un vistazo. Su intuición de mujer parecía decirle algo y decidió dejarse llevar y hacerle caso. A los pocos cientos de metros, divisó la silueta de alguien y enseguida se percató de que era un hombre que hacía cosas raras.

Su asombro fue mayúsculo cuando se dio cuenta de que se trataba del escritor inglés.

— ¿Se puede saber qué diablos está haciendo aquí, señor Marc?

— Estoy siguiendo a ese cuervo de allí — fue la respuesta.

— ¿Qué le ocurre, ha perdido la cabeza?

— De eso nada, estoy más cuerdo que nunca.

— Pues lo disimula muy bien.

— No se mueva, por favor, no quiero que se asuste y salga volando.

El autor vio cómo el córvido se posaba en la repisa de la entrada de la ermita y, ante el rostro asombrado de la agente, dijo:

— Creo que, al fin, sé dónde están los niños...

Capítulo 67

El centro de salud se encontraba en otra población a unos ocho kilómetros de La Encina. Dado el pequeño número de ciudadanos, con el que contaban los pueblos, el centro sanitario cubría a varias poblaciones.

Disponía de un apartado dedicado a los típicos médicos de cabecera y un departamento destinado a las emergencias que, en los días laborales, comenzaba el servicio a partir de las tres de la tarde cuando finalizaban su

labor los médicos de primaria.

La ambulancia permanecía aparcada en su plaza destinada y un técnico en emergencias revisaba el material sanitario, en el interior de la cabina asistencial. Una vez había finalizado de comprobar la unidad, el hombre, de unos cuarenta años, entró en el centro sanitario.

La sala de espera estaba abarrotada de pacientes que ansiaban ser llamados.

El celador, como podía, se los quitaba de encima pidiéndoles que tuvieran un poco de paciencia y que iría llamando por orden de llegada, siempre que no hubiera un caso más grave. Dolor de cabeza, un simple resfriado, su familiar no comía mucho..., nada urgente.

— Qué día más tranquilo, ¿no te parece? — se extrañó el técnico cuando entró en la sala de estar.

— Mejor no digas nada. Basta decirlo para que salga algo. Siempre pasa lo mismo — afirmó su compañera, una chica de unos treinta y pico años, con el pelo negro que le caía, como una cascada, por encima de los hombros.

— Voy a leer un poco. Por cierto, los compañeros de la noche nos han dejado con solo una caja de guantes y sábanas hay las justas.

— No te preocupes, luego si vamos al hospital repondremos la unidad. Eso es lo de menos.

Tras haber leído unas páginas, el sanitario dejó el libro sobre sus piernas y preguntó a su compañera:

— ¿Cómo llevas el embarazo?

— De momento bien, gracias.

— Aún no lo has dicho en la empresa, ¿verdad?

— No, de momento he preferido no decir nada y no sé cómo se lo tomarán. De todas formas, mi marido y yo lo estamos hablando y no creo que tarden mucho en darme la baja por riesgo.

— Pues cuando te cojas la baja, ya veremos a quién me ponen de compañero. No quiero ni pensarlo...

— Tú no tienes problemas con nadie. Te adaptas a todo el mundo. Llevas mucho tiempo aquí y ya has visto pasar a mucha gente por la empresa.

En ese momento sonó el teléfono de la guardia y mientras la chica se dirigía a la mesa a coger el teléfono, aseguró:

— Ves, eso pasa por hablar...

Capítulo 68

Al cabo de un rato, los ciudadanos que se habían enterado de que los muchachos, posiblemente, se encontraban en la ermita, fueron acudiendo al lugar, alertados por la curiosidad.

Agentes de la Guardia Civil intentaban, cómo podían, contenerlos, para que no atravesaran el cordón policial.

Unas mujeres de considerable edad se acercaron y empezaron a increpar a los operarios del ayuntamiento, quienes en algunos momentos incluso llegaron a ver amenazadas sus funciones.

— ¡No rompan la puerta del santo lugar, es sacrilegio! — dijo una de las señoras a punto de sufrir una crisis de ansiedad.

— No vamos a romper nada, señora. Y si lo hacemos, se volverá a reparar, no se preocupe por eso. Lo más importante ahora, es encontrar a los chiquillos. Dejen trabajar a las personas, lo único que quieren es ganarse el pan — solicitó uno de los agentes allí desplazados.

En la lejanía se oyó el estridente sonido de una ambulancia. El conductor sin dejar de mirar la carretera dijo a su compañera:

— Enseguida llegamos. Me imagino que estará la Benemérita.

— Yo creo que sí. Como es un servicio preventivo lo más seguro es que el aviso nos haya entrado a todos: Guardia Civil, bomberos...

— Sí, la verdad es que no me extrañaría nada que estuvieran allí.

Un guardia civil se acercó al gentío y en voz alta dijo:

— ¡Háganse a un lado, abran paso a los servicios de emergencias!

La ambulancia se detuvo y, tras descender, los técnicos se dirigieron a donde se encontraba la sargento Montes y Marc. La guardia civil les explicó a los sanitarios la razón por la que había requerido su presencia:

— He decidido llamar al 112 porque creemos que hay dos niños en el interior de esta ermita y pensamos que quizás necesiten atención sanitaria o ser trasladados al hospital. Más vale prevenir que curar.

Uno de los técnicos se separó para realizar una llamada a su central, para informar sobre lo sucedido y en espera de instrucciones, su compañera, que era un poco más joven, preguntó:

— ¿Y cómo han ido a parar hay dentro? Si se puede saber, claro. Porque no me puede usted negar que esto es un poco extraño.

La sargento le explicó, hasta donde ella sabía mientras, de vez en cuando, miraba hacia donde los operarios trabajaban, y continuamente, eran observados por los curiosos ciudadanos quienes parecían asombrados por su forma de trabajar.

En ese momento apareció Zacarías y dirigiéndose a Marc, gritó:

— ¡Será mejor que diga dónde se encuentran los chiquillos, ahora mismo!

— Ahora no es el mejor momento — ordenó la sargento.

El empresario lejos de irse o simplemente de calmarse, volvió a la carga:

— ¡Hable ahora mismo, cuente la verdad!

— ¡Cállese de una vez! Y de los interrogatorios me encargo yo. Haga el favor de retirarse, aquí no puede estar — dijo tajante la sargento.

— Mi hijo ha desaparecido y estoy seguro de que él — señaló a Marc — sabe dónde está. Y apostaría lo que fuera a que dentro de la ermita no está. Esto lo hace como una calculada estrategia, para ganar tiempo y así llevar a cabo sus malintencionados planes. A saber qué es lo que está tramando.

La sargento empezó a perder la paciencia y, mirando a un agente, ordenó:

— Sánchez, llévese a este hombre de aquí o, al final, terminaré por llevarlo al calabozo.

El guardia civil cogió del brazo a Zacarías y se lo llevó a un lado. Este no paraba de quejarse y enseguida la multitud se acercó a él, para interesarse por su estado.

De pronto, una de las mujeres, pertenecientes a la congregación católica, empezó a gritar:

— ¡Eso que están haciendo es sacrilegio y tendrá sus consecuencias! No crean que se van a quedar tranquilos...

Los operarios, sin inquietarse, continuaban con su trabajo, como si el asunto no fuera con ellos.

Al cabo de unos minutos, apareció en el lugar el coche del alcalde.

— Mirad, ahora aparece el alcalde. Se ve que tendría algo mejor que hacer — dijo un ciudadano.

— A buenas horas viene. Habrase visto — se indignó otro.

Capítulo 69

El alcalde, que venía acompañado de su hija, se abrió paso entre el gentío y cuando llegó a la altura de la sargento, dijo:

— ¿Qué es todo esto? Parece un circo — aseguró mientras era incapaz de apartar la vista de la marea de gente que inundaba el lugar.

Para desgracia de la sargento Montes, las mujeres de la congregación

volvieron con su particular batalla:

— Esto es un desacato a los principios del Cristianismo y de la Sagradas Escrituras — gritó una de las católicas.

— Cállese, señora, ¿no ve que están buscando a unos chavales? Si fueran sus nietos, estoy segura de que no dirían nada — aseguró una ciudadana.

— Usted no me levanta la voz, mujer de vida alegre. Desde que enviudó le gusta ir detrás de los hombres. Sinvergüenza.

— Cómo se atreve...

De pronto, empezó a extenderse la tensión y el alcalde, al percatarse de que el asunto se le empezaba a ir de las manos, rugió:

— ¡Basta ya, por el amor de Dios! ¿Están todos locos? — al ver que sus palabras habían causado efecto, prosiguió —. Han desaparecido unas criaturas y puede que estén dentro de la ermita. Sé que es una situación muy extraña, que no hay en la Historia un precedente pero, créanme, no tenemos muchas más alternativas para encontrarlos. Es la única esperanza que nos queda y hay que agarrarse a un clavo ardiendo. Ahora es cuando más unidos tendríamos que estar y no discutiendo por tonterías, como si fuéramos unos inconscientes.

— ¡El alcalde tiene razón, debemos hacerle caso y estar todos a una! — gritó un hombre.

— ¡Lo hace por nuestro bien! — esta vez fue una anciana, seguro que una votante.

Capítulo 70

Los operarios continuaban con su trabajo, ya habían logrado extraer la verja de acceso al santo lugar, y la dejaron apoyada a un lado.

La sargento Montes se encontraba hablando con Marc, cuando un chico y una chica se le acercaron.

— Nosotros oímos voces que salían de dentro de la ermita — aseguró una

chica que llevaba un casco sujeto a la altura del codo, los ojos rojos y no precisamente del aire.

— Lo hemos dicho, pero nadie nos ha creído. No nos hacen ni el menor caso. No sé qué se creerán que son — intervino el motorista que acompañaba a la chica y parecía de lo más indignado —. Por cierto, si necesitan a alguien para entrar cuenten conmigo. Una vez hice un curso de primeros auxilios y a veces hago algún servicio en Protección Civil.

— Muchas gracias por su información, ahora apártense, por favor. Si los ven aquí, todo el mundo querrá venir y ya tenemos bastante follón — solicitó la sargento.

— Descuide, lo entendemos — dijo la chica.

En ese momento en la lejanía se oyó el estridente sonido de una sirena. La sargento Montes le hizo una señal a un agente y ordenó:

— Vaya apartando a la gente, ya están aquí los bomberos.

El camión de bomberos, precedido del vehículo del sargento, se abría paso entre la muchedumbre. La guardia civil no daba a basto y cada vez era mayor el número de curiosos que merodeaban por el lugar

El alto mando de los bomberos apagó el motor y dijo a la sargento:

— Nos ha sido imposible venir antes. Hemos estado luchando con un conato de incendio. Debido al aire nos ha sido muy complicado, pero al final nos hemos hecho con él.

— No pasa nada, muchas gracias por venir. También hay una ambulancia, los técnicos están por aquí.

Tras decir las palabras, la sargento se percató de que un coche patrulla de la Guardia Civil se aproximaba por la carretera.

Al ver que se trataba de los familiares, Sonia le dijo a un guardia:

— Haga el favor de evitar que se acerquen aquí. Diles que cuando quiera algo de ellos, ya iré yo. Ya tengo bastante con los de la congregación. Estarán muy nerviosos, es comprensible, y no van a hacer otra cosa que entorpecer.

— Entendido, mi sargento — el guardia se llevó a un lado a los familiares y tras unos segundos de silencio, admitió:

— Qué ganas de que acabe todo esto. Ojalá aparezcan ya, por Dios. Esta situación es desesperante, no había visto nada igual en mi vida.

— Sí, que aparezcan ya, y que estén bien — coincidió Marc.

Capítulo 71

En ese momento, se acercó un fornido bombero que portaba algo en las manos.

— Mire, sargento, esto estaba en la entrada de la ermita. Es un trozo de tela roja.

— Curioso — fue el escueto comentario.

— Eso debe de haberlo puesto allí el cuervo, por eso venía a la ermita. Lo pondría como señuelo para no perder la ubicación del lugar.

El bombero, extrañado de las palabras del escritor, preguntó:

— ¿Cómo dice?

— Hace unos días que he visto al animal por el hotel y, esta mañana, lo volví a ver y decidí seguirlo y, para mi sorpresa, me trajo hasta aquí. El córvido sabe que algo ocurre en la ermita. Tengo un gran presentimiento y sé muy bien que estos animales son muy listos.

— ¿Está intentando decir que un cuervo sería capaz de saber que los chiquillos están atrapados en algún lugar, en este caso, allí? Parece más una historia de Walt Disney que de la vida real — la sargento señaló asombrada el santo lugar.

— Aunque parezca extraño lo que estoy diciendo, sí, muchos científicos aseguran que realizan, incluso, una especie de ritos funerarios.

La agente de la autoridad no daba crédito a las palabras del escritor.

— Donde yo vivo, un gélido día de invierno, un vecino me avisó para que viera algo realmente extraño. Cuando salimos a la calle me señaló un tejado y mi sorpresa fue mayúscula cuando vi a un cuervo que, sobre una pequeña plancha, se dejaba deslizar por el tejado. ¡Estaba esquiando!

— Increíble, me gustaría verlo un día — Sonia no pudo evitar asombrarse, pero confió en el autor, ya desde el principio le había parecido un gran erudito y una persona que sabía de lo que hablaba.

Al poco tiempo, el alcalde logró despistarse de un grupo de ciudadanos y se dirigió a donde se encontraba el puesto de emergencias, pero una mujer lo detuvo, solicitando:

— Señor alcalde, ¿cuándo piensa arreglar las calles del arrabal? Es una lástima que una parte del pueblo, tan antigua y bonita, se esté deteriorando con el paso del tiempo. Debe de hacer una intervención, de inmediato.

— No se preocupe, estamos en ello y muchas gracias por comunicármelo — improvisó.

— A ver si este año puede hacer algo para que admitan a mi hijo a trabajar en la brigada de prevención y extinción de incendios forestales. Está a punto de finalizar el periodo de cobrar del paro, no tendrá más ingresos y tiene un niño pequeño y otro que va en camino — demandó otro.

— Dígame que venga a verme mañana y hablaremos sobre el asunto. Haré todo lo que pueda, lo que esté en mis manos para ayudarlo, se lo aseguro.

— Las bombillas de los faroles de mi calle llevan fundidas hace, por lo

menos, dos semanas. Es una vergüenza, no podemos continuar, por más tiempo, en esta lamentable situación — aseguró una robusta mujer.

— Tiene toda la razón, eso hay que solucionarlo lo antes posible. Podría alguien tropezar y caerse por la falta de visibilidad y tendríamos un disgusto — volvió a lograr escabullirse, sin soltar a su hija de la mano.

Por fin, tras sortear a varias personas más, llegó junto a la sargento y preguntó:

— ¿Cómo va todo?

— Imagínese, solo tiene que ver como tengo esto de curiosos. La verdad es que no me imaginaba que hubiera tanta gente en el pueblo.

— Y no la hay, lo que pasa es que han venido de otras poblaciones para enterarse de lo que ocurría. Ya sabemos cómo es la sociedad...

— Tiene toda la razón del mundo — dijo la sargento.

— ¿Cree que esto se solucionará pronto?

— Eso esperamos. Los bomberos ya han entrado, ahora no podemos hacer otra cosa que esperar, no tenemos más opciones, por ahora.

— Tengo entendido que uno de los niños es el hijo de Zacarías, ¿cómo lo están llevando los padres?

— No muy bien. Están muy nerviosos.

— Es normal, ya tuvieron una experiencia muy traumática con su hija.

— Y tanto que fue traumática. No me gustaría haberme visto en su lugar, por nada en el mundo.

— No a mí tampoco — aseguró el alcalde, acariciando a su hija.

Capítulo 72

Los minutos pasaban sin ninguna novedad. Los vecinos, lejos de irse a sus hogares, habían decidido cenar allí y no tuvieron bastante con traerse la cena, sino que incluso se trajeron sus sillas de casa y el lugar empezó a parecerse más a un cine de verano que a las inmediaciones de un lugar sagrado. La noche

prometía ser entretenida y ellos no la iban a dejar pasar. El espectáculo estaba servido.

Cada vez que un vecino se levantaba de su asiento, bien para llamar a alguien o bien para recoger algo que se le había caído, era increpado por los espectadores que ocupaban los asientos posteriores, escudándose con que les tapaba la visión e iban a perderse la singular función.

La sargento Montes veía con malos ojos como el alcalde estaba llevando la situación. Para ganarse la popularidad de los ciudadanos, había optado por no ser discreto con el asunto. A pesar de que al principio se había sentido un poco reacio con la aglomeración de los ciudadanos, posteriormente había visto en ellos una potencial oportunidad de promoción. Lo que vino a continuación, aunque parezca difícil, aún desquició más a la sargento, quien exclamó:

— No puede ser, debo de estar soñando. Esto ya es el colmo. ¿Se puede saber quién ha llamado a la televisión española?

Al ver al alcalde poniéndose bien la corbata obtuvo la respuesta.

— No me lo puedo creer, lo que está haciendo este hombre ya supera lo inimaginable — dijo la agente a Marc.

Mientras tanto, varias jóvenes, ponían al alcalde polvos en la cara y unos técnicos se dispusieron a colocar focos en los alrededores. Los espectadores parecían encantados con la nueva situación.

— Esto es mejor que el cine — aseguró una mujer.

— Cierto, y además es gratis. Más no se puede pedir — coincidió otra.

Una exuberante joven apareció en la escena y pasó un micrófono inalámbrico al alcalde, quien pareció agradecerlo, componiendo una de sus mejores sonrisas. Tras una energética y melodiosa sintonía, no tardaron en llegar las preguntas:

— Hola, buenas noches. ¿Cree usted que aparecerán los muchachos?

— Hola a todos los espectadores. Eso es justo lo que estamos intentando con este dispositivo de rescate, encontrarlos.

— ¿Tienen alguna estimación de lo grande que puede ser la ermita por dentro? — volvió a preguntar la periodista.

— Los bomberos han especulado con la posibilidad de que pueda tener algún paso subterráneo, secreto... Cada año sacamos al santo para realizar la procesión, a la cual aprovecho para invitar a todos, y en un primer momento desconocemos si hubiera algún otro acceso a alguna cámara, pero de estar allí dentro las criaturas, sería confirmado.

— Entiendo...

Capítulo 73

La sargento miraba con el ceño fruncido la intervención del alcalde y en su interior esperaba que las cámaras no se posaran sobre ella y que, por lo tanto, su miedo escénico le causara algún problema o la pusiera en algún serio compromiso del que, de seguro, sería complicado salir. Puesto que Sonia no estaba acostumbrada a hablar ante las cámaras de televisión y sería posible cometer cualquier tipo de torpeza.

Después de unos segundos de incertidumbre, el interés de los periodistas se centró en la figura del sargento de bomberos. Este desde el minuto uno, dejó bien claro que no hablaría con los medios de comunicación hasta que no se hubiera acabado el operativo, que su obligación era estar con sus compañeros y, eso sí, dar cualquier tipo de información, si la tuviera, a los familiares de los desaparecidos, pues era a ellos a quienes tenía que dar las explicaciones oportunas.

La sargento observaba como unos individuos intentaban vender globos que se suspendían en el aire, ante las demandantes miradas de los niños. Incluso no tardó en divisar a un hombre que hacía los populares algodones de azúcar e iba de un lado a otro ofertando su golosa mercancía. También observó cómo una mujer estaba haciendo trenzas a una niña y luego vio como la madre de la pequeña le pagaba por el trabajo realizado.

En ese preciso instante, descubrió a la reportera que se acercaba a ella e intentó improvisar algo para librarse de sus incómodas preguntas y de salir en la televisión. Pero la aparición de los bomberos, desvió hacia otro lugar las cámaras y lograron acallar sus temores.

El corazón que empezó a martillear en su pecho, volvió a su ritmo habitual.

Capítulo 74

El cordón policial se intensificó y todo el mundo, para su alivio, fue testigo de cómo los equipos de emergencias se abalanzaron para atender a dos muchachos, que en ese instante salían por la entrada de la ermita.

Los espectadores se levantaron y rompieron en un multitudinario aplauso.

La sargento se dio la vuelta y abrazó a Marc y, enseguida, exclamó:

— Menos mal, gracias a Dios, aparecieron y parece que están bien.

La reportera se dirigió a donde estaba la ambulancia, pero la sargento la interceptó cogiéndola de un brazo.

— Ni se le ocurra ir. Los técnicos están atendiendo a los chiquillos. Ahora no se les puede molestar y yo misma me encargaré de su seguridad y de su intimidad. Así que será mejor que abandone de inmediato la zona donde operan los servicios de emergencias y no entorpezca nuestro trabajo o haré todo lo posible para que se aleje de aquí. Aunque tenga que ponerme en contacto con algún superior o incluso con el Ministerio del Interior.

La periodista se dio la vuelta y comenzó a hablar con los ciudadanos. No parecía molesta por el tono utilizado por Sonia. Debía de estar acostumbrada...

Fue en ese momento cuando la sargento se percató de que junto a la ambulancia había un hombre. Le hizo un gesto al escritor para que le siguiera, pero cuando estaba a punto de llegar se dio cuenta de que la reportera, se le había adelantado y se estaba preparando para hacerle una entrevista.

— Usted no puede estar aquí. Ya se lo he dicho antes. ¿Tiene algún problema de audición? — rugió la guardia civil.

— Yo también tengo que hacer mi trabajo. Que yo sepa, nadie vive del aire.

El hombre quien también había salido de la ermita con los chiquillos le arrebató el micro a la reportera.

Los espectadores permanecían en sus asientos. Las mujeres de la congregación también repararon en el peculiar recién aparecido. Todo el mundo esperaba las palabras del hombre y este acercando el micrófono a la boca, dijo:

— He estado viviendo dentro de esta ermita durante una eternidad, sin saber que en realidad he sido engañado. Todos estos años transcurridos, en el interior de las entrañas de La Encina, han sido una mentira. Una falacia maquinada por una perversa mente — mientras decía estas palabras, levantaba los brazos en dirección al cielo.

La gente estaba asombrada y no era capaz de reaccionar. En verdad, en cierto modo, eran incapaces de llegar a comprender la magnitud de los acontecimientos que se estaban desarrollando.

El hombre bajó los brazos y volvió con su discurso:

— Nadie, jamás, podrá devolverme todo el tiempo que he perdido. Está bien, ya pueden detenerme, aquí me tienen. Pueden hacer conmigo lo que quieran, pero les aseguro que si me meten en prisión, poco alterará mi ánimo pues mi

naturaleza ya está más que acostumbrada a la falta de libertad. Mi padre fue republicano hasta la médula y luchó en el bando del Frente Popular. Me escondí en la ermita para evitar ser fusilado como lo fueron el resto de mi familia, y mis amigos — un murmullo recorrió el lugar, el hombre prosiguió —. Gracias a la comida que me proporcionaba mi esposa he logrado sobrevivir todos estos largos años. Quiero que sepan que, aunque parezca mentira, en ningún momento he perdido la compostura, pero sí mis convicciones políticas. Puesto que en todo este periodo de tiempo he estado reflexionando sobre la izquierda y la derecha y no sé cuál de las dos es peor. Pues durante lo que duró la contienda fui testigo de las atrocidades que cometieron ambos bandos. ¡Se mataban entre hermanos!

El hombre tras decir aquello pareció haberse quitado un peso de encima.

— ¿Quién es su esposa, señor? — preguntó la reportera, ante la expectación de los ciudadanos.

— Yo soy su esposa — una mujer, de unos ochenta años, irrumpió en el lugar y después de aclarar una pequeña parte de su identidad se dirigió al anciano —. Cariño, te he engañado, lo reconozco. Durante todo este tiempo te he estado mintiendo. Franco murió hace muchos años, incluso el día de su muerte te lo oculté. Sé que está muy mal hecho por mi parte...

— Pobre hombre a saber por todo lo que ha tenido que pasar. No hay derecho. ¡Esta mujer está loca! — se indignó un vecino.

La reportera, quien no podía dejar de pensar en el buen trabajo que estaba realizando y en el reconocimiento que obtendría después, mirando hacia la cámara que tenía más cerca, preguntó:

— ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué permitió que su marido no solo estuviera encerrado bajo tierra, sino que también lo tuvo, por completo, aislado del mundo, de la actualidad, de la compañía de su gente, de su pueblo?

— Porque tenía miedo de que se fuera con otra. Lo quiero tanto...

— ¿Me has arruinado todos estos años de mi vida porque no temías que me fuera con otra? ¡No me lo puedo creer!

— Sí — fue la escueta respuesta.

La reportera no podía dejar de asombrarse y dirigió a uno de sus compañeros, quien no paraba de revisar los focos, un gesto de satisfacción.

La sargento miró al escritor y le aseguró:

— Esto que está haciendo el alcalde no tiene ni pies ni cabeza.

— ¿Cómo dice, sargento?

La mujer, al darse cuenta de que el inglés no había entendido la frase por ser

de otro país, dijo:

— Da igual, no tiene la más mínima importancia.

La agente no podía dar crédito a lo que veían sus ojos: su esposo se dirigía a ella con un ramo de flores, Julián cogió el micrófono y dijo:

— Quiero aprovechar este momento para decirle a mi esposa que la quiero mucho y que permaneceré a su lado hasta el fin de mis días. La verdad es que no te lo digo mucho, pero tú sabes que te amo con toda mi alma, amor.

— ¡Oh, qué bonito! — exclamó al unísono el público.

La sargento fue abrazada por su esposo en medio de los aplausos de la exaltada concurrencia.

El alcalde, contento de lo de sí que estaba dando la tarde, aprovechó el momento para conseguir el micrófono y se lo entregó a la reportera. Esta volvió a centrar su interés hacia el corregidor.

Mientras, los padres habían podido acceder al otro lado del cordón policial y abrazaban a sus hijos. Zacarías se acercó a Marc y le dijo:

— Lo siento, por no haber confiado en usted.

— No tiene la menor importancia.

— Le debo una disculpa, por no haber estado muy afortunado, con mis acusaciones hacia su persona, en todos estos días.

— Y darle las gracias también estaría bien — dijo la sargento, ante la mirada de sorpresa de su interlocutor, continuó —. Gracias a Marc hemos encontrado a los chiquillos.

— Bueno, en verdad todo sea dicho, ha sido gracias al cuervo.

— ¿Cómo es eso? Explíquemelo, por favor — quiso saber Zacarías, mientras veía como se habían acercado Juanito, Jaime y los demás familiares.

— Muy sencillo, hace unos días que llevo observando un comportamiento bastante extraño en un cuervo. Me fijé en él y enseguida me di cuenta de que algo tramaba. Sí, cómo lo están oyendo. Sé a ciencia cierta que son unos animales muy inteligentes y que son capaces de llevar a cabo lo inimaginable, como hizo al ir guiándome hasta la ermita donde estaban los chiquillos y ese hombre que a todos nos ha sorprendido y que...

— Es nada más y nada menos que el fantasma de la casa abandonada y su mujer es la que le llevaba la comida con bandejas y pensábamos que era un espectro también.

— Elemental, querido Jaime. Misterio resuelto — dijo Marc, guiñando el ojo al chiquillo.

— Formamos un gran equipo — aseguró Jaime y chocó los cinco con el

escritor.

Capítulo 75

La sargento se despidió de los técnicos de emergencias, de los bomberos y se volvió hacia donde estaba Marc y los familiares y dijo:

— Bueno, afortunadamente, parece que ya está todo aclarado.

— Esto hay que celebrarlo y a lo grande — aseguró Zacarías.

— ¿Y cómo lo piensas celebrar? Si se puede saber — preguntó su esposa.

— Ahora enseguida lo verás.

Zacarías se dirigió a donde se encontraba el alcalde, la reportera y tras pedir disculpas y adueñarse del micrófono, informó:

— Queridos vecinos, con motivo del entrañable acontecimiento que nos une a todos en esta agradable noche, me es grato comunicaros que mañana estáis todos invitados a una gran cena, que tendrá lugar en mi bodega. Por supuesto, los trabajadores de mi empresa también están invitados. Así sin más, hasta mañana y muchísimas gracias a todos por el interés que habéis mostrado por saber cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Los ciudadanos asombrados por la singular invitación fueron recogiendo, entre murmullos, sus sillas y se dirigieron de vuelta a sus hogares.

Fue entonces cuando Sonia se acercó a Marc y lo apartó un momento y le dijo, casi en un susurro:

— Mañana por la mañana le recogeré en la puerta del hotel, sobre las nueve de la mañana para llevarle a un sitio. Si puede, claro.

El escritor, que no tardó en percatarse de lo que quería decir su interlocutora, exclamó:

— Perfecto, mañana no tengo nada que hacer y será un placer acompañarla.

Capítulo 76

El vehículo conducido por la sargento Montes se fue alejando de la población. A su lado, Marc miraba por el espejo retrovisor y veía cómo el pueblo se iba haciendo cada vez más pequeño. Se alegró al descubrir a una colonia de buitres que planeaba a no mucha distancia del coche. También se fijó en las cercanas montañas y admiró los pronunciados desniveles, donde se

encontraban ubicadas las buitreras.

Tras veinte minutos de viaje, y alejados de la Sierra, llegaron a otra población y tras sortear varias calles, llegaron a un edificio que tenía las características de un enorme chalet y tras aparcar en el parking, que se encontraba dentro del recinto, entraron en un gran hall.

Sonia fue saludando a las personas que se cruzaba en su camino, hasta llegar a una sala. Antes de entrar, la sargento miró a los ojos del escritor y le indicó:

— El otro día le llamé por teléfono y hablé con él y le puse al corriente de que un amigo mío quería conocerle. Me quedé helada cuando me dijo que no había ningún problema.

— ¿Él sabe que soy escritor?

— No, de momento, no he querido decirle nada.

— Entiendo.

Sonia entró seguida de Marc. La mujer saludó a varios ancianos y llegó a un hombre que estaba, sentado, de espaldas, mirando a través de una ventana.

— Has venido más pronto de lo que pensaba. Como siempre tan puntual.

Marc se asombró de que el anciano había sabido que era su hija, sin siquiera girarse. Luego lo hizo y se levantó, abrazando a Sonia y dando la mano al autor a quien no pasó desapercibida la estupenda condición física que presentaba en hombre comparado con los demás internos.

Tras las presentaciones, Diego, dijo:

— Será mejor que vayamos fuera, no hace mucho frío y estaremos más tranquilos.

— Bueno, yo será mejor que me marche. Os dejo solos hablando.

— De eso nada, hija, quiero que también estés presente. Deseo que escuches lo que voy a contar. Ya estoy harto de guardarme las cosas para mí.

Sonia no daba crédito a la determinación que había tomado y se alegró mucho de notar aquel cambio que seguro mejoraría su salud emocional.

— Me imagino que mi hija ya le habrá contado algo sobre el asunto en cuestión, ¿no es así?

— Sí, y me parece lamentable.

— Pues ni ella, ni usted pueden llegar a hacerse una idea de lo trascendental de los hechos — el anciano hizo un pequeño silencio para darle más énfasis a sus palabras y luego continuó —. Cuando tuvo lugar la aparición de los cadáveres de las niñas, apoyé mucho a Zacarías, de hecho, incluso cuando libraba me iba con él a visitar al forense que posteriormente se encargó de las autopsias, el profesor Frontera. Yo que en todo momento estuve en contacto

con él pude ver con impotencia como se le iban cerrando a Zacarías las puertas.

Sonia miraba asombrada a su padre y no podía dejar de preguntarse cuál sería el motivo de que el anciano hubiera permitido una entrevista que lo único que hacía era remover de nuevo ese dramático pasado, al cabo de unos segundos quiso saber:

— Al final metieron a ese en la cárcel y se acabó el asunto, ¿verdad?

— Según la versión oficial, sí. Pero por lo que tengo yo entendido no.

La sargento que no podía disimular su curiosidad, volvió a preguntar:

— ¿Qué es lo que quieres decir?

— Unos años después de que el juicio hubo terminado y se conociera la sentencia, recibí por parte de un compañero guardia civil un encargo de lo más extraño que te puedas imaginar.

Debía acudir, solo, a una terraza de un bar donde conocería a un hombre que deseaba hablar conmigo. Me decidí a ir y cuando estaba en el lugar, efectivamente, un hombre se me acercó y me dijo que sabía quién era y que tenía que hablar conmigo. Le indiqué que tomara asiento y me empezó a decir que él también pertenecía a la Benemérita, pero que se encontraba en la reserva y a punto de jubilarse. Salió el camarero, pedí un cortado y mi acompañante solicitó un Gin Tonic. Al ver cómo le temblaban las manos me di cuenta de que esa persona debía de tener problemas con el alcohol y además, graves. De pronto, extrajo un papel de su bolsillo y me indicó que ni él ni ningún agente pudo hacer nada. También me pidió que lo leyera en casa y solo. Entonces le pregunté a qué se refería y me dijo que hablaba de las niñas. Doblé el papel y lo guardé en mi cartera. El hombre cada vez parecía más nervioso, como si fuera a padecer una crisis de ansiedad. Se levantó, se excusó y fue al servicio. Yo me quedé alucinando, sin comprender nada de lo que estaba sucediendo. Pasaron diez minutos y el hombre no había salido aún. El camarero salió y le pregunté por él y me dijo que también le extrañaba que no hubiera salido ya. Fuimos al cuarto de baño y como vimos que no contestaba, decidimos dar un empujón a la puerta. Está al principio le costó, pero al final cedió y descubrimos al hombre echado en el suelo con un tiro en la cabeza. La pistola llevaba puesto un silenciador y permanecía a su lado en el suelo. La sangre había salpicado hasta las paredes y si te fijaba un poco podías descubrir, incluso, trozos del encéfalo. Llamamos a los servicios de emergencias, aunque sabíamos que ya no había nada que hacer. Con el tiempo me enteré que el hombre padecía una grave depresión.

Aquella noche cuando llegué a casa e hice una vida normal. Por aquel entonces, vivía con tu madre y aún no había enfermado. Cuando me di cuenta de que mi mujer se había dormido, salí al comedor y tras sacar el sobre de la cartera comencé a leerlo. Es este mismo documento.

Marc y Sonia estaban impresionados por lo que les estaba contando Diego.

El anciano desplegó un papel y comenzó a leerlo en voz alta:

“Decidí escribir los hechos vividos en aquella época porque pensé que quizás algún día podría hacerle falta a alguien. Tras la desaparición de las dos criaturas, fui requerido para formar parte de una misión muy extraña. Tenía que ir junto a otros individuos a una especie de pantano. Íbamos dos vehículos todo terreno, el patrol nuestro de la Guardia Civil y otro vehículo de parecidas características, de color negro y con los cristales tintados en negro. Salieron varios hombres y tras ponerse unos trajes de neopreno y bombonas de oxígeno, se introdujeron en las oscuras aguas de aquel pantano y tras unos minutos salieron con varios bultos.

Yo no me acerqué porque desde un primer momento me indicaron mis superiores que no metiera las narices en nada. Solo debía vigilar que no hubieran cerca periodistas o alguien que pudiera poner en riesgo la operación. Estaba acobardado, sabía que aquellos fardos pertenecían a las niñas desaparecidas. No podría probarlo, pero estaba convencido de ello. Aquello no me olía nada bien. Después nos dijeron que les siguiéramos y así hicimos. Llegamos a una especie de cortijo y los bultos los metieron dentro de un patio. A saber...

Nos dijeron que nos fuéramos y así hicimos. Quedamos en que al día siguiente nos veríamos de nuevo en aquel mismo punto cuando nos avisaran. A la mañana siguiente, entre de servicio y nos comunicaron que debíamos ir a un simulacro. A mí me dijeron que me esperara en el cuartel y la verdad es que me extrañó porque no tenía constancia de que se fuera a celebrar semejante evento. Se llevaron todos los vehículos. Al cabo de un par de horas, aparecieron dos hombres afirmando que habían descubierto, en un montón de tierra, un puño de hombre con un reloj que sobresalía del montículo. Les tomé declaración y el sargento les dijo que no teníamos coches patrulla en aquellos momentos y que cuando hubieran vuelto las unidades, entonces, se pondrían en contacto con ellos y subirían al paraje del castillo, donde se encontraban las colmenas. Los hombres asintieron y se marcharon. El teniente se me quedó mirando con una cara como diciéndome que no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Fue transcurriendo la mañana y no recibí ninguna clase de

instrucción. Me sentía extraño en aquel cuartel y en una población en la que no conocía a nadie.

Llegó la hora de comer y al cuartel no habían regresado los coches patrulla. Como es fácil de comprender, no veía el momento de preguntarle al teniente que es lo que estaba sucediendo, pues era un superior y no quería recibir una bronca o algún tipo de expediente disciplinario.

A las cuatro de la tarde, al fin, regresaron los agentes y los vehículos. Fueron avisados los colmeneros y ascendimos al paraje. Cuando llegamos, y después de andar unos trescientos metros, los colmeneros señalaron un montón de tierra y uno de ellos, exclamó:

—Hay había una mano que sobresalía del montón de tierra.

Yo estaba perplejo. Ese enterramiento tan cutre está hecho adrede para que lo encontremos, pensé.

Un hombre vestido de traje y que yo no sabía a qué departamento oficial correspondía se agachó y dijo haber encontrado unos papelitos. Yo vi, perfectamente, cómo los había tirado antes.

Al cabo de un rato, subieron vehículos y descendieron hombres que sacaron de los maleteros palas y comenzaron a excavar. Cuando llevaban unos minutos, un individuo aseguró haber encontrado algo y continuaron sacando tierra. Habían dos cuerpos en la fosa y, para mi sorpresa, empezaron a sacarlo todo y a juntarlo en un montón y a hacerle fotografías. Dios mío, si las fotos se deben hacer en el lugar donde se descubren los hallazgos, pensé.

Al lugar empezaron a llegar periodistas y hasta gente de la población. No había cordón policial y los reporteros pisaban por donde les daba la real gana. Aquello fue un monumental desastre.

Al cabo de un rato, por orden del juez y de los forenses del juzgado, se introdujo todo dentro de una furgoneta y fue llevado al Instituto Anatómico Forense para realizar las correspondientes autopsias. La noticia del hallazgo de los cadáveres, a pesar de que la identidad de los cuerpos todavía debían de ser confirmada, cayó como una losa.

Las criaturas fueron sometidas a todo tipo de vejaciones antes y después de ser asesinadas con un tiro de gracia. Los degenerados que sometieron a las dos niñas a violaciones, posteriormente las pasaron a otro grupo de sádicos que, después de muertas, se dedicaron a destrozar los cuerpos, incluso llegando a cometer actos de necrofilia.

Luego fueron introducidas en sacos y fueron sumergidos en un embalse, que es el lugar a donde más tarde me dijeron que debíamos ir para sacar los

cuerpos y llevarlos a una finca.”

El anciano viendo la cara de perplejidad de su hija y del autor, dijo:

— Imaginaos todo lo mal que lo pasé a raíz de conocer semejante declaración.

— ¿Y no lo has contado a nadie? — quiso saber la sargento.

— No, nunca he hablado con nadie sobre eso.

— No podía nunca imaginar que harías algo así, papá. ¿Por qué no lo hiciste público?

— Por miedo a que te hicieran daño. Esa gente no se anda con tonterías, hija.

— Pero Zacarías debería saber la verdad de lo ocurrido. Una de las niñas era su hija...

— Ese precisamente fue uno de los motivos por el que no quise contar nada.

— Porque no querías que se enterara de todas las atrocidades a las que fue sometida.

— Claro, date cuenta de que aunque se hubiera enterado, no hubiera podido hacer nada. Había gente muy importante implicada y lo único que habría hecho es padecer imaginando como su hija había sufrido, siendo violada una y otra vez.

— Creo que tu padre hizo bien. La verdad es que no le quedaban más alternativas. No podía hacer otra cosa. Yo hubiera hecho lo mismo, si me hubiera encontrado en su lugar — intervino Marc.

— Por eso decidiste ingresar en esta residencia después de jubilarte. Pensabas que era una forma de mantener a raya a tu conciencia, ingresando en esta institución por voluntad propia, como si tú mismo te hubieras infringido un castigo.

El silencio del hombre confirmó las palabras de su hija.

— Pero ¿por qué no me contaste nada? — preguntó Sonia.

— ¿Para qué? No se hubiera podido hacer nada y quizás, habría llegado a los oídos de Zacarías. No, lo mejor fue guardármelo para mí e intentar pasar página y eso fue lo que hice, esperé hasta jubilarme e ingresé aquí. La verdad es que quería desaparecer, no volver a ver a las mismas personas que me hacían recordar de continuo los trágicos sucesos — el anciano miró a los ojos a sus dos interlocutores y solicitó —. Por favor, no contéis nada sobre esto. No lo sabe nadie.

— Tranquilo, no diremos nada, ¿verdad, Marc?

— Por supuesto, no mencionaré nunca a nadie lo escuchado aquí hoy. Tienen mi palabra de honor.

Sonia se arregló con una goma la coleta y quiso saber:

— ¿Y el hombre ese que te dio este texto no te dijo cómo se llamaba?

— Solo me dijo que le llamara Garganta Profunda.

— Entiendo, no quiso mojarse. Es natural pensar que no quería dar más detalles por si podrían causar algún problema a alguien de su familia.

— Exacto, hija. El hombre lo único que deseaba era contármelo y desaparecer, sabiendo que no se llevaba el secreto a la otra vida. Imagínate por todo lo que pasaría ese guardia civil para acabar con su propia vida.

— Tendría que ser horrible saber que los bultos que sacaron del agua y llevaron a un cortijo para ocultarlos eran los de las dos niñas. ¡Qué horror, Dios mío!

— ¿Y la familia de la otra niña? ¿Qué fueron de ellos? Me parece raro que no se les haya nombrado ninguna de las veces — preguntó Marc.

— Cuando ocurrió todo, simplemente, se creyeron la versión oficial y desaparecieron del pueblo. Según parece, se fueron a vivir a casa de unos familiares — aclaró Diego.

El anciano permaneció unos segundos en silencio y fue Sonia quien volvió a hablar:

— Pues yo pienso que después de lo que nos has contado deberías venirte a vivir conmigo y con Julián. Ya te has infligido demasiado castigo.

— No estoy tan mal aquí, hija. Me tratan muy bien.

— Creo que su hija tiene razón — intervino Marc.

— Bueno, por lo menos dime que lo pensarás.

— Vale si es lo que quieres oír, lo pensaré.

La conversación se cortó porque una auxiliar joven y de muy buen aspecto se acercó y preguntó al anciano:

— Hoy hay macarrones para comer, en caso de que no le gusten, puede pedir otra cosa. Igual luego más tarde ya no se puede.

— Muchas gracias, Ana, me parece estupendo. Me apetece comer pasta — y volviéndose a Sonia, admitió —. Ves, cariño, aquí me cuidan muy bien.

Capítulo 77

Aquella noche, cuando llegaron a su casa, se pusieron cómodos y Zacarías le dijo a su mujer:

— Ha sido horroroso todo lo que ha sucedido. ¿Y sabes una cosa? Me siento culpable por el mal que le he hecho a nuestro cliente inglés por haber sospechado de él. Estoy muy arrepentido. Se le ve tan buena persona...

— No le des más vueltas.

— Es que no puedo evitarlo.

— Estoy segura de que Marc es muy sensato y lo entenderá. Se le ve que tiene mucha experiencia de la vida.

— Estaba muy nervioso y me precipité demasiado. Ya le pedí disculpas, pero me inquieta el pensar que tal vez le he hecho mal.

— Me resulta increíble que nuestro hijo esté durmiendo en su habitación.

— A mí también.

— Qué bien que al final, todo haya quedado en un susto — aseguró la mujer.

— Sí, es fantástico. Y te aseguro que no me esperaba cómo ha respondido todo el pueblo, tras la desaparición, se volcaron en su búsqueda.

— Cierto. Ahora será mejor que intentemos descansar, han sido unos días agotadores, llenos de diferentes emociones y estamos muy cansados.

Fuera de la casa, la noche se fue expandiendo. El cielo despejado permitía visualizar las estrellas y las minúsculas gotas de rocío en suspensión fueron cayendo.

Capítulo 78

— Me tenéis que ir pasando la carne, ya. Estas ascuas están perfectas para que empecemos a asar — informó Zacarías.

En ese momento apareció José María con unas latas de cerveza que entregó a Zacarías y a Juan, el empleado de la bodega y a Marc. Este último se sentía

encantado por las costumbres del país y pensaba, sin la menor duda, que era incluso mejor a todo lo que había leído y oído.

La cena fue transcurriendo con total normalidad y la satisfacción de los invitados se reflejaba en sus semblantes. Los más jóvenes cenaban en unas mesas aparte de los mayores y, de vez en cuando, sus alborotos, eran acallados por algún adulto. La hija del alcalde, dejó por un momento de comer y, dijo a Jaime:

— Habéis sido muy valientes al entrar en esa casa, sabiendo que desde que fue abandonada, nadie ha osado a entrar en ella. Y encima, habéis salvado a ese hombre que se encontraba recluido dentro de la ermita, poniendo vuestra vida en peligro. Estoy muy orgullosa de ti.

Jaime no podía dejar de asombrarse de cómo se estaban desarrollando los acontecimientos. Lleno de satisfacción se giró y dijo al oído de Juanito:

— Es increíble. Nos tienen considerados como unos auténticos héroes. Ves cómo tenía razón. No me extrañaría que incluso nos pusieran una calle con nuestro nombre.

— O incluso que nos den la llave de la ciudad. Y encima hemos salido hasta en la tele. ¡Vamos a ser famosos! — aseguró Juanito, alterado por la emoción.

— ¡Sí!

De pronto la hija del alcalde, después de dar un trago a su refresco, volvió a preguntar a Jaime:

— ¿Y qué ocurrió para que después de entrar en la casa acabarais en la ermita? Ese punto no lo entiendo muy bien...

— Porque al poco de entrar en la casa encontramos una especie de pasadizo que nos deslizó hasta un pasillo donde al final había una escalera. Cuando subimos nos dimos cuenta de que había una puerta.

— Lo que más nos inquietó fue ver luz debajo de la puerta, pero gracias a la valentía de Jaime, logramos entrar y fue cuando encontramos al señor que llevaba tanto tiempo cautivo. Al principio el hombre se asustó y no paraba de decirnos que lo habían descubierto y se enfadó porque decía que los fascistas tenían muy pocas agallas por mandar a unos inocentes niños en vez de haber ido. Una vez más, Jaime le explicó que no había ningún régimen político que pudiera amenazar su libertad y el hombre, tras unos minutos de cavilaciones, cedió y nos acompañó hacia la salida, que conocía muy bien porque aquellos túneles los había hecho él, durante su reclusión — Juanito hizo un gesto de complicidad a su amigo, y continuó con el relato —. Al principio tuvimos un poco de miedo, pero al ver que el hombre parecía buena persona, decidimos

quedarnos y hablar con él. Nos aseguró que estaba escondido porque un tiempo después de que la Guerra Civil finalizara, su vida corría peligro por su ideología libertaria, pudiendo ser prendido y fusilado. En seguida nos dimos cuenta de que él era el hombre que se ocultaba en la casa abandonada y su esposa, cuando le llevaba comida, era confundida con otro fantasma.

Capítulo 79

La hija del alcalde, que se encontraba fascinada por los hechos que estaban siendo relatados, volvió a intervenir:

— Habéis sido capaces de resolver un misterio, como en las novelas. Es fabuloso. Pero lo que más me llama la atención es vuestra forma de hablar, lo hacéis muy bien. Me da la impresión de que leéis mucho — las risas y las

miradas de los dos muchachos confirmaron las palabras de la hija del alcalde.

Mientras tanto, en la larga mesa de los adultos el vino corría, pero de forma moderada.

— Nuestros hijos son unos auténticos héroes — aseguró Zacarías, mientras hacía un gesto a Marc para llamarle la atención —. De esta historia podría sacar una buena obra, ¿verdad?

El escritor que se encontraba enfrente del empresario, alzó su cabeza del plato y contestó:

— Por supuesto y no digo que no lo vaya a hacer. Pero lo que también Le puedo asegurar es que con la imaginación que tienen y con lo que leen, sus hijos podrían llegar lejos como escritores. Me han dejado asombrado sus conocimientos en diversos campos. Es increíble.

— Van mucho a la biblioteca y siempre andan inquietos preguntando por todo — esta vez fue José María.

En ese instante y para sorpresa de todos los reunidos apareció una mujer. Su elegancia no pasó desapercibida para ninguno de los comensales.

Ana, deslumbrada por el impresionante vestido rojo ceñido que llevaba, aseguró:

— Es un placer verla por aquí, sargento Montes.

— El placer es mío, créame.

Zacarías acercó una copa a la recién llegada y propuso:

— Vamos a brindar por nuestros valientes hijos.

— Pero que no le cojan el gustillo, que no ganamos para sustos — gritó uno de los asistentes.

— Señor alcalde, les podría designar una misión especial. Seguro que la harían muy bien — bromeó otro vecino.

— No me importaría y creo que tienen un futuro muy prometedor — contestó el alcalde.

— Podrían incluso llegar a ser espías del CNI — sugirió, esta vez, uno de los basureros del pueblo.

De pronto una voz solícita surgió entre los congregados:

— ¿Se puede saber cuándo piensa arreglar el camino del campo santo? Está hecho un verdadero asco.

Y a esta se unieron otras demandas:

— Señor alcalde, podría reducir el precio de la entrada a la piscina. Con lo que vale no hay quién pueda ir.

— ¿No piensa arreglar el campanario? Está muy deteriorado.

— ¿No sería recomendable ampliar las gradas del campo de fútbol? Este año el equipo del pueblo parece que está haciendo una buena temporada...

— El colegio necesita una reforma...

— ¡Silencio! — estalló la voz de Isabel, la tía de Jaime —. ¿Han olvidado por qué están aquí? Acuérdense de los chiquillos, hoy es su día. No lo estropeen.

— Tiene razón, así se habla — dijo el cartero, mientras se levantaba e incitaba a los demás a seguir su acción.

Un hombre, de incipiente calvicie, que estaba sentado enfrente del alcalde, propuso:

— Qué diga unas palabras Zacarías. Pero que no sean relacionadas con el vino, por favor.

Los invitados celebraron la ocurrencia con sonoras carcajadas.

Hacía ya un rato que el padre de Jaime tenía pensado hablar, pero no encontraba el momento. En el inciso que había hecho aquel vecino, y el cual agradeció, encontró la oportunidad y aseguró:

— Quiero, ante todo, pedirle disculpas a una persona, por haber dudado de ella. Reconozco que me adelanté a la hora de sacar mis propias conclusiones y lo acusé, públicamente, de la desaparición de los muchachos. En estos momentos, quién me lo iba a decir, puedo asegurar que gracias a él y a los equipos de emergencias y a todos vosotros — señaló con el brazo a los congregados —, los muchachos se encuentran sanos y a salvo. Muchísimas gracias de todo corazón, Marc.

— No me tiene que pedir disculpas, soy consciente de la tensión, por todo lo que han tenido que pasar, que no es poco. Es comprensible, no se preocupe que lo entiendo.

El empresario se levantó y con el semblante serio dio la vuelta a la mesa y cuando llegó a la altura del escritor, este adivinó sus intenciones y se abrazaron, ante el aplauso de los allí presentes.

La velada transcurrió tranquila y cuando Marc encontró un segundo, que no le fue fácil pues entre unos y otros no le dejaban, decidió salir a fumarse un cigarrillo.

El cielo raso permitía a la luna mostrarse en toda su eterna plenitud. El ulular de un mochuelo se escuchó en unos cercanos olivos.

En ese momento se dio cuenta de que la sargento se despedía de Zacarías y su esposa. La agente al divisar al escritor, se acercó y le preguntó:

— ¿Le quedan muchos días para regresar a su país?

— No, salgo pasado mañana.

—¿Le ha gustado lo que ha visto?

— Bueno, la verdad es que no he tenido tiempo de ver mucho, con todo este lío...

— Claro, también tiene razón. Lo siento, solo pretendía ser agradable.

—Y de verdad que lo ha conseguido. Puede sentirse satisfecha. ¿Sabe una cosa, sargento? De todo esto me llevo una agradable experiencia y unos grandes amigos.

— No lo dude, señor escritor — la mujer compuso una sincera sonrisa que no pasó desapercibida a los ojos del autor.

La agente de la autoridad le acarició con ternura una mejilla y acto seguido, tras encender las luces de su vehículo, desapareció de la escena.

Marc contempló el cielo estrellado y decidió volver a su habitación. La noche era tranquila y ni siquiera el viento se dejaba notar.

Capítulo 80

Marc llegó a su habitación con la intención de descansar y fue la primera vez en mucho tiempo que no iba a poner el despertador. Estaba muy cansado y

pensó que lo mejor sería dormir el mayor tiempo posible. Como no tenía que coger el vuelo hasta las seis de la tarde del día siguiente, pensó que tenía bastante tiempo para relajarse. Acumulaba muchas horas sin dormir y un sin fin de fuertes emociones.

Tumbado en la cama, recordó a Laura y reflexionó sobre el futuro que le esperaba junto a ella y en que quizás, un día, incluso tuvieran hijos.

En estas cavilaciones se encontraba cuando fue vencido por el sueño.

Capítulo 81

El taxi apareció y aparcó en la entrada del hotel. Cuando se encontraba metiendo sus pertenencias, apareció José María, Zacarías y sus esposas. La despedida fue corta y Marc prometió volver algún día, pero acompañado de Laura.

El vehículo se puso en marcha y abandonó el lugar. El escritor se giró y vio como los cuatro le hacían señales de despedida con las manos. Marc supo en esos momentos que nunca olvidaría aquella estancia en España.

La azafata de vuelo volvió a aparecer y fue trayendo las bebidas y los alimentos que los pasajeros habían solicitado.

Marc miraba por la ventanilla del avión y recordó la emotiva despedida que había tenido lugar en el hotel y abrazó el convencimiento de que algún día escribiría una obra basada en su experiencia en La Encina. Unas nubes se abrieron, al paso del avión y un espacio le permitió divisar una parte de la línea de costa.

Epílogo

El anciano se encontraba sentado en el sofá, viendo la televisión cuando algo le llamó la atención. Diego se incorporó, cogió el mando de la televisión para subir la voz y dijo:

— Venid, mirad quién está saliendo en la tele.

— No puedo creerlo es Marc. ¡Qué alegría verlo! — se asombró Sonia.

— Vaya parece que le van bien las cosas. La verdad es que me alegro mucho por él — aseguró Julián.

— ¿Conocéis a ese señor?

— Sí, claro, David — contestó Sonia, acariciando el pelo de su hijo de cinco años.

El escritor, sentado delante de una periodista, contestaba a las preguntas que esta le iba formulando sobre su última obra que había sido todo un éxito de ventas y traducida a varios idiomas.

— Fijaos no se le nota a penas el acento. Cómo ha mejorado — no pudo dejar de asombrarse Sonia.

— Es cierto, parece que sea español y no británico — coincidió Julián.

— Podríamos un día ir a verlo allí. Le podemos mandar un mensaje por alguna red social y quedar con él.

— No estaría mal, la verdad. Vamos a escuchar lo que dice.

El autor, si dejar de sonreír, iba contando sus experiencias con sus anteriores novelas.

Muchísimas gracias a todos y a todas por interesaros por mi obra. Espero que os haya gustado.

Antonio Pascual-García

Torrent (Valencia)

